
MISTERIO
DEL
FUGITIVO
Enid Blyton

En esta nueva aventura de los Cinco Pesquisidores y el perro, Fatty, Larry, Daisy, Pip y Bets tendrán que buscar un fugitivo de la justicia. Mientras tanto, llegan a casa de Fatty unos invitados muy peculiares que van a participar en un congreso de coleopterólogos que se celebra en el pueblo.



Enid Blyton

Misterio del fugitivo

Colección Misterio 13

ePub r1.0
gimli 15.02.14

Título original: *The Mystery of the Missing Man*
Enid Blyton, 1956
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Lilian Buchanan
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Preámbulo

Éste es el decimotercer libro que nos cuenta las aventuras de los Cinco Pesquisidores y su Perro. Los encontraréis todos aquí de nuevo… Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets, y naturalmente, «Buster», el scottie. Este misterio es muy curioso, y el señor Goon, el policía, se interpone en el camino de Fatty… ¡y Fatty también es un estorbo para el señor Goon!

Aunque este libro es el decimotercero de la serie, constituye una obra completa. Los otros doce son:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida
Misterio del gato comediante
Misterio del ladrón invisible
Misterio del príncipe desaparecido
Misterio del extraño hatillo
Misterio en la Villa de los Acebos
Misterio del cuadro robado

¡Espero que os guste leer este misterio tanto como os gustaron los otros!

Buena suerte para todos,

ENID BLYTON

Capítulo primero

Las noticias de Fatty

—Voy a comprar algunos huevos de Pascua —dijo Pip durante el desayuno—. ¿Vienes tú también, Bets? De paso podemos ir a preguntar por Fatty.

—¡Oh, sí…, vamos! Sólo le he visto una vez desde que volvió del colegio, y entonces estaba con la señora Trotteville y no pudimos hablar mucho.

—Iremos a decirles a Larry y Daisy que vengan también —dijo Pip—. Podemos ir a tomar bollos y café a la lechería. Mamá, ¿quieres alguna cosa del pueblo?

—No… a menos que quieras comprarte un reloj despertador —replicó la señora Hilton untando su tostada de mantequilla. Pip quedó extrañado.

—¿Para qué? —preguntó—. Ya tengo reloj.

Bets rio.

—Quieres decir que así se levantaría con tiempo para bajar a desayunar con puntualidad, ¿verdad, mamá?

—¡Ah! Qué chiste tan gracioso —exclamó Pip—. De todas formas no hay reloj despertador capaz de «despertarme» cuando duermo de veras. Además, mamá, acabo de terminar un curso de mucho trabajo, y en cuanto a los exámenes de la semana pasada, bueno, apuesto a que «tu» no deseas que saque buenas notas tanto como yo. Me he pasado semanas enteras sin dormir preocupado por mis notas.

—Supongo que eso significa que otra vez serás de los últimos —intervino el padre de Pip dejando un momento el periódico—. Bueno, dentro de pocos días sabremos lo peor cuando llegue el

informe del colegio.

Pip cambió rápidamente de tema… truco para el que tenía una habilidad especial.

—Papá, ¿qué quieres como regalo de Pascua? —le preguntó—. He pensado comprarte ese tabaco que te gusta… y a ti mamá supongo que te agradaría un huevo de mazapán, y…

El truco surtió efecto, y sus padres sonrieron en tanto que su madre le daba unas palmaditas en la mano.

—Está bien, está bien, no hablaremos de las notas hasta después de Pascua. Y sí, me gusta el mazapán. Y ahora ¿quieres terminarte la tostada?, o si no me la como yo. Bets, recuerda que tienes que hacerte la cama y quitar el polvo de tu habitación antes de marcharte. Y… por favor, no olvidéis que la comida es a la una «en punto».

El timbre del teléfono sonó mientras la señora Hilton se levantaba de la mesa. Fue al recibidor a atender la llamada y volvió a entrar en la habitación casi en seguida.

—Es Fatty… quiere hablar con uno de vosotros. Ve tú, Bets, que ya has terminado de desayunar.

Bets corrió al teléfono.

—¡Hola! ¡Hola, Fatty!

—¡Hola, pequeña Bets! —dijo una voz cálida y llena de vida por el teléfono—. ¿Qué te parece si nos encontrásemos esta mañana? Tengo que hacer algunas compras de Pascua.

—¡Oh, «sí», Fatty! —exclamó Bets con calor—. Pip y yo estábamos pensando lo mismo. Podemos encontrarnos en la lechería… para tomar bollos y café. Digamos a las once menos cuarto.

—De acuerdo —dijo Fatty—. ¿Avisaréis a Larry y Daisy, o se lo digo yo?

—Nosotros les avisaremos —repuso Bets—. ¿Tienes alguna novedad, Fatty? ¿Ocurre algo emocionante?

Oyó reír a Fatty al otro extremo del teléfono.

—¿Qué quieres decir? No pensarás que tenga preparado otro misterio para sacarlo de la manga. ¡Qué esperanza! A decir verdad estoy molesto por algo. Os lo contaré cuando os vea. ¡Hasta luego!

Bets colgó el aparato y fue a contárselo a Pip que estaba solo en

la habitación comiéndose la última tostada.

—¡Cielos! —exclamó Bets contemplando la tostada—. En mi vida vi tanta cantidad de mermelada en un pedazo tan pequeño de pan.

—Oh, cállate —dijo Pip—. Espera a que te quedes interna en el colegio… y sabrás lo agradable que es llegar a casa y no tener que compartir la mermelada con los otros veinte de la mesa. ¿Qué dice Fatty?

Bets se lo explicó.

—¡Estupendo! —dijo Pip—. Bueno, date prisa en hacer nuestras camas, y…

—Ya podrías hacer la tuya —exclamó Bets indignada antes de salir de la habitación. Subió los escalones de dos en dos sintiéndose muy feliz. Las vacaciones eran estupendas… entonces no estaba sola, puesto que era la única que no iba a un internado. Los cinco estaban juntos, y también «Buster» el pequeño scottie de Fatty… con él eran seis.

Pip y Bets fueron a recoger a Larry y Daisy a las diez y media y los cuatro emprendieron el camino del pueblo para ir a su lechería preferida. Fatty no había llegado todavía, y tras tomar asiento pidieron bollos de pasas con mantequilla y café caliente.

—Con mucha leche —dijo Larry—, y no es necesario que le pongan azúcar. Nosotros nos serviremos.

Cinco minutos más tarde llegó Fatty en su bicicleta con «Buster» pegado a la rueda posterior. Sonriente como de costumbre levantó a Bets en el aire para dejarla de nuevo en la silla con un gemido.

—No… ya no podré hacerlo por mucho tiempo, Bets. ¡Estás creciendo demasiado! Caramba, cuánto pesas.

—Hemos pedido bollos y café para ti también, Fatty —le dijo Pip, y Fatty tomando asiento exhaló un profundo suspiro.

—Tomaré café, pero sin bollos —repuso ante el asombro de todos que le miraron sorprendidos.

—«Sin» bollos —exclamó Daisy—. Pero… pero si siempre tomas el doble que nosotros.

—Lo sé. Pero estoy adelgazando —explicó Fatty—. ¿No habéis reparado en mi elegante figura?

Todos le miraron de arriba abajo con interés.

—Bueno… «no veo» gran diferencia —exclamó Pip al fin—. Y de todas maneras…, ¿por qué quieres adelgazar, Fatty? Yo creí que te gustaba comer.

—Y me gusta, me gusta —replicó Fatty—. Pero el capitán de mi colegio quiere que el curso próximo forme parte del Primer Equipo de Tenis… y si peso tanto, me veo corriendo por la pista empapado de pies a cabeza en agua hirviendo.

—No sabía que eras tan «bueno» jugando al tenis —exclamó Larry, asombrado.

—Ni yo tampoco —repuso Fatty con modestia—. Pero estaba peloteando en una pista dura un día durante el curso pasado, y el viejo Dickory Dock… que es nuestro capitán… se me acercó y… bueno… no quiero continuar.

—No es necesario —dijo Larry—. Es curioso como hay tantas personas que te creen una maravilla para esto y para lo otro. Me he estado entrenando en el colegio durante años tratando de ingresar en el equipo de fútbol, o en el de «cricket», o incluso en el de natación, sin conseguirlo, y tú tonteando con una raqueta y unas pelotas logras que el capitán o alguien de importancia… se acerque a ti…

—Y diga: «Trotteville, eres la maravilla del mundo. Haznos el honor de pertenecer al Primer Equipo de Tenis» —concluyó Pip—. Esto no es justo. Y tú eres «siempre» el primero en tu clase… cuando yo no he pasado jamás del noveno lugar, y para eso tengo que luchar como un loco… y «tú» parece que nunca estudias. Cielos, Fatty, si no te apreciara tanto como te aprecio, te odiaría.

Fatty rio sirviéndose un bollo y dijo con aire pensativo:

—No pienso tomar a broma este asunto del tenis. He prometido rebajar de peso durante estas vacaciones. Puedo lanzar las pelotas por encima de la red y colocarlas con tanta astucia como mi contrincante… y contestar un «saque cañón» sin parpadear… pero lo que me asusta es correr por la pista. Jadeo como una locomotora.

—Bueno, en ese caso «tendrás» que adelgazar, Fatty —dijo Bets con simpatía—. Nosotros te ayudaremos. ¿Qué vas a hacer además de reducir la comida?

—Cada día voy a correr por el campo… o puede que lo haga por la noche, cuando no hay tanto tránsito —dijo Fatty—. ¿No habéis

visto muchas veces a muchachos corriendo solos con calzón blanco y camiseta? Van serios y decididos… y por lo general son muy delgados. ¡Bueno, «yo» también iré serio y decidido… aunque no tengo muchas esperanzas de llegar a adelgazar tanto!

Todos rieron ante la idea de que Fatty llegara a adelgazar.

—Bueno, ya te has comido «tres» bollos —le dijo Pip—. Supongo que no te has dado cuenta. ¿O es que prefieres empezar a adelgazar después de Pascua?

Fatty lanzó un gemido.

—¿De verdad me he comido tres? Eso me pasa por no haber casi desayunado. Siento tanta debilidad a media mañana… Ven aquí, «Buster», puedes comerte mi cuarto bollo.

«Buster» quedó más que satisfecho, y tras engullirlo alzó la cabeza pidiendo más.

—A «Buster» le va a ir muy bien que yo adelgace —dijo Fatty—. Me olvido constantemente, y cuando me doy cuenta le alargo todo lo que tengo en el plato.

—Por «eso» está tan gordo —exclamó Pip—. Tendrás que hacerle correr contigo, Fatty. Es todo tripita.

—Fatty… esta mañana dijiste por teléfono que estabas fastidiado por algo —dijo Bets recordándolo—. ¿Qué quisiste decir?

—Oh, sí —repuso Fatty cogiendo distraído un terrón del azucarero—. Pues veréis, se trata de lo siguiente…, aquí en Peterswood va a celebrarse un Congreso muy particular después de Pascua… la semana siguiente, según creo… y uno de sus miembros va a hospedarse con nosotros… es un amigo de mi padre… que fue con él a la escuela o algo parecido.

—¿Pero… pero qué es lo que te «fastidia»? —preguntó Larry—. Tú no tendrás que entretenerle, ¿verdad? Será algún viejo que se pasará el tiempo asistiendo a las Conferencias, ¿no?

—Oh, sí… pero se trae a su espantosa «hija» —exclamó Fatty—. Por lo menos, yo no la he visto nunca, pero apuesto a que es espantosa. Mamá dice que es hija única, que su madre murió cuando tenía dos años, y que por eso ha sido educada por su padre. Y «yo» he de distraerla.

Hubo un silencio lleno de horror.

—¡Diantre! —exclamó Pip al fin—. Eso sí que «es» una mala

noticia. Tendremos que pasarnos sin tu compañía estas vacaciones, Fatty… o tendremos que llevar a esa niña vayamos donde vayamos.

—Eso es —dijo Fatty con pesar cogiendo otro bollo. Nadie se fijó y ya se había comido la mitad cuando recordó que estaba adelgazando. Contempló el bollo con disgusto.

—¿Por qué estabas en la fuente con ese aspecto tan apetitoso? —dijo con el ceño fruncido—. Bueno… ahora no puedo devolverte… y «Buster» está a punto de estallar, creo yo. ¡Ahí va! —Y se comió la otra mitad con el mismo aire apesadumbrado.

—¿Cuándo vendrá esa niña? —preguntó Bets—. Qué mala suerte, Fatty. ¿Por qué tienes que ser «tú» quien la entretenga? ¿Por qué no puede hacerlo tu madre?

—Bueno, ya sabéis lo ocupada que está mamá con reuniones y cosas —repuso Fatty—. Esta mañana salió corriendo para hacer no sé qué y me dijo: «Bueno, Federico, sé que puedo confiar en ti para que Eunice se sienta como en su casa… y no te olvides de ir a esperarla a ella y a su padre, que llegan en el tren de las once cincuenta…».

—¡«Eunice»! —exclamó Daisy—. Cielos, qué nombre tan raro. Pero mira el reloj, Fatty… no llegarás a tiempo para recibirles… ¡ya son casi las once cuarenta y cinco!

—¡Oh, Dios mío! —dijo Fatty poniéndose en pie de un salto—. Tengo que irme. No, llegaré bien. Ese reloj adelanta. ¿Qué os parece si vinierais todos conmigo a la estación para ver qué tal es nuestra querida Eunice? ¡Vamos!

Pagaron la cuenta a toda prisa y salieron todos del pequeño establecimiento con cara larga. Sí… no era de extrañar que Fatty estuviera fastidiado. ¡Caramba con Eunice… ella iba a estropearlo todo!

Capítulo II

Eunice

Echaron a correr por la carretera y pasaron ante el Ayuntamiento.

—Mirad, ahí es donde va a celebrarse el Congreso —dijo Larry señalando un gran cartel—. Cuatro conferencias la semana que viene… y mirad, dice. «Todos los Coleopterólogos quedan invitados a asistir». ¿Qué será eso de Coleopterólogos?

—Coli…, ¿qué? —preguntó Bets—. Fatty, ¿qué son esos Coli-gente?

—¿Propietarios de perros collie? —sugirió Pip—. ¿O cultivadores de coliflores?

—¿O que sufren cólicos? —exclamó Daisy con una carcajada.

—Tonta —dijo Fatty—. Son… Hola, mirad… aquí está el señor Goon con su bicicleta. Vaya… debiera ofrecerle algunos consejos referentes a un régimen para adelgazar.

El señor Goon se acercó a ellos. Su uniforme casi reventaba por las costuras. No le alegraba nada ver a los Cinco, y menos todavía el ver a «Buster» quien inmediatamente se abalanzó sobre sus tobillos. Goon comenzó a dar puntapiés.

—¡Este perro! —dijo con disgusto—. ¡Llamarle! De manera que habéis vuelto de vacaciones, ¿no? Bueno, no os metáis en los asuntos ajenos, ¿entendido? Voy a estar muy ocupado durante una o dos semanas con la feria que viene aquí, y luego ese Congreso de colli… coli… er…

—¿Propietarios de… perros col lie? —le sugirió Fatty inocentemente.

—Oh… ¿conque eso es lo que son, eh? —replicó Goon con

desagrado—. Traerán un sin fin de perros consigo. ¡Perros! ¡Como si no tuviéramos ya bastante corriendo por el pueblo!

Volvió a propinar un puntapié a «Buster», pero el pequeño scottie ya estaba lejos de su alcance.

—Será mejor que sujetes a tu perro si hay perros «collie» por aquí —dijo—. Algunos de ellos son muy rabiosos… y podrían hacer picadillo de tu perrito. ¡Buena cosa sería!

Y allá se marchó Goon en su bicicleta satisfecho de haber desconcertado a los cinco niños. «Buster» lanzó una serie de ladridos tras él.

—No digas palabrotas, «Buster» —le dijo Fatty muy serio—. Recuerda que pueden oírte otros perros.

Bets rio divertida.

—Oh, Fatty… ¿Qué es lo que te impulsó a decir al señor Goon esa tontería de Pip de que los Congresistas son propietarios de perros? ¡Irá por todas partes buscando perros collie!

—Bueno… ¿y qué son Coleopterólogos? —quiso saber Daisy—. ¿No lo sabes, Fatty? Yo creía que tú lo sabías todo.

—Claro que lo sé —replicó Fatty pedaleando más aprisa al ver un reloj—. Los coleopterólogos son aficionados a los escarabajos.

Esta declaración fue recibida con grandes exclamaciones de incredulidad.

—¡Mentira! ¡A nadie le gustan los escarabajos! ¡Ugh!

—Fatty… nosotros no somos tan tontos como «el querido» Goon.

—¡Inventa algo mejor que eso, Fatty!

—Está bien, está bien —dijo Fatty sin enfadarse—. Puedo inventar multitud de cosas, pero casualmente ésta es la verdad.

—¡Como si alguien iba a organizar un Congreso de Escarabajos! —dijo Pip resentido—. ¡Ya se lo preguntaré al amigo de tu padre!

—Bien. Pregúntaselo —repuso Fatty—. Escuchad… eso ha sido el pitido del tren… daos prisa. Mi madre se pondrá furiosa si llego tarde para recibir al señor Tañido y su querida hijita Eunice.

—¿Cuántos años tiene? —jadeó Bets procurando mantenerse al lado de Fatty.

—No lo sé —repuso Fatty—. Pronto lo veremos. Ya estamos… y a tiempo. Vaya… esta carrera en bicicleta ha sido tan buena como mi régimen para adelgazar. ¡Vigila mi bicicleta, Pip… entraré en el

andén para recibir al padre y a la hija!

Y apoyando su bicicleta contra la pared de la estación, entró en el andén mientras el tren se detenía y la locomotora lanzaba tanto humo que «Buster» apenas lo podía soportar.

Fatty se alisó el cabello aguardando ver si se apeaba del tren algún hombre con una niña. Pronto vio a un hombrecillo muy bajito con barba oscura y grandes lentes que se afanaba con dos maletas. Con él iba una niña bastante más alta que el hombre… una niña robusta, casi deforme con dos largas trenzas colgándole en la espalda. Iba de uniforme de colegiala… con un abrigo azul oscuro y un sombrero del mismo color con una cinta de colores y una insignia en la parte izquierda.

Su voz clara y potente llegó hasta Fatty mientras aguardaba.

—No, papá… no necesitamos mozo… tú puedes llevar la maleta pequeña y yo llevaré la grande. Seguramente lograremos coger un taxi.

—¿Dónde he puesto los billetes? —dijo su padre buscando en un bolsillo tras otro.

—Me los diste a mí —replicó la niña con voz clara y competente. Fatty estaba horrorizado. Cielos… Aquella niña autoritaria y dominadora iba a ser su constante compañera durante una semana por lo menos. La observó mientras sacaba los billetes de un bolso de cuero, que volvió a guardar en seguida, y luego la niña miró a su alrededor.

—¿No iba a venir a esperarnos alguien? —dijo—. Bueno, yo creo…

Fatty no supo lo que iba a decir, porque se apresuró a correr a su encuentro, pero podía adivinarlo. Sonrió.

—Er… ¿es usted el señor Campaneo? Yo soy…

—No… mi nombre no es Campaneo —dijo el hombrecillo de la barba—, sino Tañido.

—Oh cielos… lo siento —exclamó Fatty que se había equivocado —. Supongo que me he confundido porque… er… bueno… como las campanas tañen… por eso.

—No tiene importancia —intervino la niña—. Yo estoy acostumbrada a ese chiste tonto, pero mi padre no lo está… de manera que no le llames señor Campaneo, ni Tintineo, ni

Repiqueteo… porque no lo entenderá y hay que perder mucho tiempo para explicarle lo que significa.

Fatty estaba muy sorprendido.

—Er… yo soy Federico Trotteville —dijo alargando la mano para coger la maleta del señor Tañido.

—Bueno si quiero dármelas de graciosa como tú tendré que llamarte Federico «Canterville» —dijo la niña dedicándole una sonrisa inesperada—. No, no cojas esa maleta, yo puedo llevarla, gracias, pero ten cuidado con el maletín de papá… ¡está lleno de escarabajos!



Fatty lo miró con recelo respirando con alivio al ver que estaba bien cerrado. No le agradaba la idea de cubrir el andén de escarabajos muertos.

—Iré a buscarles un taxi —dijo.

—Deja a papá en un taxi con sus escarabajos —replicó la niña—. A propósito me llamo Eunice… Eunice Tañido, «no» Campaneo. Yo

no quiero ir en el taxi… los coches me marean. Si te da lo mismo prefiero andar. Puedes poner también esta otra maleta en el taxi.

—Sí, «señora» —repuso Fatty sintiendo que le daban órdenes. Llamó al único taxi que había y ayudó a subir al señor Tañido que insistió en llevar el maletín de los escarabajos encima de sus rodillas. Fatty puso la otra maleta en el suelo y luego dio la dirección al taxista. El taxi se alejó del patio de la estación y Eunice exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, papá ya está en camino —dijo—. ¿Qué hora es… cerca de las doce? ¿Hay algún sitio donde poder tomar un bollo o alguna cosa? Estoy desfallecida. Hemos desayunado a las siete de la mañana.

—Er… pues sí —repuso Fatty viendo a los otros cuatro que le sonreían allí cerca—. Aguarda un minuto, por favor. Quiero presentarte a cuatro amigos míos… Larry, Pip, Daisy y Bets.

—Hola —dijo Eunice dirigiéndoles una rápida mirada—. ¿Supongo que este scottie es tu perro? No deja de meterse entre mis pies… ¿sabes hacerle andar de pie?

—De pie, «Buster» —dijo Fatty con una voz extraña en medio de un silencio sepulcral, y «Buster», obediente, se mantuvo sobre sus patas traseras, y luego se sentó con aire sorprendido. Ninguno de los otros supo que decir. Miraban a Eunice fijamente, y luego echaron a andar tras ella y Fatty mirándose unos a otros con timidez. ¡Qué niña!

—Er… Eunice desea comer algo —Fatty informó a los otros que estaban tras él—. Es una lástima que nosotros acabemos de hacerlo. ¿A dónde la llevaremos?

—Mira, ahí hay un salón de té o algo por el estilo —exclamó Eunice señalando una cafetería bastante cara a los que los niños no solían ir muy a menudo a causa de sus precios elevados.

—Es demasiado caro para nosotros —dijo Daisy—. Cobran un chelín sólo por…

—Oh, bueno, «yo pagaré» —exclamó Eunice—. Debo confesar que me gusta el aspecto de esos pasteles de chocolate. Vamos… os convido a todos.

—Bueno… es que acabamos de «tomar» bollos y café —replicó Daisy—. No queremos comer nada más. Y Fatty está haciendo

régimen para adelgazar.

—¿Quién es Fatty? —preguntó Eunice, sorprendida—. ¡Oh… te refieres a «Federico»! ¡Qué vulgaridad! Si es ése su apodo no pienso emplearlo. Federico, yo te llamaré por tu nombre propio, si no te importa.

—Er… no, no me importa —dijo Fatty haciendo señas a los otros para que se marcharan y les dejasen. Se daba cuenta de que podría manejar mejor a aquella niña terrible estando solo que ante las risas y miradas de los demás.

—Bueno… será mejor que nos marchemos —dijo Larry de mala gana. Aquella niña era terrible, pero la verdad es que resultaba fascinante ver cómo trataba a Fatty. ¡Vaya… si apenas le había dejado pronunciar palabra! ¡Y pensar que iba a hospedarse en su casa!

—Hasta luego —dijo Fatty tajante y volviendo la cabeza con energía para dar a entender a los otros que no pensaba soportarles ni un minuto más. ¡Mira que reírse de él de aquella manera!

Se quedaron mirando cómo Fatty y Eunice entraban por la puerta de la cafetería y ocupaban una mesa. Eunice hizo señas a una camarera e hizo un pedido extenso. Vieron que les servían dos platos con pasteles y pastas y una taza de chocolate… ¡sí, y otra para Fatty también!

¡Eunice hablaba por los codos! Era capaz de hablar y comer a un tiempo, lo cual es de muy mala educación, pero muy interesante de ver. Fatty tenía un aspecto deplorable. Constantemente trataba de interrumpirla, pero Eunice era como una apisonadora… y su conversación pasaba por encima de todo sin detenerse. Había ofrecido un pastel de chocolate a Fatty que él rehusó con firmeza.

—Pobrecillo Fatty… tener que estar ahí sentado mirando esos pasteles, él que está adelgazando, y escuchar todo el tiempo a esa niña horrible —dijo Bets con simpatía—. Oh…, mirad… ¡ha cogido un pastel a pesar de todo!

Así era. Fatty no podía permanecer allí sentado, callado como un muerto viendo como Eunice devoraba todas las pastas. De haber podido hablar y exponer sus opiniones como hacía por lo general, la cosa no hubiera sido tan mala. Tomó un pastel en defensa propia… y otro… y otro.

—¡Oh, «Fatty»! —exclamó Daisy mirando por la ventana. Se volvió a los otros—. Vámonos de aquí, si él nos viera se pondría furioso. Será mejor que vayamos a casa.

Tristemente echaron a andar carretera abajo. Bets casi lloraba.

—No hubiera sido tan malo si Eunice fuese corriente —dijo—. Pero ¿cómo podemos dejarla que venga con nosotros?… y no podemos abandonar al pobre Fatty y dejarle solo todo el tiempo con Eunice. ¡Es todo un problema!

Capítulo III

Fatty escapa

Aquella tarde Larry y Daisy fueron a merendar con Pip y Bets. No sabían nada de Fatty, ni siquiera les había llamado por teléfono, pero a media merienda oyeron que alguien se acercaba por la avenida.

Bets corrió a la ventana.

—¡Es Fatty! —exclamó—. ¡Fatty… con calzones blancos, camiseta y zapatillas de suela de goma! ¡Jadea a más y mejor! ¡Supongo que estará tratando de eliminar todos aquellos pasteles!

Pip gritó por la ventana:

—Ven al cuarto de jugar. Estamos merendando.

Fatty entró en el jardín y corrió jadeante hasta el recibidor. Allí se encontró con la señora Hilton que salía del salón con una amiga, y al verle lanzó un grito.

—¡Cielo santo… qué…! ¡Oh, eres tú, Federico! ¿Es que has venido a merendar con «esa» ropa? ¡Vaya!

—Perdone, señora Hilton… sólo estaba haciendo un poco de atletismo… para entrenarme, ¿sabe? —jadeó Fatty escapando escaleras arriba. Los otros le esperaban con ansiedad, y Bets le dio un abrazo.

—¡Oh… estás empapado! —le dijo—. ¿Es que llueve?

—No, me he acalorado corriendo —repuso Fatty desplomándose en una butaca con un gemido.

—Yo pensaba que no ibas a empezar hasta después de Pascua —replicó Daisy.

—Sí. Pero tenía que escapar de Eunice de alguna manera —gimió Fatty—. Y ésta es la mejor excusa que se me ocurrió. Habla

sin parar… y no hace más que mandarme… ¡a mí, imaginaros! Y me sigue por todas partes. Incluso esta tarde vino a llamar a mi habitación para pedirme un libro… y luego se sentó junto a mi librería… y no se marchó.

—¡Debieras haberla «echado» a empujones! —exclamó Bets, indignada.

—Yo creo que si llegan a los empujones, Eunice hubiera lanzado a Fatty por el aire —dijo Larry—. Ella…

—Oh bueno… si encima vas a hacer comentarios insultantes a costa mía me marcho —dijo Fatty incorporándose, pero Daisy le hizo sentar otra vez.

—¡Eres muy «susceptible»! —dijo—. ¡No te dejes dominar por esa niña! Dile unas cuantas cosas.

—Lo haría, si se callara y me escuchase —replicó Fatty—. ¿Es té eso que veo encima de la mesa? Tengo tanta sed que me bebería toda la tetera.

—Sólo conseguirás recuperar todo lo que hayas adelgazado corriendo —dijo la niña—. ¡Sin embargo tendrás que alimentarte si quieres soportar a Eunice durante una semana! Pásale los bizcochos de chocolate, Pip.

—Debiera ser fuerte y no tomarlos —gimió el pobre Fatty cogiendo tres—. Sé que no debiera hacerlo. Pero la verdad, estaré extenuado dentro de pocos días… seré una sombra de mí mismo… ¡necesitaré fortalecerme!

—Eso es lo que yo digo —convino Daisy sirviéndole una taza de té con mucha leche y tres terrones de azúcar—. Pero Fatty, en serio, ¿qué vamos a hacer con Eunice?

—¡No me lo preguntes! —exclamó Fatty mordiendo un bizcocho con fruición—. ¡Y lo peor de todo es que a mamá «le gusta»!

Hubo un silencio lleno de asombro.

—Pero ¿por qué? —dijo Daisy al fin—. ¡Algunas veces a las mamás les gustan los niños que nosotros aborrecemos, todos lo sabemos… y tenemos que invitarles a nuestras fiestas! ¿Pero cómo es posible que a tu madre le guste Eunice?

—Dice que es sensata, servicial y que se puede confiar en ella —replicó Fatty—. Deshizo la maleta grande y fue colocando todas las cosas ordenadamente en los cajones de sus dos habitaciones… y

luego bajó a la cocina y le dijo a Jane que no tocara para nada el maletín de los escarabajos de su padre, ni siquiera para quitarle el polvo…

—¿Y qué dijo Jane? —preguntó Pip con interés. Jane no era nada aficionada a los escarabajos, polillas, ni arañas.

—Oh, primero se asustó mucho pensando que los escarabajos estaban vivos, pero se fue apaciguando al saber que estaban muertos —dijo Fatty riendo—. Y luego Eunice fue a preguntar a mamá las horas de las comidas, para asegurase de que su padre fuese puntual… y se ofreció para hacer cada día su cama y la de su padre y limpiar las habitaciones, si eso no molestaba a Jane.

—¡Cielos, qué niña! —dijo Larry—. No me imagino a «Daisy» haciendo todo eso. No me extraña que a tu madre le guste Eunice.

—La considera una maravilla —dijo Fatty cogiendo distraído un pedazo de pastel—. Dice que Eunice tiene muy buenos modales, que será una «delicia» tenerla en casa, que es «tan» cariñosa con su padre, y…

—Bueno, si tu madre está tan entusiasmada con ella, quizás salgan juntas y tú quedes libre para salir con nosotros —dijo Pip animándose.

—Nada de eso —dijo Fatty—. Mamá no cesa de decir lo mucho que me convenía que hubiera una niña en casa, ya que no tengo hermanas, y todas esas cosas. Y que podríamos salir juntos… ir de paseo… y a la Feria cuando llegue… que yo podría enseñar a Eunice mi cobertizo del fondo del jardín… ¡Figuraos, «enseñarle» mi cobertizo! Me puse furioso cuando mi madre «mencionó» mi cobertizo. Yo pensaba utilizarlo como vía de escape cuando no pudiera soportar a Eunice ni un minuto más.

Fatty se detuvo para tomar aliento. Los otros le miraban, con gran simpatía. Por lo general a Fatty no se le movía ni un cabello pasara lo que pasase, pensó Larry…, ni un cabello.

—¿Y te has puesto esa ropa y has salido corriendo para huir de Eunice? —le preguntó con una sonrisa.

—Tú sabes que sí —respondió Fatty—. Oh, cielos… ¿me he comido ese pedazo de pastel? No quería hacerlo. Aguardé a que Eunice estuviera con mi madre contándole todos los goles que metió durante los partidos del curso pasado… y entonces dije algo

de ir a entrenarme un poco, corrí a ponerme esto, y salí por la puerta del jardín como un relámpago.

—Esperemos que a Eunice no se le ocurra salir corriendo contigo —dijo Larry con una sonrisa—. Ella también está bastante gorda. ¡Podría ocurrírsele entrenarse también para adelgazar!

—¡No «sugieras» semejante cosa! —dijo Fatty horrorizado, y casi coge otro pedazo de pastel.

—Bueno… ¿qué vamos a hacer? —preguntó Daisy—. Está bien claro que no podemos dejarte con Eunice, Fatty… antes de que pase la Pascua estarías como un fideo. Veamos… mañana es domingo. El lunes podríamos ir todos juntos a la Feria, ¿no os parece?

—Sí —respondió Fatty complacido—. Sois muy buenos al permitir que esa niña terrible venga con nosotros… ¡pero lo haréis para salvarme la vida! Mañana tendré que soportarla… pero ya arreglaré algo para el lunes de Pascua.

—¿Cuándo empieza el Congreso de los Escarabajos? —quiso saber Pip—. ¿El martes?

—Sí —repuso Fatty—. ¡Y el señor Campaneo… quiero decir Tañido… me ha invitado para que vaya! Me ha dado una entrada para ir a todas las reuniones que desee. ¡Imaginaros… yo allí sentado oyendo hablar de escarabajos!

—¿Eunice no irá? —preguntó Larry.

—No. Dice que sabe todo lo que desea saber sobre los insectos… ¡Y la creo! —exclamó Fatty—. Creo que debe saber tanto como su padre… le ayuda a clasificar sus ejemplares.

—¡Ug! —dijo Bets estremeciéndose—. Los insectos no me molestan cuando son mariquitas o ésos tan bonitos de color violeta que se escurren entre la hierba…

—¡A mí los insectos no me molestan «en absoluto»! —exclamó Pip—. Pero no quiero ser un colé… er… colé… ¿cómo es?

—Coleopterólogo —respondió Fatty—. ¡Ja! No me creísteis cuando os dije que eran aficionados a los escarabajos Tengo intención de asistir a una de las reuniones sólo para ver qué aspecto tiene una colección de amantes de los insectos.

—Yo creo que el padre de Eunice se parece bastante a un escarabajo negro —dijo Bets—. Uno muy bonito… y bastante indefenso, ¿sabéis?… como si fuera a perder su camino entre las

briznas de hierba…

Los otros rieron. En aquel momento sonó un timbre y Fatty se irguió.

—¡El teléfono! Si es Eunice decidle que no estoy aquí, ¿entendido?

Pero fue la señora Hilton quien contestó al teléfono y luego gritó por el hueco de la escalera:

—Federico, te llama Eunice Tañido —dijo—. Federico, ¿estás ahí? Eunice quiere hablar contigo.

Pero en aquel preciso momento Fatty se descolgaba por el árbol que había debajo de la ventana del cuarto de jugar.

—Decid a vuestra madre que me he ido… «tiene» que decírselo o Eunice vendrá aquí —siseó.

—Fatty no está, mamá —gritó Bets—. Acaba de irse a casa.

—Vaya… me pareció haber oído su voz hará sólo un minuto —respondió su madre sorprendida—. ¡Debe haberse marchado muy de repente!

—Sí, mamá —admitió Bets ahogando la risa y volviendo al cuarto de jugar antes de que le hicieran más preguntas. Corrió a la ventana y aún pudo ver a Fatty que salía a toda velocidad por la puerta del jardín tras el cobertizo.

—¡Pobre Fatty! —exclamó mirándole—. Es la primera vez que alguien le puede. ¡Bueno, espero que más pronto o más tarde comience a luchar!

Fatty corrió por todo el pueblo de Peterswood pensando que debía eliminar los bizcochos de chocolate y el pastel que tuvo la debilidad de comer. Además, no tenía prisa por llegar a casa. ¿Podría deslizarse por la entrada de la cocina? ¡Eunice estaría acechando la puerta del jardín!

Dio la vuelta al jardín de su casa y entró por una puertecita que había al fondo del mismo y que daba al campo. Su cobertizo quedaba cerca y al pasar quería asegurarse de que estaba bien cerrado. No debía consentir que Eunice espiara los secretos que tenía guardados allí. Luego, atravesando todo el jardín, pensaba ir hasta la puerta de la cocina y entrar por allí.

Al pasar por delante de su cobertizo probó la puerta. Sí, estaba bien cerrada… y nadie más que él sabía dónde estaba la llave.

Bien… ¿y ahora podría entrar en la casa sin ser visto?

Yendo por el sendero hasta la puerta de la cocina escuchó desde fuera. Pudo oír la radio. Bien, Jane y la cocinera estaban allí, y él podría deslizarse fácilmente hasta la escalera. ¡Ellas no importaba que le vieran!

Abrió la puerta sin hacer ruido y se dispuso a atravesar la despensa y la confortable cocina. Horrorizado, vio que Eunice estaba allí planchando y charlando con las dos criadas. Al verle alzó la cabeza, sorprendida.

—¡Oh, eres tú! ¿Por qué fuiste a correr sin decírmelo? Me hubiera gustado ir contigo… soy buena corredora. Otra vez no te vayas solo, yo te haré compañía, Federico. Por favor, no temas pedírmelo… estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por ti. ¡Tu madre es tan amable al tenernos en su casa!

—Er… voy a cambiarme —dijo el pobre Fatty, horrorizado, y salió corriendo antes de que Eunice pudiera decir, nada más. ¿Llevarla con él cuando corriese? ¡Cielo santo, qué idea más espantosa!

Capítulo IV

El viejo vagabundo

El domingo de Pascua amaneció un día radiante. La familia Trotteville y los Tañido fueron a la iglesia, y Fatty se dijo que por lo menos allí Eunice no podría hablar. Pero por desgracia sí podía cantar, y casi dejar sordo a Fatty, que estaba sentado a su lado.

También estuvo muy violento debido a las miradas de sorpresa de los asistentes ante aquel inesperado refuerzo de sus cantores. Todo el mundo se volvía a mirar. Muy mala educación, pensó Fatty con severidad…, pero a Eunice le entusiasmaba y siguió cantando serena y potente desafiando las miradas de las gentes de su alrededor.

Fatty, mentalmente, trataba de encontrar un medio para deshacerse de Eunice aquella tarde. Sabía que su padre y su madre…, y probablemente el señor Tañido, se retirarían para dormir la siesta. ¿Y si dijese que deseaba estudiar? No, seguro que su padre no iba a creerle. ¿Y si dijera que se sentía cansado y necesitaba descansar?

«¡No! Mamá me tocaría la frente para ver si tengo fiebre, pensando que estoy enfermo —gimió Fatty—. Creo que iré a mi cobertizo sin decírselo a Eunice. Me esconderé allí. Me llevaré un libro… y tal vez me disfrace para hacer prácticas. Hace "años" que no me disfrazo…, desde que volví al colegio el curso pasado».

Fatty aguardó a que los mayores se hubieran retirado a descansar. Eunice estaba ocupada escribiendo una carta, y Fatty permaneció sentado en un rincón, sin hacer el menor ruido, con la esperanza de que ella no notase su marcha, pero en cuanto se puso en pie, ella volvió la cabeza haciendo volar sus largas trenzas.

—¿A dónde vas, Federico? —le preguntó—. No tardaré en terminar esta carta y entonces podemos ir de paseo o jugar a algo.

Fatty vio un rayo de esperanza.

—Yo te llevaré la carta al correo —le dijo—. Dámela cuando hayas terminado. Hay otras dos de mamá que voy a llevar.

—Oh, gracias… si no te es molestia —le dijo la siempre educada Eunice antes de continuar escribiendo. Con alivio, Fatty la vio doblar la carta y meterla en el sobre, escribir la dirección y poner el sello. Él se puso en pie en seguida.

—Gracias —le dijo Eunice—. Mientras estás fuera pensaré algo que podamos hacer.

Fatty salió a toda prisa de la habitación y luego del jardín cerrando la puerta a sus espaldas con energía. «No» pensaba volver a cruzar aquella puerta durante mucho tiempo…, cuando regresara del correo pensaba ir a su cobertizo… ¡y allí se quedaría!

Corrió a echar las cartas, y luego fue a dar la vuelta a la casa para volver a entrar de nuevo por el pequeño portillo del fondo. Luego se deslizó hasta el cobertizo.

—¡Vaya! —exclamó para sus adentros—. ¡Es terrible pensar que tengo que ir por mi propio jardín de esta manera!

Abrió la puerta del cobertizo para entrar en su interior. Luego, volviendo a cerrarla, fue a sentarse con un suspiro de alivio. Ahora podría estar solo, por lo menos hasta la hora de merendar… y si fuera lo bastante severo consigo mismo, no merendaría y así no tendría necesidad de entrar en la casa hasta la hora de la cena.

—Podría decir que no he querido merendar porque estoy adelgazando —pensó Fatty.

Comenzó o abrir los cajones de la vieja cómoda que allí tenía para contemplar su colección de disfraces… chaquetas y pantalones sucios, jerséis rotos, un uniforme de repartidor de telegramas, otro de pinche y una falda y un chal viejo que había utilizado la última vez que quiso hacerse pasar por una gitana.

Mientras lo examinaba todo pensaba en Eunice. Comenzaba a tener el convencimiento de que ella no aguardaría tranquilamente durante horas y horas a que él volviera de echar las cartas al correo. ¡Sospecharía que había gato encerrado! ¡Incluso es posible que saliera a buscarle!

«Y si le pregunta a mamá o a Jane dónde puedo estar, es muy probable que le digan aquí —pensó Fatty, horrorizado—. ¡Cielos, no se me había ocurrido! Será mejor que me disfrace de cualquier cosa, por si acaso a Eunice se le ocurriera venir a espiar a mi cobertizo. No quiero que venga aquí, y que empiece a abrirme los cajones y a revolver todas mis cosas».

Decidió que lo mejor era vestirse de viejo. Tenía una peluca y una barba, y era fácil pintarse arrugas. Se pondría los viejos pantalones de franela que estaban colgados de un clavo, y un impermeable viejo.

No empleó mucho tiempo, y la verdad es que disfrutó de lo lindo. Contempló su rostro en el espejo con la barba, bigote y peluca. Se pintó unas cejas muy espesas y sonrió a su propia imagen.

—¡Pareces un maleante! —exclamó—. ¡No me gustaría encontrarme «contigo» en la oscuridad!

Se puso los pantalones viejos y el impermeable, y además una pipa usada en la boca para completar el disfraz. ¡Fatty nunca descuidaba los detalles de poder evitarlo!

Luego, mordisqueando la vieja pipa, se sentó en una silla vieja para leer. Suspiró con alivio. Ahora podría pasar por lo menos dos horas en paz… y más, si resistía la tentación de ir a merendar.

Sonrió al pesar en Eunice que estaría sentada esperándole, trazando toda clase de planes y preguntándose por qué no volvía. Bueno, tal vez fuese razonable y se durmiera en la cómoda butaca de su madre, si es que «dormía» alguna vez. Fatty dudaba de que pudiera dormir profundamente. Lo más probable era que durmiese como «Buster», con el oído alerta.

De pronto recordó que «Buster» estaba encerrado en su dormitorio. ¡Maldición! ¿Por qué no habría ido a buscarle antes de ir al correo? Ahora «Buster» comenzaría a ladrar y gemir, despertando a todo el mundo.

Y eso es exactamente lo que hizo «Buster». Estuvo aguardando con paciencia en su cesta durante algún tiempo. Oyó que Fatty salía para ir al correo y esperó con las orejas tiesas para oírle regresar.

Pero Fatty no regresó. Había ido a su cobertizo, y «Buster» se puso nervioso e impaciente. Comenzó a gemir bajito. Luego ladró,

no muy fuerte, porque «Buster» era lo bastante sensato para saber lo que son las siestas del domingo, y la casa estaba llena de domingo, ¡lo sabía!

Corrió hasta la puerta y comenzó a arañarla gimiendo. Luego lanzó un fuerte ladrido.

Alguien subió la escalera en seguida. Era Eunice, naturalmente. También ella había estado esperando y esperando a que volviera Fatty, y comenzaba a cansarse. Fatty le agradaba mucho, y creía haberle causado gran impresión No era grosero ni mal educado como otros muchos niños que conocía.

Eunice había oído los gemidos y ladridos, y tuvo miedo de que se despertasen los durmientes con aquel proceder del perro.

«¡Ése es "Buster"! —pensó—. Será mejor que vaya a tranquilizarle. Me pregunto dónde estará Fatty…, es una lástima que tarde tanto».

Se detuvo ante la puerta de la habitación de Fatty y llamó suavemente. «Buster» contestó con un aullido de ansiedad. Aquella niña no le agradaba mucho, pero estaba dispuesto a que ella le sacara de allí. ¡Así podría ir en busca de Fatty!

Eunice abrió la puerta y sujetó a «Buster» para que no se escapara.

—¡Chiss! —le dijo—. No ladres. ¡Perro malo! No debes hacer ruido.

«Buster» quedó tan sorprendido al oírse llamar perro malo, que se detuvo y miró a Eunice para ver si lo decía de verdad. Ella le cogió por el collar, y viendo su correa encima de una silla, fue a cogerla para ponérsela.

«Buster» estaba muy enfadado. ¡Cómo se atrevía aquella niña a sujetarle con la correa cuando él quería ir a buscar a Fatty!

—Vamos —susurró Eunice—. ¡Ahora te llevaré a dar un paseo por el jardín hasta que vuelva Federico! ¡No hagas ruido!

Con un gemido de protesta «Buster» se sometió a que le hiciesen bajar la escalera y salir por la puerta del jardín. ¡Muy bien… él encontraría a Fatty! ¡Estaba seguro de poderle olfatear por alguna parte!

Ante su contrariedad no pudo librarse de Eunice, que tenía las manos fuertes y por mucho que él tirara de la correa era igual. ¡No

le soltaba!

De pronto «Buster» se convenció de que Fatty estaba en su cobertizo. Tiró de la correa arrastrando a Eunice hasta el fondo del jardín. Allí estaba el cobertizo… y «Buster» se abalanzó sobre la puerta ladrando. ¡Guau, guau, guau, guau! ¡Déjame entrar! ¡Guau!

Fatty se alegró al oírle, y ya iba a dejarle entrar cuando oyó la voz de Eunice:

—¡Perro malo! ¡Estate quieto! ¡Vas a despertar a todo el mundo! La puerta está cerrada, de manera que Federico no está aquí. ¡Vamos, te digo!

Fatty, horrorizado, se acurrucó en un rincón. De manera que aquella niña horrible le había seguido hasta allí… ¡y además con «Buster»! O no conocía a «Buster», o estaría ladrando hasta echar la casa abajo ahora que sabía que Fatty estaba en el cobertizo… ¡y vaya si lo hizo!

¡«Buster» comenzó a ladrar como un loco! Aullaba, ladraba y arañaba la puerta, e incluso gruñó a Eunice cuando quiso llevárselo de allí.

—Ahí «no» hay nadie —no cesaba de decirle, y de pronto su voz cambió—: ¿«O» sí lo hay? Tal vez alguien se ha escondido en el cobertizo de Federico… ¡Alguien que no tiene derecho «a estar» aquí!

Fatty acurrucóse todavía más lejos al ver que Eunice atisbaba por la ventana.

—¡«Buster»! ¡Veo los pies de alguien! —la oyó decir excitada—. ¡Creo que ahí dentro «hay» alguien!

Fue hasta la puerta y miró por la cerradura… y frente a ella vio lo que aparentemente era un sucio vagabundo fumando su pipa. ¡Lanzó un fuerte grito!

—¿Qué está haciendo ahí? Salga en seguida, o le echaré el perro —gritó.

Fatty estaba sencillamente horrorizado. ¡No se le «ocurría» nada! Y Eunice al ver que alguien pasaba por allí cerca, gritó una vez más.

—¡Socorro! ¡Socorro! Hay alguien escondido en este cobertizo. ¡Socorro!

Entonces Fatty oyó la voz de Goon. ¡El señor Goon! Qué mala suerte que su ronda le hubiera llevado hasta allí en aquel preciso

momento.

El policía no perdió tiempo y fue derecho al portillo.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Quién está ahí? —le preguntó—. ¡Aparte de mí ese perro, por favor!

—Mire dentro de ese cobertizo —le dijo Eunice—. ¡Hay un horrible mendigo… fumando! ¡Puede incendiarlo todo!

Goon miró por el ojo de la cerradura viendo la sucia figura acurrucada en un rincón. De pronto «Buster» se puso como loco y se lanzó contra los tobillos del policía.

—«Aparte» ese perro, ¿quiere? —gritó Goon en tono de mando —. ¡Y usted… salga de ahí! ¡Esto es una propiedad particular!

No había otra solución que salir. Fatty no tenía el menor deseo de que Goon echase la puerta abajo, como era su intención. ¡Muy bien… abriría la puerta y saldría corriendo… confiando en que «Buster» entretuviera a Goon!

Capítulo V

Dos exagerados

—Ya salgo. Ya salgo —dijo Fatty con voz cascada yendo hasta la puerta—. ¡Aparte ese perro!

—¡Eh, niña…, deja que el perro salte sobre ese individuo cuando salga! —le ordenó Goon—. Él lo cogerá y así nos facilitará las cosas. Atención… ahora… está abriendo la puerta… ¡qué cara más dura, mira que encerrarse ahí!

La puerta abrióse repentinamente, y el viejo salió corriendo, propinando a Goon un empujón que casi le tira al suelo a pesar de su corpulencia.

—¡«Buster», ve tras él, a él! —le gritó Eunice excitada—. Cógele… es un vagabundo que nada tiene que hacer aquí. ¡Cógele!

«Buster», loco de excitación al volver a ver a Fatty, saltó tras él encantado ladrando fuertemente. Eunice y Goon se imaginaron que atacaba al viejo, y se sorprendieron de que éste no gritase pidiendo que sujetaran al perro.

—¡Eh, que se escapa! —gritó Goon al darse cuenta de que el vagabundo estaba ya en mitad del jardín a pesar de que el perro seguía ladrando a sus espaldas—. Yo iré tras él… usted quédese, señorita, es un sujeto peligroso.



Pero Fatty había salido con mucho impulso, y acababa de atravesar la verja y corría por la carretera con todas sus fuerzas. Goon se maravillaba de que un viejo pudiera correr tan de prisa.

Cuando Goon llegó a la primera esquina Fatty ya había desaparecido. Después de entrar en el jardín de una casa, fue hasta el fondo, y saltando la tapia salió al camino que conducía a la parte

de atrás de su propio jardín. El y «Buster» se detuvieron jadeantes para escuchar. «Buster» lamió la mano de Fatty sintiéndose muy feliz.

—Ya han vuelto… y ahora entran en casa, «Buster» —dijo Fatty al fin—. Ahora despertarán a papá y mamá y les contarán un cuento de hadas respecto a un viejo ladrón vagabundo que estaba en mi cobertizo. ¡Maldita sea!

Se metió en su cobertizo y cogiendo sus ropas, volvió a salir cerrando la puerta con llave, que guardó en su bolsillo. Luego fue por el jardín hasta la puerta de la cocina, pero antes de entrar atisbo por la ventana. Bien… sólo estaban allí Jane y la cocinera con aspecto sorprendido por lo que estaba ocurriendo en el recibidor.

«Supongo que deben estar viendo a Goon y Eunice —pensó Fatty, exasperado—. Bueno, "tengo" que quitarme esta ropa como sea… ¿pero dónde? No me atrevo a entrar todavía».

Decidió cambiarse debajo de un árbol, pero primero fue a mirar por la ventana del recibidor para ver lo que estaba ocurriendo. Su padre, su madre y el señor Tañido hallábanse allí con el señor Goon que trataba inútilmente de meter baza, ya que Eunice, en pleno discurso, explicaba con gran profusión de detalles lo ocurrido.

—¡Ese mendigo era una fiera! —exclamaba—. Fuerte como diez hombres, el señor Goon puede decirlo. «Buster» estuvo muy valiente, ladrando y mordiendo… y el vagabundo le daba patadas a más y mejor. Oh, si Federico hubiera estado aquí, esto no habría ocurrido. Él hubiera detenido en seguida a ese vagabundo.

—¡Vaya! —exclamó el señor Goon, indignado, interviniendo al fin—. ¿Qué quiere decir? Si yo no he podido detenerle, es que nadie podía hacerlo. Le aseguro…

—¡A-a-a-a-h! —exclamó de pronto Eunice señalando la ventana del recibidor por la que Fatty se había asomado disfrutando de la escena—. Ahí está otra vez ese vagabundo. ¡De prisa, señor Goon!

Todos corrieron a la puerta principal mientras Fatty se escabullía por la lateral. Subió a su habitación a todo correr seguido de «Buster».

—Ni una palabra, «Buster» —dijo—. Ni un ladrido, por favor.

¡Deja que me cambie!

Quitándose los viejos calzones a toda velocidad, los metió dentro del armario. Se lavó la cara y quitóse las patillas, bigote y barba. Luego de lavarse también las manos se desplomó en una silla con un suspiro.

—¡Uf! ¡Valiente broma, «Buster»! Me pregunto si todavía estarán persiguiendo al viejo vagabundo. Qué sujeto más desagradable era, ¿verdad? ¡No me extraña que ladrases!

Estuvo esperando sentado un buen rato, pero como nadie acudía decidió bajar la escalera, y saliendo a la calle aguardar allí. Entonces podría simular que llegaba de dar un paseo y fingir sorpresa al ver a los otros.

Todo salió a las mil maravillas. Fatty estaba caminando tranquilamente con «Buster» cuando regresó Goon muy contrariado con la no menos contrariada Eunice, y un trío de padres disgustados.

—¡Qué tontería! —decía el señor Trotteville—. Yo no creo que «hubiera» ningún mendigo en el cobertizo… ¡es cosa de la imaginación de esta niña! ¡Y usted lo ha creído, señor Goon! ¡Y además en domingo a la hora de la siesta!

Goon estaba rojo de furor, y Eunice pálida y enfadadísima, pero tenía la educación suficiente para no discutir. De pronto apareció Fatty y al verle le gritaron:

—¡Federico! ¿Dónde has estado?

—¿No ha visto a un vagabundo del mal aspecto, señorito Federico? —le preguntó Goon—. ¿Con patillas y demás? Estaba en su cobertizo… fumando en pipa.

—¡Un vagabundo… con patillas! —dijo Fatty fingiéndose muy sorprendido—. ¿Dónde está? ¡De prisa, mandaré a «Buster» tras él!

—Ese perro ya le ha «perseguido» —repuso Goon, exasperado—. Debe haberle hecho cisco los pantalones… ladraba, gruñía. ¡Quisiera saber si le han quedado tobillos!

—Bueno, señor Goon, creo que no debemos molestarle más —dijo el señor Trotteville con firmeza—. Ese hombre se ha ido… y nosotros no podemos hacer nada. Vamos, Eunice… tú tampoco puedes hacer nada.

—¡Mira que ocurrir esto… y además en domingo! —dijo el señor

Tañido bastante pálido—. Qué suerte que estuviera usted por aquí, agente. ¡Vagabundos escondidos en cobertizos! ¿Han robado algo?

—Dejaremos que lo averigüe Federico —exclamó el señor Trotteville un tanto exasperado—. De todas formas, allí no guarda más que tonterías.

Fatty no dijo nada. ¡No tenía el menor deseo de que su padre viera lo que «realmente» guardaba en su cobertizo! Toda clase de disfraces, diversas pinturas grasas para maquillarse el rostro, dientes postizos para cubrir los suyos, parches para alterar la forma de sus mejillas, cejas, bigotes, barbas… ¡Cielos, desde luego que el señor Trotteville se hubiera sorprendido mucho al encontrar cosas tan peculiares!

—Señorito Federico, tal vez será mejor que vaya a echar un vistazo a su cobertizo para ver si ese vagabundo se ha llevado algo —sugirió Goon, quien consideró que era una buena oportunidad para ver lo que Fatty guardaba allí. Goon tenía una ligera idea de su contenido, y hubiera sido añadir una pluma a su casco el poder registrar todos sus rincones. ¡Ah! ¡Entonces descubriría algunos de los secretos de aquel niño!

—Oh, puedo mirarlo yo mismo —replicó Fatty—. Y no quisiera molestarle más, Goon. Vaya a su casa a terminar la siesta dominical.

Goon se puso rojo.

—Estoy de servicio —dijo—. ¡Y suerte para ti que lo estuviera! ¡Si no hubiera venido por aquí, ese vagabundo hubiera robado la mitad de tus cosas y prendido fuego a todo!

—Apuesto a que no estaba fumando —dijo Fatty, sabiendo perfectamente que tenía la pipa en la boca sin encender.

—¡Tú no sabes nada de eso! —exclamó Eunice—. Yo le vi, y tú no… y estaba fumando como una chimenea… ¿no es cierto, agente?

—Cierto, señorita —repuso Goon pensando que Eunice era como él… exageraba para que la historia resultase más emocionante—. Tenía muy mal aspecto, no me extraña que el perro fuera tras él.

—Bien por «Buster» —dijo Fatty inclinándose para acariciarle y al mismo tiempo esconder una sonrisa. ¡Vaya, vaya… qué par de exagerados eran Goon y Eunice! ¡Era una verdadera lástima no poder decirles que el viejo vagabundo era «él»!

Los otros habían entrado ya en la casa, y Fatty decidió que ya

era hora de que Goon se marchase también. Él no sabía si ir en bicicleta a casa de Pip para contarle el episodio del vagabundo, pero decidió que era mejor no hacerlo porque Eunice podía seguirle hasta allí.

—Entra en casa —le dijo a Eunice—. Ahora ya debe ser hora de merendar.

Eunice le siguió, insistiendo en contarle una y otra vez cómo había mirado por la ventana y por la cerradura del cobertizo, descubriendo al vagabundo, y de cómo ella y Goon le habían perseguido cuando salió de allí.

—No sé por qué fuiste a «espiar» al cobertizo —dijo Fatty tan cansado de Eunice que decidió ser grosero con ella. Tal vez así se fuese enojada. ¡Sería estupendo!

—¡Yo no estaba «espiando»! —dijo furiosa y ante el regocijo de Fatty se molestó en seguida, yendo a encerrarse a su habitación. Inmediatamente Fatty fue a la cocina con «Buster», recogió algunos pasteles, bollos y galletas de la bandeja de la merienda y salió corriendo otra vez.

«Eunice no irá otra vez a espiar a mi cobertizo —pensó—. Voy a llevarme esto allí para comer y leer en paz. Sólo espero que Goon no venga a husmear por aquí. ¡Qué vida… Eunice siempre a mi lado, y Goon apareciendo siempre que no se le necesita!».

Entró en el cobertizo, y luego de cerrar la puerta con llave, se sentó con su libro y se puso a comer. Sólo cuando se había comido las dos terceras partes de todo lo que había llevado se acordó de que trataba de adelgazar.

—¡Maldición! —dijo mirando al fiel «Buster», que aguardaba paciente a que le diera alguna cosa—. ¿Por qué no me has recordado que no puedo comer tanto? ¿Es que acaso has olvidado que estoy adelgazando, «Buster»? ¿No podías pegarme fuerte con la pata cuando ves que estoy comiendo?

«Buster», obediente, le dio la pata y gimió en espera de uno de los bizcochos de chocolate, sus preferidos.

—Puedes comerte un pastel «y» un bizcocho —le dijo Fatty—. ¡Pero sólo para evitar que «yo» me las coma! ¡Y te advierto que esta noche tendrás que venir a correr conmigo por el campo para quitarte toda esa grasa superflua!

Y así, cuando Eunice, que parecía haber olvidado su enfado, le sugirió que jugaran una partida de ajedrez, Fatty meneó la cabeza con pesar.

—Nada me gustaría más que ganarte al ajedrez, Eunice —le dijo —, pero…

—¡Ganarme! ¡No podrías! —replicó Eunice—. ¡Soy la campeona de ajedrez de mi colegio!

—Qué raro… yo también —dijo Fatty muy serio—. Pero me temo que hoy he comido demasiado, Eunice, y voy a correr una hora por la orilla del río.

—¿Qué? ¿A oscuras? —dijo su madre—. ¡La verdad es que me parece que estás exagerando tu manía de adelgazar, Federico!

Fatty pensaba lo mismo, pero la idea de pasar la velada jugando al ajedrez con una Eunice de aspecto fiero era superior a sus fuerzas. Pesaroso fue con «Buster» a ponerse su equipo, y pronto estuvo corriendo junto al río con «Buster» pegado a sus talones. ¡Qué vida!

Capítulo VI

El inspector Jenks tiene algo que decir

El lunes de Pascua por la mañana, cuando el señor Goon estaba terminando un suculento desayuno a base de tocino frito y tres huevos, un enorme y reluciente automóvil negro se detuvo delante de su casa. El señor Goon lo vio cuando se disponía a atacar el tercer huevo, y su boca se abrió todavía más.

«¡El inspector! ¿Qué es lo que querrá de mí esta mañana?», pensó Goon poniéndose apresuradamente la guerrera y corriendo a cepillarse el cabello. Llamó a la mujer que hacía la limpieza en la cocina con voz apremiante.

—¡Señora Boggs! ¡Sea quien sea hágalo pasar al despacho en seguida! —Mientras hablaba se oyó llamar a la puerta y la señora Boggs fue a abrir corriendo.

Fuera aguardaba un inspector de policía muy alto… el Primer Inspector Jenks con sus ojos vivaces y agudos de mirar impaciente. La señora Boggs le hizo pasar al despacho.

—El señor Goon saldrá en seguida, señor —dijo, haciendo casi una reverencia antes de salir de la habitación.

Goon llegó en seguida mucho más aseado.

—Buenos días, señor —le dijo—. Es… es una visita inesperada.

—Goon —dijo el inspector con brusquedad—. En este distrito hay un hombre peligroso. Un evadido de la cárcel, violento y capaz de todos los trucos. Es conocido por su habilidad en disfrazarse. Ahora… hay feria en Peterswood, y es muy probable que este sujeto venga por aquí. Quiero que tenga los ojos bien abiertos y me informe en seguida si viera a alguien sospechoso. Inmediatamente enviaré a mis hombres para vigilar a cualquiera que usted me

indique.

Goon se irguió respetuosamente en el acto, dándose importancia.

—Sí, señor —dijo—. Er… ¿no sería una buena idea ir a la feria sin uniforme, inspector? Ya sabe que seguí un Curso Especial en la Escuela de Policías… sobre disfraces y demás.

—Bueno —repuso el inspector mirando a Goon con desconfianza —, supongo que puede usted intentarlo. Lástima que esté tan gordo… eso no puede ocultarlo y le hace inconfundible.

Goon sintióse herido, y exclamó:

—Podría tratar de adelgazar un poco, inspector —dijo esperanzado—. Pero…

—Hum… necesitaría meses para llegar a tener un peso razonable —replicó el inspector—. Ahora voy a darle algunos detalles acerca del hombre que buscamos. —Puso varias notas encima del escritorio que Goon contempló con interés.

—Estatura mediana, ojos penetrantes, una cicatriz encima de la boca de labios finos, bigote, verdadero o postizo, puede llevar patillas postizas… —Goon se detuvo, pues acababa de ocurrírsele una idea asombrosa. Excitado, miró al inspector.

—¡Ayer vi a ese hombre! —gritó excitado y tocando con el índice el pecho del inspector—. ¡Sí, lo vi, con patillas y todo!…

—¿Dónde? —preguntó él inspector, tajante.

—¡Y también era violento…, «muy» violento! —prosiguió Goon —. Dando puntapiés y manotazos; con lo fuerte que soy no pude sujetarle.

—¿Dónde estaba ese hombre? —volvió a preguntar el inspector, pero Goon no se detenía.

—Y también tenía ojos penetrantes… ojos como puñales. Y bigote, y ahora que pienso tal vez pudiera ocultar debajo la cicatriz. ¡Que me aspen si no era ese hombre!

—Goon —dijo el inspector en tono peligroso—. Tenga la amabilidad de callarse y escuchar. ¿Dónde estaba ese hombre?

—Er… bueno, inspector… es extraño, inspector, pero estaba en el jardín de Federico Trotteville, dentro de su cobertizo —explicó Goon—. Me avisó una jovencita que se hospeda en su casa. «Buster», ese perro scottie, fue tras el vagabundo con fiereza y debió

morderle los tobillos hasta el hueso. Era un verdadero salvaje, inspector.

—¿Estaba allí también Federico Trotteville? —quiso saber el inspector—. ¿Y él «no pudo» atrapar a ese hombre? Por lo general es muy diestro para esa clase de cosas.

—Bueno, si se hubiera podido coger a ese individuo, lo hubiese cogido «yo» —dijo Goon, molesto—. En realidad el señorito Federico no apareció hasta que era ya demasiado tarde. Yo lo había hecho todo antes de que él llegase.

—Ya —dijo el inspector, pensativo—. Creo que voy a ir a ver lo que Federico piensa de ese individuo.

—Él no le vio, inspector —repuso Goon—. Ya le he dicho que llegó demasiado tarde.

—Sí, ya lo he oído —dijo el inspector en tono seco—. Está bien. Estudie esas notas, Goon, y tenga los ojos abiertos. Ese individuo ha sido visto por aquí… y sabemos que tiene amigos que pueden haberle proporcionado algún disfraz. No es un tipo a quien le guste esconderse. Disfruta mezclándose entre la gente y observando cómo la policía trata de descubrirle.

—Oh… entonces desde luego que me disfrazaré —dijo Goon—. Y si me pusiera…

Pero el inspector ya estaba sentado en su automóvil y Goon se quedó solo murmurando para sus adentros.

—A casa de los Trotteville —ordenó el inspector, y el gran automóvil se puso en marcha suavemente. Luego de enfilar la avenida de Fatty se detuvo ante la puerta principal. El inspector se apeó y fue a llamar al timbre.

—¿Está en casa el señorito Federico? —preguntó cuando Jane le hubo abierto la puerta.

—Oh, buenos días, inspector —dijo Jane—. Sí, creo que sí. Ahora iba a salir. Pase, señor, iré a llamarle.

El primer inspector fue introducido en el bonito salón de la señora Trotteville. Luego se oyeron pasos apresurados en la escalera y apareció Fatty vistiendo calzones cortos y camiseta blanca. El inspector quedó sorprendido.

—Hola, Federico… ¿te estás entrenando para algo? —le preguntó.

—Sí, señor. Es para adelgazar un poco —explicó Fatty—. Tengo oportunidad de formar parte del equipo de tenis de mi colegio el próximo curso. ¡Me alegro de verle, inspector!

El inspector fue derecho al grano.

—Federico…, vengo de ver a Goon —le dijo—. Fui a verle para pedirle que buscase a un individuo, e inmediatamente me contó una curiosa historia de un vagabundo que encontró en tu cobertizo.

Fatty sintió que se ruborizaba.

—Sí, inspector —repuso—. ¿Y qué más le contó?

—Oh, me dio toda clase de detalles —prosiguió el inspector—. Según él, ese individuo era extremadamente violento, tenía ojos penetrantes como puñales, bigote, que probablemente ocultaba una cicatriz… y que «Buster» salió tras él y le mordió los tobillos hasta el hueso. Los del vagabundo, no los de Goon.

—¿Le dijo alguna cosa más, inspector? —preguntó Fatty con cautela.

—Dijo que tú apareciste demasiado tarde para ayudarle —dijo el inspector—. ¿Qué es exactamente lo que sabes acerca de ese mendigo violento que estaba escondido en tu cobertizo? Pensé que lo tenías siempre cerrado.

—Usted cree que ese vagabundo era yo, ¿verdad, inspector? —dijo Fatty mirando al policía de hito en hito.

—Desde luego que se me ha ocurrido —dijo el inspector sosteniendo la mirada de Fatty.

—De acuerdo —dijo Fatty con un suspiro—. Sí, yo era el vagabundo. Pero se trataba sólo de una broma, inspector. Ni siquiera sabía que Goon andaba cerca. Una amiga nuestra que se hospeda en casa se asomó a la ventana de mi cobertizo y me vio disfrazado de vagabundo… y gritó pidiendo ayuda. Y vino Goon y yo salí corriendo. «Buster» no me atacó, naturalmente… estaba excitado al verme y saltaba a mi alrededor mientras yo huía. Er… supongo que Goon ha exagerado un poco.

—Sí, adivino cuánto —dijo el inspector con un brillo malicioso en los ojos—. Según él, eres extremadamente fuerte y violento… está convencido que eres el hombre que buscamos.

—Supongo… supongo que no le importará hablarme de ese hombre —dijo Fatty esperanzado—. Quiero decir… que tal vez

pudiera ayudar. Nunca se sabe.

—Te dejaré una copia de las notas que le entregué a Goon —dijo el inspector sacando unos papeles de su bolsillo y escogiendo un par de páginas—. Será mejor que no le digas a Goon que sabes lo de ese hombre… pero vigila si la semana que viene ocurre algo fuera de lo normal. La feria ha comenzado… y también hay un Congreso… de manera que el lugar estará lleno de forasteros.

—Oh, gracias, señor —dijo Fatty alegremente mientras recogía las notas—. Muchísimas gracias. ¡Esto es precisamente mi especialidad! Haré lo que pueda. Puedo decírselo a los otros, ¿verdad, inspector? Ya sabe que son de confianza… le hemos ayudado mucho otras veces, ¿no es cierto?

El inspector rio.

—Sí. Con tal de que tú des las órdenes a los otros, y que ellos te obedezcan, de acuerdo. Pero recuerda, Federico, ese individuo es peligroso, y todo lo que quiero que hagáis es mantener los ojos y oídos bien abiertos y me comuniquéis cualquier cosa que pudiera ser de valor. ¡Tienes un arte especial para conseguir información!… ¡En realidad creo que es más bien un don natural!

—Gracias, inspector —dijo Fatty complacido, acompañándole cortésmente hasta la puerta. En cuanto la hubo cerrado Eunice corrió hasta él.

—¿Quién era, Federico? Un inspector de policía, ¿verdad? ¿Para qué quería verte? ¿Es por lo del vagabundo de ayer?

—Sí… principalmente por eso —dijo Fatty con reserva. No iba a contar a Eunice lo que el inspector le había confiado.

—Bueno… yo creo que debieras «haberme» llamado —dijo Eunice indignada—. Al fin y al cabo «yo» le descubrí… «yo» avisé al policía… y «yo» traté de detenerle.

—Bueno, supongo que el inspector recibió la información de Goon —dijo Fatty—. Ahora debo comenzar a entrenarme, Eunice. Siento tener que dejarte sola.

—Yo iré también —dijo Eunice, pero en aquel momento la señora Trotteville hizo imposible que Eunice le acompañara (¡qué alivio para Fatty!) pidiéndole que la ayudase a cortar flores.

Eunice, que siempre estaba dispuesta a complacer a los mayores, se avino a ello en seguida, y Fatty salió corriendo encantado. Tenía

intención de contar a los demás la emocionante noticia, y aguardó a que Eunice estuviera en el jardín para correr al teléfono.

Marcó el número de Pip, pero comunicaba. ¡Maldición! Telefoneó a Larry y tuvo la suerte de que fuera Daisy quien se pusiera al teléfono.

—¡Daisy! Escucha… ¡Hay un misterio en ciernes! —dijo Fatty encantado—. ¡Uno estupendo! El Primer Inspector acaba de estar aquí y quiere que le ayudemos. ¿Podemos encontrarnos en tu casa dentro de diez minutos? ¿Sí? Bien. Telefonea a Pip y haz que él y Bets vengan también.

Dejó el teléfono sonriente… mas al volverse oyó una voz que le reprendía.

—¡Federico! Dijiste que el inspector vino por lo del vagabundo. ¿Para qué «vino en realidad»? ¿Y qué es eso del misterio? Yo creo que debieras decírmelo.

Era Eunice que llegaba del jardín con un ramo de narcisos. ¡Lo había oído todo!

—Lo siento. ¡No puedo entretenerme, Eunice! —dijo Fatty corriendo hacia la puerta con «Buster» pegado a sus talones. Tenía intención de cambiar los calzones cortos por sus pantalones de franela, pero estaba convencido de que Eunice era capaz de seguirle hasta su habitación para interrogarle sobre su «misterio».

De manera que salió disparado hacia la casa de Larry todavía con su equipo de corredor, dejando tras él a una Eunice muy enojada. ¡Qué mala suerte que le hubiera oído hablar por teléfono!

Capítulo VII

Una reunión importante

Larry y Daisy le estaban esperando en la glorieta, Pip y Bets no habían llegado todavía, y se quedaron muy sorprendidos al verle otra vez con calzones cortos.

—Oye… ¿es que siempre «vistes» así ahora? —le dijo Larry—. Será mejor que vaya a buscarte una chaqueta; sopla mucho viento aquí en la glorieta.

Pip y Bets llegaron casi inmediatamente, y los cinco, junto con «Buster», feliz e interesado, celebraron una reunión muy importante.

Ante todo, Fatty les contó cómo había escapado de Eunice el día anterior para ir a su cobertizo a practicar el arte del disfraz.

—Me disfracé de vagabundo —dijo—. Con patillas y todo. De manera que, naturalmente, cuando Eunice atisbo por la ventana y el ojo de la cerradura, se llevó un buen susto y pidió auxilio.

Todos rieron.

—Le está bien empleado por curiosear —dijo Larry—. Continúa.

—Bueno, ¿y quién iba a acudir en su ayuda sino el viejo Goon, que pasaba por allí cerca durante su ronda dominical? —explicó Fatty—. De manera que podéis figuraros el trabajo que tuve para poder escapar. «Buster» casi se vuelve loco de excitación, y saltaba sobre sí, corriendo a mi lado, y Goon y Eunice pensaron que me atacaba… ¡Goon dijo que debía haberme mordido los tobillos hasta el hueso!

—Pero «no» te cogieron, ¿verdad? —preguntó Bets con ansiedad.

—Claro que no —replicó Fatty—. De todas formas resulta que el

Primer Inspector fue a ver a Goon por causa de un sujeto peligroso… un evadido de presidio… que él cree que está escondido en Peterswood… y el viejo Goon le contó lo del vagabundo que hizo huir de mi cobertizo, y dijo que estaba seguro de que era el fugitivo que se había ocultado aquí.

Hubo tal coro de carcajadas que Fatty no podía continuar.

—Callaos —les suplicó—. Larry, vas a hacer que venga tu madre… pensará que estamos tramando algo terrible.

—Está bien, pero es muy divertido —exclamó Larry—. ¿Y qué más?

—Bueno, como podéis imaginaros, el inspector no fue tan tonto como Goon —dijo Fatty—. Adivinó en seguida que el viejo vagabundo era yo, y vino a interrogarme.

Todos miraron a Fatty preocupados.

—¿Estaba enfadado?

—No. Claro que no. ¿Es que no puedo disfrazarme en mi cobertizo cuando quiera? —dijo Fatty—. ¡Naturalmente que sí! Pero veréis, el inspector tuvo que descubrir su secreto… ¡Y hablarme del hombre que Goon había confundido conmigo! Yo le ofrecí en seguida mi ayuda. ¡Y dijo que aceptaba!

—«¡Vaya!» —dijo Pip emocionado—. Entonces tenemos otro misterio donde hincar el diente. Bueno… Tal vez no sea un verdadero «misterio», pero sí algo parecido. ¿Sabes algo de ese hombre?

—Sí. Mira —dijo Fatty poniendo las notas encima de la mesa de la glorieta—. Aquí están las señas personales. Y las fotografías de ese hombre… de frente y de perfil. Pero seguramente se habrá disfrazado… al parecer es muy experto en eso, de manera que las fotos nos servirán de mucho.

Todos las miraron. Aquel hombre tenía unos ojos penetrantes, bajo unas cejas muy negras, una nariz vulgar, boca de labios finos y en mitad del superior una cicatriz estrecha de forma curva. Fatty la señaló.

—Necesita ocultar «eso» —dijo—. Y por consiguiente tendrá que llevar bigote postizo hasta que le crezca el suyo. Y es posible que también lleve barba para ocultar su delgada barbilla.

Los cabellos eran espesos e hirsutos.

—Se los habrá rizado… o se habrá hecho la permanente —dijo Fatty—. O tal vez se los habrá cortado para dar la impresión de que es algo calvo. Nunca se sabe.

—Bueno, si puede hacer todas esas cosas no sé de qué nos van a servir esas fotos —exclamó Daisy.

—Tiene las manos huesudas y encallecidas, fijaos —dijo Pip—. ¡Apuesto alguna cosa a que llevará guantes para disimularlo!

—Hay muchas personas que tienen callos en las manos —dijo Bets—. Por ejemplo, nuestro jardinero. Y las tiene muy huesudas.

—¿Tiene alguna afición o antipatía marcadas? —quiso saber Daisy.

—Al parecer le gustan mucho los gatos —repuso Fatty—. Y mirad… aquí hay una cosa muy curiosa en la que no había reparado antes. Se interesa por la Naturaleza, pero especialmente por los «insectos». ¡Ajá!

—¿A qué viene ese «ajá»? —preguntó Pip, sorprendido.

—Le interesan los «insectos»… y se sabe que está en «Peterswood» —dijo Fatty—. ¿No os dice nada, mis queridos Cabezotas?

—Oh… te refieres al Congreso de Cole-lo que sea —dijo Larry recordando—. Sí, sí, puede que haya algo en eso. Quieres decir que puede hacerse pasar por Cole-nosequé, amante de los insectos, y asistir solemnemente a las reuniones en el Ayuntamiento mientras todo el mundo le busca por otros sitios.

—Bueno, eso me parece un tanto descabellado —admitió Fatty —. Pero no podemos pasar por alto ninguna pista posible. Podría ser el mejor lugar para esconderse… ¡en las reuniones de amantes de los insectos! ¿A quién se le ocurriría buscar a un evadido de presidio en un sitio así? Con lentes muy gruesos para ocultar sus ojos penetrantes…

—Y un sombrero, bufanda y abrigo grueso como el que lleva el señor Tañido —dijo Bets—. Sinceramente, ¡cuando le vi en la estación no pude por menos que pensar que «iba» disfrazado… con bigote y barba!

—Bueno, se nos presenta un trabajo difícil —dijo Fatty complacido mientras recogía los papeles—. ¡Pero nos divertiremos! ¡Y recordad… que Goon busca también a ese individuo, y no

debemos consentir que lo encuentre él primero!

—¡No, cielo santo! —exclamó Daisy—. A propósito, ¿qué estatura tiene ese hombre? ¿Es alto? ¿Bajo?

—De estatura mediana —replicó Fatty—. Pero hemos de recordar que puede parecer alto si se pone tacones, o bajo si se encorva. El inspector Jenks dijo que era experto en disfraces. Ahora hemos de trazar nuestros planes.

—Sí, eso es —intervino Bets—. Y no hemos de dejar que Eunice sepa nada.

—Oyó lo que yo hablaba con Daisy por teléfono —dijo Fatty frunciendo el ceño—. ¡Es muy propio de ella! Me estuvo acribillando a preguntas sobre por qué había ido a verme el inspector esta mañana, naturalmente… y se puso furiosa porque no le había preguntado a «ella» por el viejo vagabundo. ¡Qué poco se imagina que quien vio en el cobertizo era yo!

—Bueno, tendremos que andar con cuidado cuando Eunice esté cerca —dijo Larry—. Y ahora… ¿cómo vamos a comenzar a investigar este misterio, Fatty? Pensemos.

—Bueno, es evidente que ese individuo se mezclará entre otra gente donde no llame la atención —repuso Fatty reflexionando—. Probablemente no querrá alquilar una habitación en un hotel… ni en ninguna casa de huéspedes. Sabe que la policía hace averiguaciones en esos sitios. No, «yo» creo que hay dos sitios donde podemos buscarle.

—¿Cuáles son? —preguntó Bets—. La Feria es uno, naturalmente.

—Y el segundo el Congreso de Coleopterólogos —repuso Fatty —. Estoy seguro.

—Pero nosotros no podemos asistir a sus reuniones —objetó Daisy—. No somos cole-lo-que-hayas-dicho.

—Yo sí puedo entrar —dijo Fatty—. ¡El padre de Eunice me ha dado entradas para todas las conferencias! También ha dado algunas a papá y mamá… ¡de manera que podemos ir cuando queramos!

—Bueno, yo no quiero ir —dijo Daisy con decisión—. Ug… escarabajos corriendo por todas partes.

—No seas tonta. Si se exhiben escarabajos estarán dentro de

vitrinas y muertos —dijo Larry—. ¿No es verdad, Fatty?

—Sí. Pero supongo que lo único que ocurrirá en esas reuniones es que los principales coleopterólogos pronunciarán largas conferencias —dijo Fatty—. Y es posible que al final de cada discurso charlen unos con otros. Será muy, muy aburrido para cualquiera de nosotros que quede encargado de asistir para examinar a los congresistas y ver si alguno de ellos se parece al evadido.

—Yo no sé —dijo Daisy con presteza—. Prefiero ir a la Feria.

—Oh, bueno, allí iremos «todos» —convino Fatty—. En realidad he pensado que fuéramos esta tarde. De todas formas el Congreso de Coleopterólogos no empieza hasta mañana. ¿De manera que, qué os parece si fuéramos a la Feria y juntamos el trabajo con el placer?

Todos consideraron que era una idea muy buena.

—Pero ¿qué hay de Eunice? —preguntó Bets, ansiosa—. ¿Tendrá que venir ella también?

Hubo unos instantes de silencio y al fin Fatty exhaló un profundo suspiro.

—No veo medio de escapar —dijo—. Mamá querrá que me la lleve, y ella armará un escándalo si trato de evadirme. ¡Maldición!

—Nos turnaremos para estar con ella —dijo Larry, generoso—. Tú eres el más listo de nosotros, Fatty, de manera que es más probable que descubras al hombre que buscamos, y si esta tarde ves a alguien a quien deseen examinar de cerca, o seguir, o hablar…, me haces uno de tus guiños y yo me encargaré de Eunice en seguida.

—Bueno, gracias —dijo Fatty, aliviado—. La verdad es que me estropearía la tarde si se pega a mí como una lapa. Y recordad que ni una palabra a Eunice de este asunto. Si alguno tiene el descuido de descubrir algo sin querer, tendrá que retirarse de este misterio.

Aquélla era una amenaza cierta y terrible, y Bets se asustó, diciendo que lo mejor sería no hablar mientras Eunice anduviera cerca. Fatty sonrió viendo su cara seria.

—Está bien, pequeña Bets. Tú no nos descubrirás. Nunca lo has hecho hasta ahora. El que verdaderamente me da miedo es «Buster». Está escuchándonos todo el tiempo con las orejas tiesas. «Buster», ¿no te atreverás a descubrirnos ante esa niña?, ¿verdad?

—¡Guau! —ladró el pequeño scottie alegremente, comprendiendo que la solemne reunión tocaba a su fin, y que Fatty ya no estaría ocupado. Se puso patas arriba para que él le acariciara la tripita.

—Bueno… ¿dónde nos encontraremos? —preguntó Daisy—. ¡Cielos, mirad… ahí está Eunice! ¡Nos ha seguido hasta aquí!

—¡Y ella que cree que estoy corriendo a varios kilómetros de distancia! —exclamó Fatty horrorizado—. De prisa… salid todos de la glorieta y dejadme aquí. Llevaros a esa niña dentro de la casa y atiborrarla de dulces, o lo que sea. Siempre está dispuesta a comer.

Apresuradamente los otros abandonaron la glorieta para ir al encuentro de Eunice.

—¡Hola! —le dijeron con el ceño fruncido—. ¿Dónde está Fatty? Su madre me dijo que estaría en casa de Pip, y la madre de Pip me dijo que os habíais reunido todos aquí, de manera que vine.

—¡Bienvenida! —exclamó Larry con una sonrisa demasiado radiante—. Vamos dentro a tomar un tentempié. Espero que te gusten las galletas. ¿Dónde puede estar el bueno de Fatty? Ojalá no se agote corriendo kilómetros y kilómetros… «entra», Eunice. ¡Por aquí!

Capítulo VIII

Un poco sobre escarabajos

Fatty se quedó un rato en la glorieta con «Buster», temiendo ser visto por la avispada Eunice, y luego, cuando le pareció que la costa estaba despejada, dirigióse a la puerta lateral del jardín, desapareciendo por la carretera.

Sólo Bets le vio marchar. Estuvo vigilando la verja sabiendo que probablemente saldría por allí cuando se creyera seguro. Salió disparada de la habitación y bajando la escalera corrió por el jardín detrás de Fatty y le llamó.

Él se volvió y al ver que era Bets se detuvo.

—¿Qué ocurre? —dijo cuando ella le alcanzó casi sin aliento—. ¡No me digas que Eunice me ha visto!

—No, no te ha visto —jadeó Bets—. Pero no hemos quedado a qué hora nos encontraremos en la Feria o en otro sitio.

Fatty reflexionó.

—Yo creo que a las tres sería buena hora —dijo—. Entonces habrá allí mucha gente y el hombre que buscamos se considerará seguro. Es posible que haya buscado empleo en la Feria.

—Sí. Podría ser —respondió Bets—. Tal vez por eso ha sido visto aquí.

—Tú vuelve con los demás —dijo Fatty dándole una palmadita en el hombro—. Y, naturalmente, no digas que me has visto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bets—. ¿No irás a correr de «verdad»?

—Sí que voy —replicó Fatty—. De una manera u otra he de quitarme la mitad de mi gordura. Así que «Buster» y yo correremos a toda marcha por todo el condado. ¡Hasta luego, pequeña Bets!

Bets le vio partir a buena marcha con «Buster» pegado a sus talones. Esperaba que no adelgazase demasiado. Entonces no sería Fatty, el Fatty que ella admiraba tanto. Volvió con los demás, preguntándose si habrían ideado algún medio para librarse de Eunice.

Aquella mañana Fatty realizó una buena carrera. En primer lugar era un hermoso día de abril, y en segundo le gustaba estirar las piernas corriendo rítmicamente. Fue siguiendo el río, y al llegar a Marlow dio la vuelta y regresó de nuevo.

Pim, pam, pim, pam. La imaginación de Fatty corrió tan veloz como sus piernas. ¿Por qué había ido a Peterswood el fugitivo? ¿Tenía amigos allí? ¿Dónde pasaba la noche? ¿Se ocultaría en algún pajar o en algún jardín? ¿Cuál era su trabajo? Tendría que ganar dinero para mantenerse a menos que tuviera amigos que le ayudasen. Ciertamente la Feria era el lugar más adecuado para buscarle.

Al llegar a Peterswood dejó el río, tomando la carretera que llevaba al pueblo. Consultó su reloj. Sí, había hecho un buen tiempo. Al volver una esquina casi fue arrollado por una bicicleta.

—¡Eh! —le dijo la voz familiar del señor Goon—. ¿Qué estás haciendo?… Casi me tiras de la bicicleta. Siempre atolondrado.

—¡Vaya, y usted casi «me» atropella! —dijo Fatty sin detenerse. Goon dio la vuelta a su bicicleta para seguirle, con gran disgusto de Fatty.

—¿«Qué» es lo que te propones? —preguntó Goon contrariado mientras pedaleaba a su lado procurando apartarse de «Buster»… aunque por aquel entonces «Buster» estaba demasiado cansado para morder los tobillos de nadie, ni siquiera los de Goon.

—¿Que «qué» me propongo? —dijo Fatty—. ¿Es que no ha visto nunca a nadie corriendo?

—Sí. Pero ¿por qué has empezado tan de repente? —quiso saber Goon, preguntándose si aquel repentino entrenamiento tendría que ver con el prisionero evadido.

—Para adelgazar —replicó Fatty—. Y no sería mala idea que usted hiciese lo mismo, señor Goon. ¡Piense lo fácil que le resultaría perseguir a los vagabundos y gente por el estilo si estuviera bien entrenado y pudiera correr de prisa!

—¿Has vuelto a ver a ese vagabundo que estaba en tu cobertizo? —le preguntó el señor Goon.

—No. ¿Y usted? —dijo Fatty corriendo hasta un portillo, que saltó para adentrarse en el campo. Estaba harto del señor Goon.

«Vaya… yo quería averiguar si el Jefe le había dicho algo del evadido —pensó Goon—. No quiero que ese niño gordo empiece a buscarlo, siempre se entromete en todo. ¡Caramba con él!».

Eunice llegó a casa a tiempo para comer, habiendo pasado lo que ella consideraba una mañana muy agradable con los demás niños. ¡Fatty se preguntaba si a los otros les habría parecido tan agradable! Él había regresado a las doce, pasando el resto de la mañana en su cobertizo, en paz y tranquilidad, examinando todas sus pertenencias por si acaso necesitaba disfrazarse repentinamente.

—Esta tarde vamos a ir todos a la feria —anunció Eunice a Fatty en cuanto éste bajó a comer muy elegante y pulcro con sus pantalones de franela gris.

—Bien —repuso Fatty, cortés.

—Pero te advierto que no trates de gastar tu dinero en el tiro de anillas —dijo Eunice.

—¿Por qué no? —preguntó Fatty, sorprendido.

—Pues porque son una estafa —replicó Eunice—. Las anillas son «demasiado» pequeñas para ensartar los objetos… me refiero a los decentes… es inútil tratar de ganar un reloj o algo por el estilo, nunca se consigue.

—Bah —dijo Fatty que se consideraba un buen tirador de anillas —. Yo he ganado muchas cosas en el tiro de anillas. Es posible que «tú» no ganes por no tener puntería.

El señor y la señora Trotteville llegaron con el señor Tañido que exclamó mirando a través de sus gruesos cristales:

—¡Vaya! ¿Qué tal lo habéis pasado los dos juntos esta mañana? Espero que hayáis jugado a gusto.

—¡Papá! ¡No me hables como si tuviera siete años! —dijo Eunice —. A decir verdad, apenas he «visto» a Federico esta mañana.

—Oh, Federico, ¿no te has ocupado de Eunice? —exclamó su madre—. Ya sabes que es nuestra invitada.

—He estado corriendo —dijo Fatty—. Eunice estaba con los otros, mamá… ¿te parezco más delgado?

—Pues no —repuso su madre después de mirarle atentamente—. Y no creo que adelgaces mientras comas tantas patatas, Federico. ¡Mira cuántas te has servido… cinco!

—Cielos, es verdad —dijo Fatty sobresaltado—. Y sólo pensaba comer dos. —Devolvió las otras tres con aire apesadumbrado.

—Estoy aguardando impaciente la primera Conferencia que se celebrará mañana en el Ayuntamiento —dijo el señor Tañido sirviéndose un abundante plato de patatas—. Habrá gente muy distinguida.

—¿Quiénes? —preguntó Fatty, cortés.

—Pues, Guillermo Wattling —dijo el señor Tañido—. Es «el» experto en Escarabajos Anillados Tres Lunares de Peruvia. Un hombre maravilloso… realmente maravilloso. Pasó toda una semana tendido ante el agujero de este insecto en mitad de un pantano.

—¡Cielo santo! ¡Me maravilla que esté vivo para contarlo! —dijo el señor Trotteville ante aquella revelación de lo que era capaz de hacer un amante de los escarabajos.

—Y también María Janizena —dijo el señor Tañido disfrutando —. Es una maravilla, vaya si lo es. Créanlo o no, encontró ochenta y cuatro huevos pertenecientes a la Araña-Calavera del Tíbet, y los incubó todos ella misma.

—¡Qué! ¿Sentándose encima? —dijo Fatty haciéndose el sorprendido.

—Vamos, «Federico» —dijo su madre. Sin embargo el señor Tañido no vio más que admiración en la pregunta de Fatty, y prosiguió solemnemente:

—No, niño, no, claro que no. Se limitó a poner los huevos dentro de una incubadora… pero lo asombroso fue que cuando los huevos se abrieron salieron ciento sesenta y ocho jóvenes insectos… no ochenta y cuatro. ¿Qué les parece este hecho curioso?

—Todos mellizos —dijo Fatty con aire solemne riendo recompensado por la risa de Eunice y la de su padre.

—¿Y si cambiásemos de tema? —preguntó la señora Trotteville —. Me parece que ya veo insectos en la comida.

—¿De veras, señora Trotteville? —dijo el señor Tañido lleno de interés—. ¿Dónde? Debo examinarlos.

Ahora le tocó a Fatty echarse a reír, y el pobre señor Tañido se quedó desconcertado.

—Papá no sabe apreciar un chiste —comunicó Eunice a los reunidos—. ¿Verdad, papá?

—¿Quién más asistirá a la Conferencia? —preguntó Fatty—. ¿Serán «todos» expertos?

—La mayoría sí, hijo mío —replicó el señor Tañido—. No son bien venidos los novatos a nuestras reuniones. Yo creo que en conjunto cada uno de los asistentes tenemos buenos conocimientos sobre los Coleópteros.

—¿Y «usted» conoce a todo el mundo? —preguntó Fatty pensando que si el señor Tañido «conocía» a todos aquellos amantes de los insectos, podría señalarle a cualquier desconocido… y ése podría ser una Persona Altamente Sospechosa… ¡Nunca se sabe!

—No, hijo mío, no los conozco a todos —fue la respuesta del señor Tañido—. Aquí en mi cartera tengo una lista de todos los asistentes al congreso, y conozco tal vez a la mitad.

—¿Podría ver esa lista, señor? —preguntó Fatty con ansiedad. Si fuera a las reuniones y viese a alguien parecido al fugitivo podría consultar la lista, y de no constar allí, bueno, ¡eso sí que sería sospechoso de veras!

—Sí, Federico, desde luego —repuso el señor Tañido satisfecho ante el interés de Fatty—. ¿Supongo que te gustaría asistir a alguna de las reuniones? Yo puedo responder por ti en la entrada. No dejan entrar a ningún desconocido, a menos que alguien le respalde.

Aquélla era una noticia interesante. De esta manera la comprobación sería sencilla. Fatty tomó la lista de nombres de manos del señor Tañido, dándole las gracias.

—Desde luego que iré a alguna conferencia, señor —dijo ante el asombro de sus padres—. Los Coleópteros son muy interesantes, ¡«muy» interesantes! Mamá, ¿recuerdas aquellas dos tijeretas que tenía cuando iba al parvulario… y que no cesaban de pelearse?

El señor Tañido parecía conmovido, y la señora Trotteville miró a Fatty y con el ceño fruncido. La verdad era que iba demasiado lejos. No comprendía por qué Fatty se había puesto de parte del aburrido señor Tañido. Fatty, viendo su ceño, apresuróse a cambiar el tema con su alegría habitual.

—¡Esta tarde vamos todos a la feria! —exclamó—. Señor Tañido, venga usted también… será un cambio agradable después de tanto insecto. Venga y monte en el tiovivo.

—Bueno —dijo el señor Tañido sorprendiéndoles—. ¡Creo que lo haré! Hace años que no hago otra cosa que asistir a reuniones… ¡Sí, Federico, acepto tu amable invitación con mucho gusto!

¡Caramba! ¡Eso sí que fue un golpe para Fatty!

Capítulo IX

Divirtiéndose en la feria

Larry, Daisy, Pip y Bets quedaron muy sorprendidos cuando vieron que Fatty iba a reunirse con ellos a la feria, acompañado del señor Tañido. ¡Ya era bastante molesto tener que aguantar a Eunice… y encima también el padre! ¿En qué estaría pensando Fatty?

—Lo siento —dijo Fatty un momento que estuvo a solas con Larry—. Le dije que viniera sólo en broma… tomándole el pelo, ¿entiendes?, y aceptó. ¡Hubiera podido tirarme al suelo con una pluma, o un insecto!

—Eres un tonto —le dijo Larry disgustado—. Ahora tendremos que soportarlos a los dos. ¿Y es que ese señor Tañido tiene que venir a la feria así, vistiendo traje de ciudad, y tan tapado como si fuese un día de invierno? De todas formas su aspecto es ya raro de por sí con la barba y esos gruesos lentes. La verdad es que se reirán de él en todas partes.

—Te aseguro que lo siento —repuso Fatty contrariado—. ¿Cómo iba «yo» a saber que vendría? Deja eso ya y vamos a dar una vuelta por la feria. Y vigila Lo Que Ya Sabes.

La feria era bien corriente, con tiovivos, columpios, barracas de tiro de anillas, de tiro al blanco, puestos de pasteles y dulces, y varios barracones de exhibición. El pequeño grupo deambuló por el recinto probando suerte en el tiro de anillas, donde Eunice resultó tener razón. Ninguna anilla logró enmarcar ningún objeto.

—Ya te lo dije —exclamó, obligando a Fatty a gastar otro chelín para tratar de demostrarle su error.

—¡Ahí tienes! —le dijo Eunice—. ¡Te «dije» que las anillas eran

demasiado pequeñas! ¡Siempre lo son!

—¡Oiga, señorita…, no diga semejante cosa! —dijo el encargado —. Es que usted no tiene práctica en tirar, ¿ve? ¡Fíjese cómo lo hago «yo»!

Y saltando por encima del mostrador, cogió un puñado de anillas que fue lanzando sobre cada objeto… un paquete de cigarrillos, un reloj, un jarrón, y una caja de bombones. Sonrió al ver la cara compungida de Eunice.

—Cuando se sabe es bien fácil —dijo—. ¿Otro chelín?

¡Pero nadie quiso tirar más!

Al parecer el señor Tañido disfrutaba incesantemente. Probó su puntería en el tiro de anillas. Compró dulces, subió a los Autos-Choque con Eunice, soportando valiente su deseo de embestir con violencia contra todos los coches.

—No podemos librarnos de él —suspiró Fatty hablando con Daisy—. ¿Has visto a alguien «interesante»?, ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Sí. Pero no he visto nada —repuso la niña—. Mira, entremos ahí, donde hay un payaso que anuncia un partido de boxeo. Si son payasos los que boxean será divertido.

No era así. Sino simplemente un «ring» donde cualquiera podía subir a boxear con un joven robusto llamado Charlie el Campeón. Daisy no tenía el menor interés por el boxeo y Fatty le sacó de allí riéndose de la vestimenta del payaso. De pronto su rostro cambió y se le quedó mirando fijamente. Daisy preguntóse por qué y también miró al payaso de la cara pintada y manos enguantadas.

Fatty llevó a Daisy detrás de una tienda.

—¡Ese payaso! —exclamó Fatty—. ¿Viste su rostro pintado? Había una línea roja cubriendo el espacio entre su boca y nariz, donde el evadido tiene esa cicatriz.

—¡Oh, sí, Fatty! —replicó Daisy—. Y llevaba guantes. Puede que tenga las manos encallecidas.

—Y sus ojos eran penetrantes y lo observaban todo, ¿te fijaste? —dijo Fatty—. No podemos ver qué clase de cabellos tiene porque lleva el sombrero de «clown» bien encasquetado. Además era de estatura mediana. ¡Vaya!… ¿Y si fuese…?

—Bueno… es nuestro Primer Sospechoso —dijo Daisy—.

¡Podemos encontrar dos o tres más! Echemos otro vistazo al payaso y luego vámonos a otro sitio.

Fueron a mirar de nuevo al payaso que gritaba con voz altisonante:

—¡Entren… y verán un bonito partido de boxeo! Sólo cuesta seis peniques la entrada. Vean a Charlie el Campeón como les tumba a todos. ¡Seis peniques!

Sí… aquella boca tan pintada bien podía ocultar una cicatriz, y sus ojos penetrantes como alfileres escrutaban la multitud en busca de posibles clientes. Fatty empujó a Daisy a un puesto cercano donde servían té.

—¿Una taza de té? —dijo el hombre del puesto y Fatty asintió.

—Sí, dos —dijo Fatty agregando a continuación—: Me parece haber visto en otro sitio a ese payaso de ahí. ¿Sabe usted cómo se llama?

—No —repuso el hombre alargándole la taza—. No le había visto nunca. Le llaman Bert.

—¿Viaja con la feria? —preguntó Fatty.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo el hombre volviéndose hacia otro cliente—. Pregúntaselo tú mismo.

Fatty no deseaba hacerlo, y decidió que lo mejor sería volver a la feria a la mañana siguiente, cuando hubiera menos gente, y entablar conversación con el payaso cuando no estuviese ocupado. Tal vez entonces no fuera vestido de payaso, ni se hubiese pintado.

—Vamos, Daisy —dijo viendo que la niña no le gustaba aquel té —. Tíralo al suelo. Lo he pedido nada más que para tener una excusa para preguntar a ese hombre por el payaso.

—Lo sé —repuso Daisy—. Mira, entremos en el tiro al blanco y echemos un vistazo.

A la entrada pasaron por delante de una vieja sentada en una silla que trataba de venderles unos tickets, luego vieron a unos jovencitos que tiraban a unas pelotas de ping-pong que bailaban encima de unos chorritos de agua. Daisy le dio un codazo a Fatty indicándole con la cabeza un hombre que acababa de entrar y que hablaba con el muchacho que había estado entregando los rifles.

Fatty se sobresaltó. A primera vista aquel hombre era muy parecido a la fotografía del evadido, ojos penetrantes, cejas oscuras

y cabello espeso. Tenía el rostro muy tostado por el sol y su aspecto era el de un completo hombre de feria.

Fatty llevó a Daisy a un lado.

—Éste no es el individuo que buscamos —le dijo con pesar—. No tiene ninguna cicatriz encima del labio… al principio creí que su bronceado pudiera ser un maquillaje para ocultarla, pero no lo es.

—Y sus manos no están encallecidas —exclamó la niña—. Se las miré con atención. Son suaves… casi como las de una mujer.

—De todas formas… si fuese el individuo que buscamos, no andaría por ahí abiertamente sin disfraz —dijo Fatty—. Sólo da la casualidad que se le parece. Podemos descartarle.

—Vamos a echar «otro» vistazo al tiro al blanco —propuso Daisy. Y regresaron pasando por delante de la vieja sentada en la silla fuera y que les dijo con voz cansada:

—Pruebe su puntería, jovencito, ¡pruebe su puntería!

—No, gracias —dijo Fatty mirando el interior del tiro al blanco. No, aquel hombre era demasiado joven para ser el evadido, y como Daisy dijo, sus manos eran muy finas. Fatty sabía por experiencia que aunque es muy fácil desfigurar un rostro, es dificilísimo disfrazar unas manos.

—Gástese una moneda, señorita —decía la voz de la vieja. Daisy la miró compadeciéndose de la pobre anciana. Su rostro estaba surcado de arrugas, aunque sus ojos seguían siendo muy vivos. Se cubría la cabeza con un chal mugriento, y sus manos huesudas sujetaban un librito de tickets.

Daisy le dio un codazo a Fatty al salir.

—¡Qué lástima que ese hombre no tenga las manos huesudas y encallecidas como esa vieja! —dijo—. ¡Entonces «sí» que hubiésemos pensado que era el hombre que buscamos!

—Pronto tendremos callos en el cerebro —replicó Fatty—. Vamos a buscar a los otros. ¡Pero mira, mira, Daisy!

Daisy dirigió la vista donde Fatty le señalaba y vio a un hombre de rostro rechoncho y enrojecido que contemplaba los columpios, con bigote y una barbita roja. No llevaba corbata, sino un pañuelo azul bastante sucio, y una gorra también azul calada hasta la frente. Su chaqueta de «tweed» era demasiado estrecha para él, y los pantalones de franela gris demasiado cortos. En conjunto resultaba

una figura grotesca, y los transeúntes se reían al verle.

—¿Sabes quién es ése? —preguntó Fatty a Daisy en voz baja. Y la niña negó con la cabeza.



—¡Oh, Daisy, Daisy, nunca serás detective! —exclamó Fatty decepcionado. Y entonces Daisy lanzó un ligero grito y volvió hacia

Fatty sus ojos llenos de regocijo.

—¡Chiss! —dijo Fatty llevándose a la niña a un rincón distante donde ella pudiera reír a más y mejor.

—¡Oh, Fatty, era el «señor Goon» disfrazado! —rio—. Oh, vamos a buscar a los otros para ver si le han visto. ¡Oh, Dios mío!…, ¿«por qué» se habrá puesto tan ridículo? Imagínate… ir a buscar a un sospechoso con esa facha… ¡Si llama la atención en seguida! ¡Oh, y ese bigote rojo!

Vieron a los demás a lo lejos y corrieron a su encuentro. En cuanto se acercaron a Larry gritó:

—¿Habéis visto a Goon? ¡Casi nos morimos de risa!

—Sí, le hemos visto —repuso Fatty—. ¡Qué facha! Escuchad… vamos a preguntarle qué hora es, o algo así. No dejaremos entrever que le hemos reconocido. ¡Estará tan satisfecho pensando que no hemos sabido reconocerle con su disfraz!

—¡Sí, de prisa, vamos mientras está todavía aquí! —dijo Pip—. Iré yo primero a preguntarle qué hora es… y luego puedes ir tú, Bets, a preguntarle algo… y después Larry. ¡De prisa!

Se acercaron a Goon que ahora contemplaba los auto-choques con gran concentración. La gorra casi le tapaba los ojos cuando Pip se acercó a él.

—Por favor, señor, ¿podría decirme qué hora es? —le dijo. Goon pareció sorprenderse, pero al ver que era Pip contestó—: Las cuatro poco más o menos —dijo con una voz profunda que sobresaltó a Pip.

—Gracias, señor —dijo Pip volviendo junto a los otros muerto de risa.

Era evidente que Goon estaba satisfecho de que su disfraz fuese tan bueno. Incluso se aproximó algo más al lugar donde los niños contemplaban un tiovivo. ¡Oh, él pensaba que no sabían que era Goon, y que les estaba vigilando! Pasó por delante de ellos silbando, y Bets corrió tras él.

—Oh, por favor, ¿podría decirme a qué hora cierran la feria? —le preguntó. Goon carraspeó antes de adoptar de nuevo su voz profunda.

—A eso de las diez y media —dijo y entonces sintiendo que se le despegaba el bigote, se apresuró a sujetárselo con la mano. Bets se

echó a reír y salió corriendo.

Larry probó a continuación. Se fue acercando a Goon, y fingiendo coger algo del suelo lo contempló antes de mirar a su alrededor.

—¿Ha perdido usted este botón, señor? —preguntó a Goon. ¡Como era uno que Daisy se había arrancado apresuradamente de su vestido rojo, no podía ser de Goon!

Goon volvió a aclararse la garganta.

—No, hijo mío, no es mío —le dijo—. Er… ¿te diviertes?

—¡Oh, mucho, señor, gracias! —replicó Larry, y entonces se acercó Fatty.

—Por favor, señor, me gustaría saber dónde consiguió usted esas botas de policía que lleva —le dijo en tono severo—. Quiero decir, que espero que no las haya robado.

—¡Este diablo de niño! —dijo Goon con su propia voz—. ¡«Tú» tenías que decir una cosa así! ¡Largo de aquí!

—¡Cielo santo, es «usted», señor Goon! —exclamó Fatty pareciendo muy sorprendido—. Bueno, ¿quién podía figurárselo?

—He dicho que «te largues» —dijo Goon con voz de trueno ante la sorpresa de todos los que pasaban. Y Fatty «se largó» riendo hasta derramar lágrimas. ¡Pobre Goon!

Capítulo X

El señor Tañido se pierde

—¿Dónde está Eunice? —dijo Fatty cuando él y los otros terminaron de reír—. ¿Se ha ido a casa?

—No. Deseaba montar en un columpio con su padre, así que la dejamos con él —dijo Larry—. ¡La verdad es que el señor Tañido ha sido toda una revelación! ¡Lo está probando todo!

—¿Dónde está ahora? —preguntó Fatty.

—Supongo que habrá ido al tiovivo —exclamó Daisy—. Oí decir al señor Tañido que le gustaría ir. ¡Cielos, mañana no estará en forma para enfrentarse con los insectos!

—Ahí están, mirad —dijo Pip cuando se acercaron al tiovivo que giraba por diezmilésima vez al son de su desafinada tonadilla.

—No va mucha gente —dijo Fatty—. Sólo unos siete u ocho. ¿Y si diésemos una vueltecita? Mirad… empieza a pararse.

Todo el mundo se apeó excepto una persona. El señor Tañido. Eunice le gritó:

—¡Se ha parado, papá!

—Voy a dar otra vuelta —fue la sorprendente respuesta del señor Tañido que agarrado al cuello de una jirafa resultaba bastante grotesco con sus ropas oscuras de ciudad.

—Está bien. Pero yo me mareo —repuso Eunice—. Quédate tú solo. Oh, aquí están los demás. ¿Vas a montar en el tiovivo, Federico?

—Eso hemos pensado —dijo Fatty pagando por todos—. ¿Seguro que tú no quieres, Eunice? ¡Bien! ¡Arriba todos! ¡Escoged el animal que habéis de montar!

El señor Goon acercóse al tiovivo y estuvo mirando al muchacho

encargado, como preguntándose si podría «ser» el evadido disfrazado. Luego miró fijamente a un hombre que pasaba haciendo rodar un barril.

—Se siente muy importante con ese disfraz y está vigilando a todo el mundo —dijo Larry a Daisy—. Y te aseguro que su disfraz es bonísimo. Parece «exactamente» lo que es… ¡un policía disfrazado!

Mientras le observaban le vieron pegar un respingo, como si se hubiera sobresaltado. Goon miraba hacia el tiovivo, con los ojos fijos en el señor Tañido.

—¿Por qué mirará al padre de Eunice? —se preguntó Daisy, e inclinándose hacia Fatty que montaba un enorme pato que subía y bajaba desde que comenzó a girar el tiovivo le dijo—: Fatty, fíjate en Goon. Está mirando al señor Tañido como si hubiera visto un fantasma.

Fatty miró a Goon y luego al señor Tañido.

—Bueno, nunca había visto al señor Tañido en ropa de calle, y la verdad es que su aspecto es bastante curioso, ¿no te parece? ¡Tal vez Goon crea que es el prisionero evadido!

—¡Oh, «Fatty»! ¡Creo que es «eso» lo que piensa! —dijo la niña con una risita—. ¡No puede apartar los ojos de él!

Fatty volvió a mirar al señor Tañido, y de pronto comprendió por qué el señor Goon posiblemente pensaba que el padre de Eunice era el hombre que buscaba. Sí… tenía la estatura precisa, bigote y barba, ojos inteligentes, y manos huesudas. Cielo santo, ¿podría ser él el fugitivo?

Fatty se dominó.

«¡No seas tonto! —se dijo para sus adentros—. Tú sabes perfectamente que es amigo de tu padre y el padre de Eunice, pero cielos, ¡es posible que pensase lo mismo que Goon si no supieras quién era!».

El tiovivo había comenzado su viaje acostumbrado y la chillona tonadilla, llenó toda la feria. Cada vez que el señor Tañido pasaba por delante del señor Goon montado en su jirafa, el policía no cesaba de mirarle. Fatty comenzó a reír.

¿Y «ahora» qué es lo que haría Goon? ¿Detener al señor Tañido? Oh, no, eso nunca. Para Eunice supondría un gran disgusto.

El tiovivo aminoró la marcha de nuevo hasta detenerse. El señor

Tañido quedó del lado opuesto de donde estaba Goon y se apeó allí llamando a Eunice que le estaba aguardando allí cerca.

—Ahora me vuelvo a casa. Le dije a la señora Trotteville que iría a tomar el té y veo que es tarde. Tú vuelve con tus amigos, Eunice.

Una vez más, Eunice fue a reunirse con los otros que se estaban apeando del tiovivo. Fatty buscó al señor Goon con la mirada pero no se le veía por ninguna parte. Al fin le descubrió. Sí, allí estaba siguiendo al señor Tañido por la feria en dirección a la salida. Cielo santo, ¡de manera que pensaba «en serio» que el señor Tañido era el prisionero escapado de la cárcel!

—¡Escuchad! —dijo Fatty llevando a un lado a Larry y Daisy para apartarlos de Eunice y los otros—. ¡Escuchad, creo que el viejo Goon sospecha que el señor Tañido es el hombre que buscamos! Voy a seguirle para ver lo que ocurre, y vosotros dos quedaos con los demás. Goon podría darse cuenta si le seguimos «tres» de nosotros… Yo procuraré que no «me» vea. ¡Tengo que salvar al señor Tañido de las garras de la Ley!

Daisy rio.

—De acuerdo, síguele<s>s</s>. Yo volveré con los otros, pero no diremos ni una palabra a Eunice o saldrá disparada detrás de ti.

Fatty atravesó el recinto de la feria y no tardó en ver a Goon ante él. No había que temer que el policía disfrazado volviera la cabeza y descubriese a Fatty, porque era evidente que iba absorto en su propia presa. ¡El señor Tañido iba casi corriendo… debía tener mucho apetito, pensó Fatty!

¡Y entonces desgraciadamente, el señor Tañido se perdió! Tomó un camino equivocado al volver un recodo y fue hacia Maidenhead, en vez de Peterswood. Fatty estaba furioso. ¡Ahora se alejarían kilómetros y kilómetros!

De pronto el señor Tañido se detuvo comprendiendo que había equivocado el camino. Miraba a uno y otro lado de la calle esperando ver a quien poder preguntar. Era corto de vista y se alegró de ver por fin a alguien. Ese alguien, naturalmente, era Goon que venía siguiéndole.

—Oh, perdóneme… pero ¿podría indicarme el camino para Peterswood? —le dijo el señor Tañido cortés—. Me parece que me he equivocado de carretera. —Miró a Goon sorprendido. ¡Qué tipo

tan extraño!

Goon le miró con insistencia. ¿Había una cicatriz debajo de aquel bigote?

—Yo mismo le acompañaré a la carretera de Peterswood —repuso Goon—. Bueno… er… y por el camino charlaremos un poco.

—Oh, no es necesario que venga «conmigo» —dijo el señor Tañido alarmado ante la fiera mirada de Goon—. Dígame sólo el camino que he de tomar.

—Por aquí —replicó Goon casi como si estuviera llevando a un prisionero a la cárcel. Y cogió del brazo al señor Tañido que se desasió muy enojado.

—¡Si se comporta de ese modo tendré que denunciarle por molestarme! —exclamó—. Usted debe de ser uno de esos tipos de la feria.

—¡Oiga… basta ya! —replicó Goon contrariado—. Está bien, ¡vaya usted solo si quiere! Ése es el camino, ¿ve?

El señor Tañido siguió solo volviéndose de vez en cuando para ver si Goon le seguía. Le molestó muchísimo comprobar que así era. ¡Qué tipo más desagradable con aquel estúpido bigote y barba roja! Bueno, ¿y si intentaba robarle?

Goon le seguía de cerca, y el señor Tañido apresuró el paso para librarse de él. Fatty se había mantenido oculto, sonrió al ver lo que estaba ocurriendo. Pobre señor Tañido, debía estar harto de llevar a Goon pegado a sus talones todo el tiempo, y decidió salvarle.

Salió de detrás de un arbusto con «Buster» en el momento en que pasaba el señor Tañido, y le llamó:

—¡Hola, señor! ¿Qué está haciendo aquí? Pensábamos que había vuelto a casa.

—Oh, Federico, «cuánto» me alegro de verte —dijo el señor Tañido encantado—. Me he equivocado de camino. Le pregunté a ese individuo que viene detrás de mí, y estuvo de lo más desagradable, y tomándose muchas confianzas. ¡Casi pensé que intentaba robarme!

—No se preocupe por eso —respondió Fatty para tranquilizarle, y ante el asombro de Goon se cogió del brazo del señor Tañido. Goon, naturalmente, no tenía la menor idea de que fuese el señor Tañido el que iba ante él, y no lograba entender que se mostrase tan

amigo de Fatty. Entonces un pensamiento turbador pasó por su mente. ¡Claro! Fatty debía haber tenido la misma idea que él… ¡y probablemente pensaba que aquel hombrecillo pudiera ser el personaje que ambos buscaban! El Primer Inspector debió hablarle de él cuando fue a verle por lo del vagabundo.

Les siguió a los dos contrariado de que Fatty estuviera en tan buenas relaciones con aquel hombre. ¿Le estaría interrogando… para descubrirle? Goon se acercó un poco más temeroso de que Fatty descubriera lo que él, Goon, debiera saber. ¿Y a dónde iban? ¿Acaso Fatty iba a llevar a aquel hombre hasta su escondite, suponiendo que «fuese» el evadido? Eso sería demasiado bonito para ser verdad… pero Goon no quería eso… ¡No deseaba que Fatty interviniese para nada!

Ante su enorme sorpresa Fatty tomó el camino que llevaba a su propia casa. Ahora él y el desconocido parecían ser los mejores amigos del mundo. Goon corrió hasta alcanzarles y se puso a su lado. El señor Tañido le miró con disgusto.

—¿Qué es lo que quiere? —le dijo—. ¿Por qué me viene siguiendo? ¡Si no anda con cuidado le denunciaré!

Fatty rio por lo bajo, y Goon le miró.

—¿A dónde vas? —quiso saber.

—A casa —fue la respuesta de Fatty—. ¿Y «usted» a dónde va?

—¿Quién «es» este hombre? —dijo el señor Tañido exasperado —. Estoy harto de él.

—Y yo también —replicó Fatty cogiéndose del brazo del señor Tañido—. Vamos, ya estamos casi en casa.

Goon les siguió con el ceño fruncido. «No era» posible que Fatty llevara a aquel individuo a su propia casa. ¡Demonio de chico! ¡Siempre le daba quehacer!

Fatty llegó ante la verja de su casa y la abrió cortésmente para que pasase el señor Tañido, quien entró dándole las gracias. Goon les contemplaba atónito. ¿Qué «significaba» todo aquello?

—Tiene usted muy mala memoria, Goon —le dijo Fatty mientras cerraba la verja—. ¿No recuerda usted al señor Tañido? Le vio ayer cuando vino aquí por culpa de aquel individuo que usted tomó por un vagabundo… el que estaba en mi cobertizo…, ¿recuerda? Tampoco le «reconoció», ¿verdad?

Goon se quedó mirando cómo Fatty y el señor Tañido subían por el jardín en dirección a la casa, mientras la cabeza le daba vueltas. ¡Sí, Cielo santo… «claro» que aquél era el individuo que viera ayer con el señor Trotteville… pero su aspecto era tan distinto con ropa de calle! ¿Y qué le había dicho Fatty respecto a aquel vagabundo? ¿Por qué tenía él que reconocer a aquel sucio maleante?

¡De pronto se hizo la luz sobre el pobre Goon! ¡Claro que debía haber reconocido al vagabundo! ¡Si debía ser el propio Fatty! Y le había contado al inspector Jenks una serie de tonterías respecto a él… lo fuerte y violento que era… como «Buster» le había mordido los tobillos hasta el hueso… y… y…

Goon lanzó un gemido encaminando sus pasos hacia su casa. Por «eso» el Inspector quiso ir a ver a Fatty y preguntar por el vagabundo. ¡«Él» supo adivinar que era Fatty! ¡Otro punto malo para Goon!

—¡Demonio de chico! —murmuró para sí mientras entraba en su casa—. Él sabe también lo del prisionero evadido… y si no vigilo, le descubrirá antes que yo. ¡Por eso estaban todos en la feria!

Pobre Goon… estaba tan disgustado que no pudo ni merendar. ¡Ese niño gordinflón… si pudiera echarle el guante!

Capítulo XI

Fatty tiene conflictos con Eunice

Fatty y el señor Tañido llegaron tardísimo a merendar, cuando ya habían retirado la bandeja del té. El señor Tañido disculpóse cuanto pudo y Janet le trajo otro té completo con bollos y pastel de chocolate.

Fatty se alegraba de haber llevado a casa al señor Tañido, pues nadie hubiera pensado en traerle el té a Fatty de llegar cuando ya lo hubiesen retirado… pero ahora podría disfrutar de una espléndida merienda, gracias al señor Tañido y sus disculpas.

El señor Tañido estuvo explicando sus aventuras en la feria, y que luego le había seguido un individuo de aspecto desagradable y medio loco, sin la menor educación. Fatty sonrió. ¡Ojalá Goon hubiera podido oírle!

Eunice llegó mucho más tarde después de merendar con Larry en la feria. Estaba enfadada porque Fatty había vuelto a casa sin ella.

—Bueno, es que vi que tu padre estaba apurado —repuso Fatty —. Creí mi deber acompañarle a casa. Se había equivocado de camino.

—Vaya, papá —le dijo Eunice—. ¡Uno de estos días no vas a saber ni ir a la cama!

—¿No sería mejor que Eunice y tú jugarais al ajedrez? —dijo la señora Trotteville ante el horror de Fatty. Antes de que pudiera inventar una excusa para negarse, Eunice lo había arreglado todo con su competencia acostumbrada, sacando el juego del armario y colocando las piezas.

—Ah, dos campeones escolares —dijo el señor Trotteville con

interés dejando el periódico para observar la partida, pero pronto se aburrió porque Eunice tardaba por lo menos veinte minutos antes de mover una pieza. Fatty era un jugador mucho más rápido, y pronto se aburrió también, empezando a repasar mentalmente los acontecimientos de aquella tarde.

«Ese payaso —pensó—, debemos averiguar todo lo que podamos sobre él. Y sobre el muchacho del tiro al blanco tan semejante a la foto del evadido. ¿Tendrá algo que ver con "él"? No veo qué. Bueno, mañana por la mañana, volveré a ir a la feria para hablar con ese payaso… y por la tarde asistiré a la reunión de Coleopterólogos para echar una ojeada».

—Te toca a ti, Federico —dijo Eunice, impaciente—. No prestas atención.

Fatty movió la pieza en seguida, y Eunice volvió a quedar en trance contemplando fijamente el tablero de ajedrez. El pobre Fatty se aburría cada vez más. ¡El ajedrez es siempre un juego lento… pero aquello era terrible!

El señor Tañido comenzó a hablar nuevamente de la feria y de lo mucho que había disfrutado.

—Sólo me he olvidado de ver una cosa —dijo—. Y es el circo de pulgas. ¡No puedo entender que haya nadie tan aficionado a los insectos como para amaestrar pulgas!

—¡Cielo santo! Preferiría tener que andar diez kilómetros antes que acercarme a un circo de pulgas —dijo la madre de Fatty horrorizada—. ¿Realmente las pulgas son lo bastante inteligentes para aprender, señor Tañido? ¿Y existen personas que amaestren insectos?

—Las pulgas son muy inteligentes —repuso el señor Tañido—. Los insectos varían. Ahora bien, el insecto más inteligente que se conoce se encuentra en las montañas Altas a dos mil pies de altura. Cose las hojas para…

Pero Fatty no oyó para qué cosía las hojas aquel insecto porque se le acababa de ocurrir una idea.

«¡Un circo de "pulgas"! —pensó—. Claro… el individuo que buscamos es aficionado a los insectos. "¡Tal vez se cuide de la feria"! Tengo que ir mañana sin falta y echar un vistazo. Me pregunto si los demás lo sabían. En cuanto vuelva a tocar el turno,

iré a telefonear a Larry».

Por fin Eunice movió su figura, y Fatty la suya. La niña frunció el ceño.

—Debieras pensar un poco más —le dijo—. Ningún buen jugador de ajedrez juega deprisa.

—Tengo tiempo de sobra para pensar mis jugadas mientras tú estás pensando las tuyas —dijo Fatty—. Es tiempo más que suficiente, mi querida Eunice. Y en cuanto a eso de que no soy buen jugador, espera a que te haga jaque mate… ¡y entonces sabrás quién es el que juega bien! Perdóname un momento… tengo que ir a telefonear.

Eunice no estaba nada satisfecha, y volvió a inclinarse sobre el tablero dispuesta a vencerlo. Cuando Fatty estuvo en el recibidor miró a todos lados para convencerse de que nadie iba a oírle.

No tardó en estar hablando con Larry.

—Escucha, Larry, gracias por invitar a merendar a Eunice. Yo me he divertido mucho siguiendo al señor Tañido. Oye, no puedo hablar en voz alta de manera que pega tu oído al teléfono.

Y contó a Larry cómo Goon había seguido al pobre señor Tañido, y lo intrigado y furioso que se puso contra él, Fatty, le llevó hasta la puerta de su casa. Larry reía a más y mejor.

—A ti siempre te pasan cosas divertidas, Fatty —le dijo—. ¿Qué hay de mañana? ¿Volveremos a encontrarnos en la feria para ver a ese payaso?

—Sí… y escucha… ¿sabías que hay un circo de pulgas? —le preguntó Fatty—. Yo no.

—Oh, sí, vi un cartel anunciándolo —dijo Larry—. Pero, caramba, Fatty… no querréis ir a un circo de «pulgas», ¿verdad? Vaya, si hasta «Buster» las odia.

—Larry… piensa en las notas de nuestro Tú-Sabes-Quién —dijo Fatty bajando la voz—. ¿Recuerdas lo que le gusta?

—Sí. Los gatos —replicó Larry—. No decía nada de que le gustasen las pulgas. Estoy seguro.

—Lo sé, pero hablaba de su interés por los «insectos» —exclamó Fatty.

—¡Oh, cielos, sí! —exclamó Larry—. Claro. Yo sólo pensé en mariposas, polillas, o abejas, o escarabajos, pero no pulgas. Bueno,

entonces lo mejor será que mañana visitemos el circo de pulgas. Tal vez encontremos alguna pista.

—Sí. Nos encontraremos en el cruce de carreteras junto a la parada del autobús a las diez —dijo Fatty—. Díselo a Pip y a Bets, ¿quieres? Yo tengo que volver a mi partida de ajedrez. ¡Al paso que jugamos es probable que no pueda reunirme con vosotros mañana a las diez! Adiós.

Colgó el aparato y volvió a sentarse ante el tablero de ajedrez. Eunice acababa de mover una pieza, y con gran horror vio que era una jugada maestra… y que si no se concentraba iba a encontrarse ante un jaque mate.

De manera que durante los diez minutos siguientes olvidó todos los payasos, circos de pulgas y ferias, inclinado sobre el tablero de ajedrez. Sin embargo no debiera haberse preocupado, porque al final «Buster» hizo que la partida terminara bruscamente.

El perro había estado tendido tranquilamente debajo de la mesita de ajedrez, cuando creyó oír el rac-rac-rac de un ratón en una madera cercana. Alzó ambas orejas volviendo la cabeza en dirección al ruido. Ante su alegría el ratón salió corriendo de un pequeño agujero.

¡«Buster» salió excitado tirando la mesita con el ajedrez! Todas las piezas se desparramaron por el suelo, y Eunice gritó exasperada.

—¿Por qué ha hecho esto? Precisamente ahora que te tenía acorralado, Federico. ¡Dos jugadas más y te hubiera hecho jaque mate!

—Nada de eso —replicó Fatty—. «Buster», deja de ladrar. Harás que venga mamá.

—Volveré a colocar todas las piezas en el tablero —dijo Eunice con decisión—. Recuerdo donde estaban… y continuaremos jugando.

Fatty lanzó un gemido. Nunca le había aburrido tanto una partida de ajedrez.

—¿Qué es lo que ha hecho que «Buster» tirara la mesa? —dijo Eunice recogiendo las piezas.

—¿No viste el ratón que ha atravesado la habitación? —le preguntó Fatty—. Pasó junto a tu silla. «Buster» lo vio y quiso…

—¿Qué? ¿Un «ratón»? —dijo Eunice pegando un respingo—.

¡Oh, «no»! No puedo «soportar» a los ratones. ¿Está todavía aquí?

—Debe estarlo —dijo Fatty satisfecho al ver que la osada y decidida Eunice temblaba de pies a cabeza. Vaya, vaya… ¿quién lo hubiera pensado? ¡Ni siquiera la pequeña Bets tenía miedo a los ratones!—. Y además era un ratón muy grande… mira, «Buster» está olfateando tu silla otra vez.

Eunice lanzó un grito desapareciendo por la puerta a sesenta kilómetros por hora. Fatty guardó inmediatamente los peones en la caja con un suspiro de alivio, y luego fue a esconderla detrás del costurero que le servía a su madre.

—Y ahí se quedará hasta que Eunice se haya ido —decidió—. No caces a ese ratón, «Buster». ¡Acaba de salvarme la vida!

La velada transcurrió apaciblemente a partir de aquello, porque después de cenar el señor Tañido propuso una partida al «bridge».

—Eunice juega estupendamente —dijo a la señora Trotteville—. Ella y yo les desafiamos a usted y a su esposo, señora Trotteville. Estoy seguro de que a Federico no le importará quedarse sin jugar.

¡Fatty estaba más que satisfecho! Deseaba meditar los planes para el día siguiente. Casi había decidido ir a la feria disfrazado. Así le sería más fácil mezclarse entre la gente de la feria, hacer preguntas, y tener los ojos y oídos bien abiertos. En cuanto los otros se hubieron aposentado ante la mesa de «bridge», fue a refugiarse a su cobertizo, mientras Eunice, como siempre, dominaba a todo el mundo.

Encerróse en el cobertizo, corrió las cortinas de las ventanas, y se dispuso a encender su lámpara de petróleo. Y ahora, ¿cuál sería su disfraz de mañana?

—Me vestiré de jovencito que busca trabajo en la feria —pensó—. Me maquillaré el rostro como si lo tuviera muy tostado por el sol… y me pondré dientes postizos encima de los míos delanteros… ¡sí, y cojearé un poco, y apuesto a que ninguno de los feriantes piensa que tengo nada que ver con la pandilla de niños que visitó la feria esta tarde!

Pasó una hora muy agradable escogiendo las ropas que debía ponerse, un par de pantalones de franela muy gastados y llenos de manchas, una chaqueta que había pertenecido a un jardinero, y que Fatty compró por dos chelines, un par de zapatos rotos, calcetines

amarillo brillante, y una camisa extremadamente sucia que en otros tiempos fue rayada en colores chillones.

—Sí —dijo Fatty mirándolo todo—. ¡Me irán de primera! Será mejor que me ensucie las uñas. ¡Lo olvidé una vez y eso me descubrió! ¿Y dónde está aquel pañuelo sucio? Lo guardaré en el bolsillo.

Decidió pedir a su madre que se pusiera de su parte a la mañana siguiente para que diera a Eunice algún trabajo que la mantuviera ocupada. Fatty sentíase incapaz de soportar a Eunice por más tiempo, y le hubiera sido muy difícil poder escapar hasta el cobertizo para disfrazarse estando ella por en medio.

De manera que aquella noche habló confidencialmente con su madre.

—Mamá… ¿no «podríais» darle algún trabajo a Eunice mañana por la mañana? —le preguntó—. Tengo que hacer algo especial con los demás, y no es justo hacerles cargar con ella «todo» el tiempo. Ayer se portaron espléndidamente con Eunice.

La señora Trotteville simpatizó con Fatty en aquel momento porque se había hartado de Eunice durante la partida de «bridge», hasta que la señora Trotteville sintió ganas de abofetearla.

De manera que comprendió perfectamente por qué Fatty no deseaba su compañía a la mañana siguiente.

—Sí, claro, Federico —le dijo—. Le diré que vaya a repartir las revistas Parish… ¡estoy segura que le emocionará ir por todo el pueblo diciendo a todo el mundo cómo deben cuidar sus jardines y educar a sus perros!

Fatty rio abrazando a su madre.

—¡Gracias! —le dijo—. ¡De todas formas no es imposible que Eunice reparta las revistas a toda velocidad y luego venga corriendo a ver «lo que» hacemos!

—Será mejor que lleves un ratón en el bolsillo —le dijo su madre ante el regocijo de Fatty—. ¡Entonces estarás «seguro»!

Capítulo XII

Fatty y Bert, el payaso

A la mañana siguiente Fatty disfrutó de lo lindo en su cobertizo. Estuvo aguardando a que Eunice se hubiese marchado con el paquete de revistas Parish y luego comenzó a disfrazarse silbando por lo bajo.

Se tiñó el rostro como si estuviese muy bronceado.

—¡Tan bronceado como el muchacho del tiro al blanco! —se dijo. Y luego puso unas cejas postizas encima de las suyas, que le daban una expresión malévola, y alborotó sus cabellos hasta ponerlos casi de punta.

Fuera del cobertizo metió los dedos en la tierra para ensuciarse las uñas y las manos. Luego fue de nuevo a ponerse ropa vieja, y como punto final colocóse los prominentes dientes postizos. Al mirarse en el espejo sonrió semi-asustado al ver aquellos dientes tan grandes que su labio superior no lograba cubrir.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál es tu nombre ahora? ¿Bert? ¿Sid? ¿Alf? Sí, creo que Alf. Vamos, Alf, ya es hora de que comiences a hacer averiguaciones en la feria.

Saliendo del cobertizo, dirigióse a la puertecita del fondo del jardín que daba al camino. No se veía a nadie. Podía salir tranquilo.

Con las manos metidas en los bolsillos echó a andar por la carretera silbando lo mejor que podía entre los prominentes dientes centrales. Tuvo que dejar a «Buster» en casa, ¡porque si le llevaba pegado a sus talones le descubriría!

Pasó un momento de apuro cuando al pasar por delante de una casa no muy lejana a la suya, alguien salió corriendo y tropezó con él. Fatty estuvo a punto de quitarse la gorra y disculpase cuando

recordó que era Alf. Y entonces, horrorizado, pudo comprobar que quien había tropezado con él era Eunice. Algunas de las revistas le cayeron.

—¡Bueno, por lo menos podrías decir lo que sentías, jovencito! —le dijo—. ¿No puedes recogérmelas?

—Cógelas tú misma —replicó Fatty antes de alejarse sonriendo al ver la cara de Eunice. No tenía la menor idea de quién era él. ¡Su disfraz debía ser perfecto!

Eunice miró marchar a aquel muchacho andrajoso con disgusto.

—Sucio y mal educado —dijo mientras iba recogiendo las revistas—. ¡Me hubiera gustado tirarle de las orejas!

Fatty encaminóse al cruce de carreteras donde había quedado en encontrarse con los otros. Ah, sí… allí estaban esperando. Bien. Todos miraban hacia el camino para verle llegar, pero ninguno le reconoció al acercarse con las manos en los bolsillos, ni cuando pasó ante ellos sonriendo para sí.

Fue a sentarse al banco de la parada del autobús.

—¿Sabe qué hora es, señorito? —le dijo a Larry.

—Casi las diez —replicó Larry.

Hubo una pausa y los otros comenzaron a hablar entre ellos. —Espero que haya podido librarse de Eunice— oyó decir a Larry, y volvió a preguntarle:

—¿Tiene un pitillo, señorito?

—No —fue la seca respuesta de Larry.

—¿Cuándo pasa el próximo autobús? —siguió preguntando Fatty—. ¿A las diez y media, verdad?

—Ahí hay un cartel con el horario —dijo Pip señalándoselo. Todos miraron a aquel muchacho con disgusto. Cielos, ¡qué patán!



—Probablemente pertenece a la feria —comentó Daisy haciendo reír a Fatty.

Entonces se oyó llegar el autobús por la curva y al fin se detuvo. Los otros miraron desesperados hacia la carretera.

—Fatty ha perdido el autobús —dijo Bets contrariada—. ¿Qué hacemos? ¿Esperamos el próximo para ver si aparece?

—No es necesario —intervino Fatty con su tono de voz habitual —. Cogeremos éste. ¡Vamos!

Se rio de veras al ver sus rostros asombrados. Tanta fue su sorpresa que casi pierden el autobús, pues quedaron como petrificados, y Fatty tuvo que meterles prisa.

—No digáis nada —les siseó—. No me habléis en el autobús. Ya encontraré algún medio de hablaros en la feria.

Los otros cuatro se sentaron en silencio sobrecogidos por el sorprendente aspecto de Fatty. Bets le dirigía frecuentes miradas de soslayo. Nunca, nunca hubiera imaginado que era Fatty quien estaba sentado a su lado. ¿«Lo era»? Bueno, debía serlo a juzgar por su voz. ¡Qué inteligente era!

Llegaron a la feria y una vez dentro Fatty les dijo:

—Podéis seguirme. Tened los ojos y los oídos bien abiertos. Primero voy a buscar al payaso.

Fatty iba delante seguido de los otros, y al llegar a la pequeña tienda de boxeo buscó al payaso, pero no se le veía por allí. La tienda estaba vacía, si se exceptúa el pequeño «ring».

—¿A quién buscas, camarada? —le dijo un muchacho que pasaba llevando un cubo de agua.

—A Bert —dijo Fatty recordando el nombre del payaso—. Ya sabes, el payaso.

—Ha ido a sacarse un diente —replicó el muchacho—. Volverá dentro de pocos minutos. Esta tarde estaba medio loco de tanto que le dolía.

—Bien. Esperaré —dijo Fatty sentándose en la hierba.

Los otros al oír esto, se alejaron sin perderle de vista por si Bert regresaba.

Nadie reconoció a Bert cuando volvió porque no iba vestido de payaso. Tenía los cabellos negros y espesos, y todo su rostro, excepto sus ojos penetrantes, estaba cubierto por una sucia bufanda. Iba a entrar en la tienda cuando Fatty le habló.

—¡Eh! ¿Es usted Bert el payaso?

—Sí —respondió Bert desde detrás de la bufanda—. ¿Qué mosca te ha picado, chico? ¿Me esperabas?

—Sí —respondió Fatty—. Yo…

—Oh, entonces eres el chico que Dicky me dijo que me enviaría

para ayudarme —dijo Bert.

—Sí —repuso Fatty agradecido. ¡Esto sí que era suerte!—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Sabes algo de cuentas? —le preguntó Bert con el rostro todavía oculto por la bufanda—. Pues… yo te enseñaré la clase de cuentas que tienes que hacer. Yo no sirvo para el trabajo de cabeza.

Desapareció dentro de la tienda volviendo a salir con un pequeño libro de caja, donde al parecer se anotaban los ingresos de cada día. Fatty contempló la mano que lo sostenía. ¡Qué mano más encallecida! Toda huesos. Un estremecimiento de emoción recorrió su espina dorsal.

—Si pudiera verle la cara ahora que no lleva pintura, comprobaría lo de la cicatriz —pensó Fatty simulando repasar el libro de cuentas. Sus cabellos son negros y espesos… y sus ojos y cejas corresponden a la descripción del fugitivo… lo mismo que su estatura. ¿Cómo podría hacer para que se quitara la bufanda?

Le devolvió el libro.

—Creo que podré llevar sus cuentas a la perfección —le dijo.

—¿Cuándo puedes empezar? —le preguntó Bert.

—Se lo diré más tarde —replicó Fatty—. Ahora tengo que ir a ver a un tipo para otro empleo. ¿Hace?

—Por mí, hecho —dijo Bert—. Con tal que me lo digas hoy. —Estaba a punto de entrar en la tienda de boxeo cuando Fatty volvió a hablarle.

—¿Qué le pasa a su cara? —le dijo—. ¿Se ha resfriado?

—No —repuso Bert—. Me han sacado un diente, eso es todo, y el dentista dice que es mejor que lleve la cara tapada por el viento con tanto frío que hace.

—¿Era un diente malo? —quiso saber Fatty con gran simpatía en su voz.

—Y bien malo —dijo Bert—. Y además el del centro. ¡Menos mal que yo no los tengo tan salientes como tú, o el agujero se me vería muchísimo!

—Déjemelo ver —dijo Fatty—. Apuesto a que no se le nota mucho.

Bert quitóse la bufanda con presteza y abrió la boca, señalando un hueco entre sus dientes superiores.

—¿Ves? Éste es el que me sacaron. ¡Tenía una raíz como la de un árbol!

Pero Fatty no miraba el diente… ¡sino que buscaba una cicatriz curva y fina precisamente encima de la boca! Le observó intensamente.

¡Allí no había ninguna cicatriz! ¡Ni siquiera indicios de que la hubiera habido! Fatty estaba profundamente decepcionado porque pensó que el payaso era el hombre que buscaba.

—Mal sitio —le dijo—. Aunque espero que pronto se le cicatrice. ¡Bueno, hasta luego!

Cuando el payaso se quitó la bufanda pudo ver a los otros cuatro allí cerca mirando tanto como les era posible. Se acercó a ellos.

—Nada —les dijo con la boca entrecerrada—. No es el hombre. ¡Todo concuerda excepto la cicatriz!

—Ahora vamos al circo de pulgas —dijo Larry a los otros en voz alta con intención de que llegara a oídos de Fatty. Y allá se fueron pasando por delante de él, hacia la dirección señalada por uno mano de madera en la que se leía «Circo de Pulgas».

Pero el circo de pulgas no estaba abierto aún. Una bandera ondeaba en la cúspide de una tienda bastante grande, y en ella habían pintado: «Las Famosas Pulgas de Fangio». Fatty se asomó al interior.

Allí había una vieja… la misma que estuvo sentada ante la tienda del tiro al blanco el día anterior. Se hallaba junto a una mesa en la que habían grandes cajas de cristal, contemplándolas intensamente.

—Buenas tardes, señora —dijo Fatty, y la anciana pegó un respingo al oír su voz. Volvió hacia él su rostro arrugado tapándose la cabeza con el mugriento chal.

—¿Está abierto el circo de pulgas, señora? —le preguntó Fatty —. Hay aquí unos niños que quieren verlo.

—Mi hija no está todavía aquí —repuso la vieja con voz cansada.

—Oh, ¿es ella la encargada del circo? —preguntó Fatty—. ¿Quién es Fangio entonces?

—Era su padre —replicó la mujer—. Aunque ahora está muerto, de manera que lo dirige ella, Lucita. Las pulgas son unas criaturas

maravillosas. Se les puede hacer lo que uno quiere. ¡Y fuertes! ¡Vaya, tendrías que ver la carga que arrastran en su carrito!

—¡Que arrastran en su «carrito»! ¡Si las pulgas no pueden tirar de un «carro»! —exclamó Larry entrando en la tienda—. ¿Podemos ver el carrito?

—Sí, pasad —dijo la vieja arrugando todavía más su rostro al sonreír. ¡«Qué» arrugada estaba…!; preguntóse si tendría cien años. Los descuidados cabellos que asomaban debajo de su chal eran blancos… de un blanco sucio, es cierto, pero hubieran sido de un blanco de nieve de haber estado limpios.

—¿Es usted la señora Fangio? —le preguntó Daisy.

—Eso es —replicó la vieja—. Vine para ayudar a mi hija y a mi hijo. Mi hijo se encarga del tiro al blanco.

Fatty recordó al hijo. ¡Y los demás también! Era tan parecido a las fotos del prisionero evadido… excepto que no tenía ninguna cicatriz encima de la boca y que sus manos no eran ni callosas ni huesudas.

—Ahora veréis —dijo la vieja con emoción—. Aquí está el carrito… y la grúa que hacen funcionar las pulgas… y hacen rodar este pequeño barril.

—¡Es sorprendente! —exclamó Daisy—. ¿Pero dónde están las pulgas? ¡Odio a las pulgas pero confieso que me gustaría echar un vistazo a estas maravillas!

—¡Yo os las enseñaré! —dijo la vieja, pero antes de que pudiera descubrir las cajas donde estaban las pulgas, una voz gritó furiosa:

—¿No te dije que no debías tocar las pulgas? ¡Quita las manos de ahí!

Capítulo XIII

Fatty hace una pregunta

Todos se volvieron al punto. En la puerta había aparecido una joven de cabellos negros, ojos penetrantes y aspecto de gitana. Sus labios finos estaban apretados mientras contemplaba la pequeña asamblea.

«¿Dónde la he visto antes? —pensó Fatty en seguida—. Me recuerda a alguien. ¿Dónde "he visto" a alguien que se le parece?».

La joven entró en la tienda con el ceño fruncido.

—Largo de aquí —dijo a los niños y luego dirigióse a Fatty, sin duda considerándole un empleado de la feria—. Echa de aquí a estos niños. No permitimos que nadie entre en la tienda no habiendo representación. Las pulgas son de gran valor.

Luego se volvió hacia la vieja.

—¿No te dije que no tocaras las pulgas? —le dijo—. ¡Otra vez metiéndote en lo que no te importa! Déjelas en paz, son mías.

—No debieras hablar de este modo a tu madre anciana —replicó la vieja dirigiendo una fiera mirada a la joven que abrió la boca como si fuera a replicarle, pero al ver que los niños estaban aún junto a la puerta lo pensó mejor.

—¿Necesitan alguien que les ayude? —preguntó Fatty tratando de recordar a quién se parecía aquella joven.

—Bueno, se supone que «ella» limpia la tienda —dijo la joven, dirigiendo una mirada de enojo a la vieja—. Pero puedes barrer si quieres. Te daré un chelín.

—¿Pero está segura de que a su madre no le importará? —dijo Fatty—. No quiero dejarla sin trabajo.

—Mañana empiezo a trabajar en otro sitio —exclamó la vieja—.

Puedes quedarte aquí, jovencito… y espero que no sientas el filo de la lengua de esa niña tan a menudo como yo. ¡Pulgas! Yo sabía tratarlas mejor mucho antes de que ella naciera.

—Oh, márchate —le dijo la joven—. Y no te acerques a Josef. Hoy está de un humor de mil diablos.

«¡Qué familia más desagradable!» —pensó Fatty cogiendo una escoba de un rincón y comenzando a barrer el suelo.

—¿Quién es Josef? —preguntó.

—Mi hermano. Está en el tiro al blanco —repuso la joven. Somos gemelos.

Fatty dejó de barrer para mirarla. «¡Claro!». Era él quien le recordaba, el joven del tiro al blanco, el que se parecía tanto al evadido. Los mismos ojos penetrantes, cejas oscuras, cabellos negros, y la boca de labios finos y expresión torva. ¡De manera que eran gemelos… eso explicaba el parecido!

—¿Tiene usted más hermanos o hermanas? —le preguntó por si había algún otro hermano que pudiera ser el hombre que buscaba.

—No. Joseph y yo somos todo lo que queda de nuestra familia —fue la respuesta de la joven.

—Y su madre —dijo Fatty barriendo el suelo con ímpetu.

—Oh, sí —dijo la joven que al parecer no sentía el menor cariño hacia la vieja.

—¿Duerme usted aquí en la tienda? —preguntó Fatty, pues al no ver ninguna cama, sintió curiosidad por saber dónde pasaban la noche la joven y su hermano.

—¡No! Tenemos un carromato en el campo de Baker —dijo la joven—. Hay muchos allí. Quieres saber muchas cosas, ¿eh? ¿Eres nuevo en la feria?

—Sí —contestó Fatty sin mentir—. Siempre me han gustado las ferias, por eso vine aquí a buscar trabajo. Tampoco me hubiera importado trabajar en un circo… sobre todo con animales.

—Bueno, no te acerques a los leones y tigres —le advirtió la joven—. Te echarán la zarpa por menos de nada, y puede que te dejen marcado para toda la vida.

—Hablando de cicatrices —dijo Fatty—. ¿Ha conocido usted a alguien que tuviera una cicatriz curva encima del labio superior?

—¿Qué quieres decir con «eso»? —dijo la joven dirigiéndole una

mirada tal que le dejó asombrado—. Adelante…, ¿qué has querido decir con «eso»?

—Nada —replicó Fatty sorprendido.

—Lárgate —le dijo ella entregándole un chelín—. Y no vuelvas por aquí.

—Pero por qué… ¿qué he dicho para molestarla? —preguntó Fatty—. No tenía intención…

—Lárgate o haré que te eche Joseph —replicó la joven crispada, y Fatty decidió que lo mejor era marcharse, y marcharse de prisa. Al salir de la tienda miró a su alrededor y al ver a los otros les hizo una seña con la cabeza. Luego dirigióse a la salida y aguardó fuera a que llegasen los demás.

—Ojalá hubiéramos podido ver actuar a las pulgas —dijo Bets al acercarse—. Hola, Fa…

—¡Chisss! —le siseó Fatty, y Bets se puso como la grana recordando que no debía reconocer a su amigo cuando iba disfrazado.

—Cogeremos el autobús de vuelta —dijo Larry y todos se encaminaron a la parada, yendo Fatty algo rezagado como si no perteneciera al grupo.

La parte superior del autobús estaba vacía cuando subieron, y por eso se instalaron todos allí.

—¿Algo interesante, Fatty? —le preguntó Larry.

—No lo sé. «Creo» que «sí» —repuso Fatty—. No hablemos ahora. Venid todos a mi cobertizo, por favor; nos encontraremos allí. Quiero que cambiemos impresiones.

Fatty se apeó del autobús en cuanto éste se detuvo, y se dirigió al camino que llevaba a la parte posterior de su jardín. Entró por la puertecita que allí había yendo con sumas precauciones hasta el cobertizo. ¿Estaría Eunice por allí? Al parecer no. ¡Bien!

Los otros no tardaron en llegar, y una vez todos reunidos, cerró la puerta con llave.

—¿Qué ocurre, Fatty? —quiso saber Larry—. Oh, caramba, ahí fuera está «Buster», debe haber oído nuestras voces. Le dejaré entrar.

Una vez hubo entrado el pequeño scottie, todos volvieron a sentarse mirando a Fatty con expectación.

—Es algo que dijo esa joven… la propietaria de las pulgas —dijo Fatty—. Ante todo debo deciros que es gemela del individuo del tiro al blanco… el que todos encontramos tan parecido al evadido.

—Oh, yo «pensé» que me recordaba a alguien —dijo Bets—. Claro, era a ése. Continúa, Fatty.

—Bueno… yo estaba barriendo la tienda, y hablando. Casualmente dije que me gustaría trabajar con animales, en un circo, y ella contestó: «Bueno, no te acerques a los leones y tigres. Te echarán la zarpa por nada, y pueden dejarte marcado para toda la vida». Y yo continué diciendo: «Hablando de cicatrices, ¿ha conocido usted a alguien que tuviera una cicatriz curva encima del labio superior?».

—¿Y qué dijo a eso? —preguntó Pip.

—Dijo: «¿Qué has querido decir con "eso"?» —explicó Fatty—. Y me dirigió una mirada terrible. Luego agregó: «Lárgate y no vuelvas por aquí». Así mismo.

Hubo un silencio.

—¿Qué quiso decir? —intervino Daisy, intrigada.

—Eso es lo que «quisiera» saber —dijo Fatty—. Mi pregunta la inquietó… puede que incluso la asustara. ¿Por qué?

—¡Porque conoce muy bien a alguien que tiene una cicatriz encima del labio superior! —exclamó Larry—. ¡Ése es el por qué!

—Exacto —dijo Fatty—. ¿Ahora comprendéis por qué quería hablar con vosotros?

—Desde luego… sí… hemos de llegar al fondo de esta cuestión —dijo Larry, excitado—. Si conoce a alguien con una cicatriz así, es sin duda alguna el evadido. Bueno, él no está en la feria. Ahora ya hemos visto de cerca a todos los de allí… de manera que, ¿dónde está?

—¿Dónde vive esa chica? —preguntó Pip—. ¿En la feria?

—No, en un carromato que está en el campo de Baker con muchos otros —repuso Fatty.

—¿Tú crees que estará escondiendo a ese individuo? —preguntó Larry—. ¿En su carromato, tal vez? ¿Podría ser otro hermano suyo?

—No. Me dijo que ella y su hermano gemelo era todo lo que quedaba de su familia —fue la respuesta de Fatty—. Excepto su madre, esa vieja horrible, claro. Pero no obstante ella y su hermano

son muy parecidos a la foto de ese hombre, ¿no? Quisiera saber si el Primer Inspector sabe si existe otro hermano.

—Eso puedes averiguarlo fácilmente —dijo Pip—. Aguarda, ¿no lo dice en esas notas que tienes?

Fatty fue a sacarlas de un cajón y los cinco las examinaron.

—Sí… aquí dice… Familia. Ni hermanos ni hermanas. Padre y madre fallecidos. Un tío, fallecido. Sin hijos.

—Bueno, esa chica y su gemelo «no pueden» ser sus hermanos —dijo Larry—. De todas formas, Fatty, ¡ojalá pudieras echar un vistazo a sus carromatos!

—Es lo mismo que deseo yo —exclamó Fatty—. Pero no veo cómo. Quiero decir… que si está entre otros muchos, me verían fácilmente a la luz del día… ¡y por la noche estarán dentro del carromato, y «no me atrevería» a llamar!

Una conocida voz interrumpió su conferencia. ¡Era la de Eunice!

—¡Federico! ¿Estás en tu cobertizo? ¿No sabes que es hora de comer? Si quieres ir a la primera reunión de esta tarde, no debes llegar tarde.

—¡Oh, ya está aquí Eunice! —exclamó Fatty con disgusto—. ¿Tan tarde es? ¡Cielos, sí! Bueno, parece que estamos frente a un muro. ¡Pensad en esto y telefoneadme si alguien ve una salida! ¡Está bien, Eunice, ya voy!

Los otros salieron rápidamente del cobertizo, esquivando a Eunice y escaparon por la puertecilla que daba al camino. Fatty se despojo de sus sucias ropas, se lavó la cara y se vistió. Llegó a comer con cinco minutos de retraso y tuvo que disculparse.

—Lo siento. ¡No me había dado cuenta de que era tan tarde! —dijo—. Sí, tomaré un poco de jamón, mamá.

Al coger el cuchillo y el tenedor descubrió que había olvidado limpiar sus uñas. ¡Todavía estaban llenas de la tierra con que las ensució! Trató de coger los cubiertos con los dedos doblados para no enseñarlos, pero su madre se fijó en seguida.

—¡Federico! ¿Qué te ocurre, querido? ¿Te has hecho daño en las manos?

Inmediatamente todos miraron con curiosidad los dedos doblados de Fatty.

—Oh, no es nada. Sólo un ligero calambre. No tiene

importancia.

Eunice le cogió una mano y enderezó los dedos como para quitarle el calambre.

—Le mejor es… —comenzó a decir mientras Fatty retiraba la mano. Pero su madre ya había visto sus uñas sucias y le miró con frialdad.

—Por favor, ve a limpiarte las uñas, Federico —le dijo, y Fatty salió corriendo consciente de las miradas del señor Tañido, de su madre y de Eunice. ¡Gracias a Dios que su padre se había ido a trabajar!

—Llegaremos tarde, llegaremos tarde —dijo el señor Tañido cuando Fatty volvió a la mesa y comenzó a comer con su calma acostumbrada—. Federico, ¿estás seguro de poder terminar al mismo tiempo que Eunice? ¿Tienes tu entrada? Hemos de irnos pronto. ¡Espero que pases una tarde muy divertida!

Fatty estaba seguro de lo contrario. Estaba convencido de que no iba a encontrar al evadido en el Congreso de Coleopterólogos. No, era mucho más probable que estuviera en el carromato del campo de Baker. ¡Qué «contrariedad» tener que asistir a una reunión tan aburrida, y encima con Eunice precisamente!

Capítulo XIV

Una tarde muy interesante

Apenas se tardaban siete minutos en llegar al Ayuntamiento. El señor Tañido iba corriendo seguido de Eunice y Fatty. ¡Muchas otras personas también se apresuraban para llegar al Ayuntamiento! Fatty se asombró al pensar que había tantos aficionados a los insectos hospedados en Peterswood.

También le sorprendió ver cuántos de ellos llevaban bigote y barba.

—¿Es una especie de uniforme entre los coleopterólogos el llevar el rostro cubierto de pelo? —preguntó a Eunice.

—No seas tonto —le dijo ella—. Mira, ahí está la maravillosa María Janizena que empolló esos ochenta y cuatro huevos del Tíbet.

—Oh, sí, los ciento sesenta y ocho mellizos —repuso Fatty haciendo memoria. Mirando a la gran María Janizena se estremeció —. Ella misma parece un gran escarabajo —dijo en voz baja a Eunice—. Y esas cosas que lleva en el sombrero me recuerdan las antenas de los ciervos volantes.

Esperaba que Eunice se enfadara o molestase por aquel comentario tan poco respetuoso pero ante su sorpresa se echó a reír.

—Cuidado —le advirtió—. Papá puede oírte.

La reunión fue tan aburrida como Fatty había temido.

Subieron los escalones del Ayuntamiento detrás del señor Tañido. Cuando estaban casi arriba Fatty tuvo un sobresalto. El señor Goon estaba allí, junto a un hombre que sostenía una larga lista en su mano, y al parecer ayudándole a identificar a los que iban entrando.

—Goon debe tener alguna sospecha de que pueda venir aquí el

hombre que buscamos —pensó Fatty al punto—. ¿Quién se lo habrá dicho? ¿El Primer Inspector? O se le habrá ocurrido a él lo mismo que a mí… que puesto que ese hombre se interesa por los insectos vendrá al Congreso… ¡y es probable que sea uno de sus miembros!

El señor Goon se sorprendió todavía más al ver a Fatty, de lo que Fatty se sorprendiera al verle a él. Frunciendo el ceño volvió a mirar la lista que tenía ante él. El señor Tañido presentó su entrada, y Eunice la suya, y entonces el señor Goon le bloqueó el paso a Fatty.

—Lo siento —le dijo—. Sólo admiten a los que tienen entrada.

—Oh, yo respondo de él. Es mi invitado en este Congreso —dijo el señor Tañido ante la contrariedad de Goon que tuvo que dejar pasar a Fatty. ¡Aquel niño! Siempre se metía donde no le llamaban. ¿Es que acaso «pensaba» que el evadido podría asistir a aquel peculiar congreso?

Fatty tomó asiento con Eunice y el señor Tañido, y se dispuso a estudiar a la gente de su alrededor. Todos parecían impacientes, casi como si hubieran ido a la iglesia. Las escasas mujeres parecían incluso más interesadas que los hombres. La maravillosa María Janizena se hallaba en el estrado con otros peces gordos, y los adornos de su sombrero se movían de un lado a otro cuando hablaba con los hombres sentados a su lado.

—¿Y no hay que ver ningún escarabajo? —preguntó Fatty—. ¿Van a estar hablando todo el tiempo?

—Creo que en otra sala hay exposición de escarabajos —susurró Eunice—. Acostumbra a haberla. Y son muy preciosos… ¡muchos de distintas colecciones! Después iremos a verlos. Te enseñaré los que ha cogido mi padre. Son ejemplares muy raros.

Fatty llegó a la conclusión de que los amantes de los escarabajos eran todos muy parecidos, o bien eran calvos y llevaban barba, o la cabeza muy poblada, y barba. Los pocos que no tenían ni bigote ni barba destacaban entre la multitud, y tardó sólo un minuto en comprobar que ninguno tenía una cicatriz curva encima del labio superior.

«No es que esperara verle —pensó Fatty—. Cielos, ojalá se me hubiera ocurrido disfrazarme y pintarme una cicatriz encima del labio para venir aquí. ¡La emoción de Goon hubiera sido

indescriptible!».

Repasó la lista de los nombres de los miembros que Eunice le prestara amablemente. Algunos eran extranjeros, de rara pronunciación, y no ayudaron nada a Fatty. Comenzó a pensar que el haber ido a aquella reunión había sido una lamentable pérdida de tiempo. ¡Lo único que hubiera podido ayudarle sería tirar de los bigotes para ver si eran postizos y ocultaban alguna cicatriz! Pero eso por desgracia era imposible.

La reunión fue tan aburrida como Fatty había temido, aunque el señor Tañido parecía disfrutar mucho escuchando atentamente cada palabra que pronunciaban los conferenciantes desde el estrado. Fatty comenzó a bostezar, aunque hizo cuanto pudo por impedirlo. El señor Tañido le dirigió una severa mirada, pero eso todavía le hizo bostezar más.

Volvió la cabeza para ver si Goon seguía junto a la puerta. Sí, allí estaba, seguramente para detener a los intrusos. Mientras Fatty le miraba bostezó, con un bostezo prodigioso que hizo que Fatty comenzara de nuevo. Al verle se molestó. ¡Qué niño más pesado… mira que copiar su bostezo de aquel modo! Goon pasó unos minutos muy agradables pensando algunas cosas que le hubiera gustado decir a Fatty de tener oportunidad.

Por fin, cuando Fatty casi se había dormido finalizó la reunión.

—Ahora iremos a la otra sala para examinar los ejemplares —susurró Eunice—. Son muy interesantes. Te enseñaré los de papá.

Cuando entraron los concurrentes, Goon ya estaba en la otra sala. Por toda la estancia habían caballetes sosteniendo grandes cajas con la tapa de cristal, en donde habían ejemplares de muchas clases distintas de escarabajos.

—¿Hay alguno «vivo»? —preguntó Fatty al señor Tañido, que con ojos brillantes estaba examinando una vitrina de curiosos escarabajos con cuernos.

—Oh, sí, debe haberlos —replicó el señor Tañido antes de dirigirse a un hombre que estaba a su lado, y que Fatty viera sentado en el estrado—. Buenas tardes, Sir Víctor… ¿Me permite felicitarle por su discurso? ¿Y sabe usted por casualidad si hay alguna vitrina con escarabajos vivos?… Mi joven amigo desea saberlo.

—Oh, sí, sí —dijo sir Víctor cuya barba le llegaba casi hasta el extremo de su chaleco—. Pero ayer tuvimos un accidente cuando estábamos arreglando, y dos cajas manejadas con descuido, se cayeron y se rompieron. Por suerte capturamos todos los escarabajos vivos, menos uno.

—¿Entonces no van a enseñarlos? —preguntó el señor Tañido, decepcionado.

—Sí. Casualmente la mujer que hemos contratado para la limpieza esta semana tiene una hija que dirige, según creo, un circo de pulgas en una feria de la localidad, y como esa gente está bien provista de vitrinas para las representaciones de sus insectos, han podido prestarnos un par. ¡«Afortunadamente»! ¡Mire… están allí… en ciertos aspectos son mucho mejores que las nuestras en plan de exhibición!

Al oír esto Fatty se interesó, porque aquella misma mañana había visto las cajas de las pulgas de la feria. ¿Cómo se llamaba la joven iracunda que era la dueña… Lucita? Miró la hilera de vitrinas reconociendo dos que eran iguales a las que le enseñara la vieja aquella mañana. En su interior correrían escarabajos vivos.

Detrás de las dos cajas estaba la propia vieja con un trapo de limpiar el polvo en la mano. De manera que aquél era el nuevo trabajo del que habló a Lucita… se había empleado para hacer la limpieza mientras durase el Congreso. Fatty le dirigió una larga mirada preguntándose «si conocería» a alguien que tuviese una cicatriz curva encima del labio superior.

Fatty decidió hablarle. Ella jamás le reconocería como el niño que había estado en la tienda del circo de pulgas aquella mañana, ya que ahora su aspecto era completamente distinto.

Se dirigió al señor Tañido cuando se inclinaron sobre las vitrinas.

—Estoy seguro de haber visto unas cajas como éstas en la feria de Peterswood —dijo, y la mujer le oyó como era su intención.

—Son de allí —dijo con voz cascada—. Son jaulas del circo de pulgas, señorito.

El señor Goon se acercó con aire majestuoso realmente ridículo.

—Siga con su trabajo, mujer —dijo, sorprendido de que una mujer de la limpieza hablara con alguien en el Congreso. La anciana

le dirigió una mirada penetrante antes de alejarse con el trapo de polvo que iba pasando aquí y allí.

—Los escarabajos son unas criaturas maravillosas, señor Goon —dijo Fatty con aquel tono súper-educado que tanto le disgustaba y del que desconfiaba—. ¿Ha visto usted el Escarabajo con Casco y Siete Lunares procedente de Ollaby-Oon, en Grootemburgenstein?

—¡Bah!, exclamó el señor Goon dirigiendo a Fatty una de sus más fieras miradas. ¡Qué niño! El y sus Escarabajos con Casco… aquello iba dirigido a «él», por supuesto, ¡porque llevaba casco!

El señor Tañido quedó sorprendidísimo al oír hablar a Fatty de un Escarabajo con Casco y Siete Lunares procedente de Ollaby-Oon en Grootemburgenstein, fuera «eso» lo que fuese.

—Er… ésa es una especie nueva para mí —dijo—. ¿Estás seguro de haber dicho bien el nombre, Federico?

—Bueno, tal vez sea el de Cinco Lunares el que me refiero —repuso Fatty—. Iré a echar un vistazo a las vitrinas para ver si le veo.

Como Fatty acababa de inventarlo en aquel mismo momento no era muy probable que lo encontrase en ningún sitio, ni era su intención buscarlo. Se le había ocurrido una idea repentina. Se alejó, dejando al señor Tañido mirando todas las vitrinas para ver si descubría por casualidad el escarabajo que Fatty había citado.

La vieja estaba limpiando con brío detrás de donde se hallaba Goon en aquellos instantes, y a Fatty se le ocurrió acercarse a él para hacerle una pregunta que también pudiera interesar a la anciana, señora Fangio.



—Oh, señor Goon, quisiera hacerle una pregunta, si no le importa —le dijo Fatty cortés.

Goon le miró con recelo. ¿Qué estaría tramando?

—¿Qué es? —le dijo.

—Pues… quisiera saber si ha visto por aquí a un hombre con una cicatriz curva encima del labio superior —explicó Fatty con voz

lo bastante alta para que llegase hasta la vieja señora Fangio que se afanaba limpiando detrás del policía.

El señor Goon pegó un respingo… porque él había estado buscando toda la tarde exactamente lo que Fatty acababa de describir. De manera que Fatty trabajaba en lo mismo que él… buscaba al prisionero evadido. ¿Por qué el Primer Inspector había hablado a aquel niño terrible de aquel caso? Comenzó a invadirle la ira y su rostro se fue tornando púrpura.

Pero Fatty no miraba a Goon. No, observaba de cerca a la vieja que estaba tras él. Cuando hizo la pregunta ella estaba de espaldas, y continuó de espaldas quedándose repentinamente inmóvil. Luego se volvió para mirarle… una mirada curiosa, semi-asustada que se fue tornando extremadamente malévola hasta el punto de sorprenderle.

Luego dando media vuelta se puso a limpiar de nuevo alejándose poco a poco.

El señor Goon le estaba diciendo algo a Fatty con voz exasperada, pero el niño no tenía la menor idea de lo que era. Había descubierto lo que quería saber… que la mujer sabía a qué se refería, lo mismo que su hija Lucita… sí, las dos conocían al hombre de la cicatriz.

¿Conocerían también su escondite? ¿Estaba en Peterswood… tal vez en la colonia de carromatos? ¡Bueno, eso era algo que Fatty pensaba averiguar!

Capítulo XV

Meriendas

Fatty comenzó a aburrirse en seguida. Estaba deseando volver a su casa para trazar planes y tuvo la satisfacción de descubrir que Eunice también se aburría.

—Yo creí que adorabas los escarabajos —le dijo.

—Pues no —fue la respuesta de Eunice—. Y a ti te ocurriría igual si hubieras ido a tantas exposiciones de escarabajos como yo. Pero tengo que ayudar a mi padre y acompañarle. ¿No podíamos irnos a merendar a algún sitio?

Fatty comenzó a pensar que Eunice no era tan mala al fin y al cabo.

—¿Pero qué dirá tu padre? —le preguntó.

—Oh, le diré que tú nos has invitado a los dos a merendar, y que no quiero desairarte —dijo Eunice.

—Pero yo «no» he invitado a tu padre —exclamó Fatty—. ¿«Hemos» de hacerlo? La verdad es que no deseo oír ni una palabra más sobre escarabajos, ni hoy ni nunca.

—«Él» no vendrá —repuso Eunice—. Nada hará que abandone la conferencia y los escarabajos hasta que se haya «terminado». Ya verás.

Eunice estaba en lo cierto y Fatty se marchó con ella saludando a Goon con una inclinación de cabeza al pasar ante él.

—Eh —dijo el señor Goon que seguía intrigado por la extraña pregunta que acababa de hacerle—. Eh… unas palabras, por favor, señorito Federico. Acerca de ese hombre… Ya-sabes-Quién…

—Otro rato, Goon —le dijo Fatty exasperándole, antes de bajar corriendo los escalones del bien tratado Ayuntamiento.

—¿A qué hombre se refiere ese policía? —le preguntó Eunice curiosa—. ¿Por qué has sido tan brusco con él? Es simpático. Es el que me ayudó el otro día a echar a aquel vagabundo. El que estaba en tu cobertizo fumando en pipa, y que era tan violento, ya sabes.

—Sí… ya «sé» —respondió Fatty—. Conozco muy bien a ese vagabundo. En realidad le conozco como a mí mismo. Y «no» es violento, ni fuma en pipa.

—¡Tú no sabes «nada» de él! —exclamó Eunice—. Tú no estabas allí, llegaste mucho después.

—Yo estuve allí todo el tiempo, si me perdonas que te contradiga —dijo Fatty.

—Quisiera que no hablases en charadas —dijo Eunice dolorida —. Se supone que eres inteligente, pero la verdad es que algunas veces nadie lo diría. Yo considero que fui muy valiente al hacer frente a aquel vagabundo. Tú dices que no era violento sólo para dar a entender que fui cobarde.

—Dejemos este tema —prosiguió Fatty seguro de que acabaría por contar la verdad a Eunice si seguían discutiendo—. Mira, ahí hay un salón de té. ¿Le parece bien a Su Majestad o no?

—Si hablas así no voy a merendar contigo —exclamó Eunice temiendo haber encontrado por fin a alguien capaz de exasperarla hasta hacerla llorar.

—Está bien —dijo Fatty en su tono más cortés—. Yo entraré ahí a merendar y tú puedes ir a cualquier otro sitio. Cuando hayas terminado yo iré a pagar la cuenta. ¿Te parece bien «así»?

Eunice, dándose por vencida, le siguió hasta el establecimiento y tomó asiento.

—Tomaré tostadas con mantequilla y algunos de esos pasteles de crema —dijo.

—Muy buena idea —respondió Fatty encargándolos. La camarera les trajo un montón enorme de tostadas con mantequilla y una fuente de pasteles maravillosos.

—No podré comerme tantas tostadas —dijo Eunice.

—No tienes que hacerlo —replicó Fatty—. La mitad son mías.

—Tú estás adelgazando —le dijo—. ¡Y seguramente no tendrás tan mala memoria como para comerte la mitad de esas tostadas y de esos pasteles!

—Caramba… ¿«por qué» me olvidaré siempre de que quiero adelgazar? —gimió Fatty mirando con envidia los dos platos. ¡Eunice le había cogido en la trampa! Ahora sí que demostraría ser débil de voluntad si se comía su parte después de recordarle que estaba a dieta, y no obstante era insoportable el permanecer allí sentado mirando como ella lo engullía todo, como era de esperar. ¡Glotona!

Entonces, ante su enorme alegría, vio pasar a Pip y Bets. Salió disparado para llamarles.

—¡Pip… Bets…!, ¿queréis venir a merendar conmigo? ¡De prisa!

Gratamente sorprendido, Pip entró en el establecimiento seguido de Bets.

—Eunice está aquí también, pero no necesitáis preocuparos por ella —dijo Fatty—. ¡Comed cuanto podáis!

Y eso hicieron ante el disgusto de Eunice.

—¿«Tú» no vas a comer nada? —le preguntó Bets sorprendida viendo el plato vacío de Fatty.

—No. Tengo mucha fuerza de voluntad, y quiero adelgazar —dijo sonriendo al ver el ceño de Eunice—. Eunice y yo hemos estado en la Exposición de Escarabajos. Goon estaba allí, y quiso impedirme la entrada.

—Fatty, ¿no habrás visto a Ya-Sabes-Quién, verdad? —preguntó Bets en voz baja. Pero Eunice tenía el oído fino y la oyó.

—¿Quién es Ya-sabes-Quién? —preguntó con la boca llena de tostada.

—No entiendo lo que dices cuando hablas con la boca llena —dijo Fatty en tono de censura. Eunice gruñó tragando todo lo que tenía en la boca.

—Sé que os lleváis algo entre manos —comenzó a decir—. Algún secreto que no me decís. Seguro que será una tontería, pero no es de buena educación hablar de secretos cuando yo estoy con vosotros.

—No lo hacemos —dijo Pip cogiendo un pastel.

—Está bien, ¿quién es entonces Ya-Sabes-Quién? —dijo Eunice.

—Lo siento —intervino Fatty—. No podemos decírtelo. En realidad es un secreto de la policía que casualmente hemos llegado a conocer.

—¡Ooooooh, qué mentira! —exclamó Eunice sin creerle—. ¡Un secreto de la policía! ¡No lo creo!

—¡Estupendo! —dijo Fatty, irritado—. ¡Entonces no lo creas! ¡«Nos» va de primera!

Eunice perdió los estribos y se puso como la grana.

—¡Eres un impertinente, y mal educado! ¡Y te advierto que descubriré ese estúpido secreto, sea lo que sea… y se lo contaré a todo el mundo!

—Tal vez por eso no te lo decimos —repuso Fatty en tono amable—. Por si acaso lo cuentas a todo el mundo. De todas formas, gracias por advertirnos.

Eunice se levantó de la mesa y salió como una tromba ante el asombro de las demás personas que estaban en el establecimiento. Fatty sonrió a Pip y Bets.

—Se las ha arreglado para comer bastante antes de marcharse —dijo—. ¿Queréis más pasteles? ¡Comed! Yo estoy deseando probar uno. No me atreví en presencia de Eunice para que no me creyera falto de voluntad. ¡Pero al fin y al cabo, querer adelgazar no significa «morirme de hambre»!

Pidió otro plato que examinó de cerca.

—¿Cuál quieres, Bets? —le preguntó.

La niña rio.

—¡Me da lo mismo… pero sé cuál quieres «tú», Fatty! —le dijo poniendo en su plato un bollo de crema y un pastelillo de chocolate. Fatty le sonrió.

—Tú siempre lees mi pensamiento, pequeña Bets —le dijo y ella sonrió encantada. Qué bueno era Fatty. ¿Cómo podía aquella horrible Eunice ser tan ruda con él?

Fatty explicó a Pip y Bets la tarde que había pasado en la exposición de escarabajos, y la pregunta que hiciera al señor Goon delante de la señora Fangio, la vieja de la feria.

—Quería ver si se sobresaltaba o asustaba cuando yo le pregunté a Goon por el hombre de la cicatriz —dijo.

—¿Y se asustó? —quiso saber Pip.

—Sí. Cuando me oyó hacer la pregunta se quedó completamente inmóvil —dijo Fatty—. Y luego se volvió muy sorprendida, y me dirigió una mirada terrible. ¡Uf! ¡Si las miradas matasen, yo me

hubiera caído redondo delante de ella!

—No digas esas cosas, Fatty —dijo Bets—. ¿Por qué «habría» de haberte mirado así?

Alguien fue a sentarse a la mesa de al lado.

—No digas nada más —exclamó Fatty—. Vamos a casa de Larry y allí hablaremos. Camarera, ¿quiere traer la cuenta?

Era una suma considerable y por centésima vez, Pip y Bets se maravillaron de la cantidad de dinero que Fatty tenía siempre.

«Igual que una persona mayor», pensó Bets, mientras él pagaba la cuenta y daba propina a la camarera.

Fueron todos a casa de Larry. Se hallaban reunidos en la glorieta de la casa de éste y Fatty volvió a referirles sus andanzas de aquella tarde.

—Esa vieja a la que llaman señora Fangio, la madre de Lucita, esta semana está contratada para hacer la limpieza en el Ayuntamiento —dijo—. Y supongo que cuando se encontraron con el problema de las vitrinas rotas ella sugirió el prestarle las cajas donde Lucita exhibe las pulgas, claro que les habrán dado mucho dinero. Tal vez por eso estaba ayer tan enfadada Lucita, puede que las cogiera sin pedirle permiso.

—Es probable —dijo Larry.

—Cuéntales a Larry y Daisy lo que ocurrió cuando preguntaste a Goon por el hombre de la cicatriz —repuso Bets.

Fatty volvió a referir el incidente.

—Así que ya veis que es evidente que no sólo Lucita conoce al hombre de la cicatriz, sino además su madre. No puedo por menos de preguntarme si le tendrán escondido —concluyó Fatty.

—Estoy casi seguro de que es así —dijo Larry—. O por lo menos saben dónde está escondido. Me pregunto qué relación tendrán con él. Su retrato es tan parecido a Josef, y a Lucita también, que debe ser pariente suyo. Y sin embargo tú dices que Lucita dijo que sólo quedaban en su familia, ella, su hermano gemelo y su madre. Yo de ti se lo preguntaría al Primer Inspector, Fatty.

—Creo que lo haré —dijo Fatty—. Y creo que si me es posible, esta noche me llegaré al Campo de Baker para ver lo que puedo averiguar acerca de los Fangio. Me pondré mi disfraz de vagabundo, ¡qué susto se llevaría Eunice si me viera otra vez!

Estuvieron hablando un poco más, y luego Fatty se marchó con «Buster». No sabía si llamar al inspector Jenks desde su casa o desde una cabina pública. Eunice podía estar en casa. Pero la cabina estaba ocupada y por eso tuvo que aguardar hasta llegar a casa. Después de asegurarse de que Eunice no estaba por allí, telefoneó al inspector Jenks.

—Inspector… aquí Federico Trotteville —le dijo—. No he adelantado mucho en este caso hasta el momento… pero quiero saber si puede usted decirme algo. Es respecto al hombre de la cicatriz. He encontrado a dos personas muy parecidas a él, dos mellizos, hermana y hermano, se apellidan Fangio. Pero dicen que no tienen más parientes que su anciana madre. ¿Podría ser ese individuo primo suyo o algo por el estilo?

—No creo —respondió la voz clara del inspector—. Al parecer no tiene familia, como habrás visto en esas notas. Su apellido es Harris… o por lo menos eso dice él. Probablemente ese parecido es mera casualidad.

—¡Maldición! —exclamó Fatty colgando el aparato—. ¡Entonces «esa» pista se ha ido «a la porra»!

Capítulo XVI

Una aventura para Goon… y Eunice

Tan pronto hubo colgado el aparato oyó un ligero ruido en el vestíbulo. ¡Alguien había estado escuchando! Fatty se apresuró pero quienquiera que fuese había subido ya la escalera.

«¡Apuesto a que era Eunice! —pensó—. ¡Si será mala! Yo no creí que pensara espiarme. ¡Tendré que ir con mucho cuidado cuando salga esta noche disfrazado de vagabundo!».

Cuando entró en el comedor aquella noche a las siete para cenar, dirigió a Eunice una mirada escrutadora, y ella la sostuvo… demasiado. Estaba seguro que estuvo escuchando su conversación telefónica. Sin embargo… ¿qué había ganado con eso? Que al parecer buscaba a un hombre con una cicatriz, que se parecía a los mellizos Fangio. ¡«Eso» no le iba a servir de mucho!

De pronto se le ocurrió una idea que le hizo sonreír mientras tomaba la sopa.

—¿De qué te ríes, Federico? —le preguntó su madre, y Fatty buscó en su memoria algo gracioso para contarle.

—Bueno, me estaba acordando de la cara que ha puesto Goon esta tarde cuando le pregunté si había visto el Escarabajo con Casco y Siete Lunares de Ollaby-Oon en Grootemburgenstein —dijo Fatty ante el asombro del señor Tañido, quien dejando la cuchara miró a Fatty con interés.

—El Escarabajo «con Casco» y Siete Lunares —dijo—. Debe haberme pasado por alto. Debo verlo mañana. Le pediré al policía que me enseñe dónde está.

—Sí, hágalo —dijo Fatty—. Le interesará volver a hablar de él.

—«¡Federico!» —le dijo su madre en tono de advertencia, segura

de que el escarabajo con casco era una invención de Fatty, especialmente dedicada a Goon y su casco de policía.

—¿Qué, mamá? —contestó Fatty volviendo hacia ella sus ojos inocentes. Ella meneó la cabeza dejándole por imposible, pero no así el señor Tañido, que estuvo hablando de los escarabajos con casco durante algún tiempo, y Fatty supo, con gran sorpresa, que realmente existían escarabajos «con casco», y que al parecer el señor Tañido los conocía todos, y entonces lo contó, cosa que aburrió a todos en la mesa.

—¿Jugaremos otra vez al ajedrez esta noche? —le preguntó Eunice cuando terminó la cena siendo todavía los escarabajos el tema de conversación.

—No, gracias —replicó Fatty al punto—. Esta noche tengo que correr por el campo. Hoy no lo he hecho y hace una noche espléndida. Otro día, Eunice.

—Yo iré contigo —repuso la niña—. Yo también quiero hacer un poco de ejercicio. Es estupendo a esta hora de la noche. En casa lo hago a menudo.

¡Qué niña más exasperante! ¿Es que no se «daba cuenta» de cuándo estorbaba? ¡Muy bien, Fatty le daría el mayor susto de su vida!

—Iré a ponerme una falda de lana y te esperaré aquí —dijo Eunice completamente decidida a no perderle de vista. Si pensaba ir a casa de Larry o Pip, ella iría también. No quería perderse nada de lo que ocurriera.

Fatty no dijo ni una palabra. Desapareció por el jardín, y una vez en su cobertizo se puso sus ropas de vagabundo, maquilló su rostro, colocóse las cejas y los dientes postizos, ¡y por último una horrible cicatriz en una mejilla!

—¡El hombre de la cicatriz! —se dijo riendo—. ¡Mira, Eunice, aquí llega!

Salió del cobertizo, cerrando la puerta con llave, y luego se acercó a la casa. Sabía que sus padres y el señor Tañido habían ido a jugar al «bridge» con unos amigos. Sólo Eunice estaría esperándole en el saloncito.

«Buster», encerrado en su dormitorio, gemía con aire plañidero como siempre que Fatty se iba sin él. Eunice le oyó, y creyendo que

Fatty estaría con él, le estuvo aguardando pacientemente en el saloncito con el oído atento, por si a Fatty se le ocurría salir sin ella.

¡Oyó lo que estaba esperando… ruido de pasos! ¿De dónde venían? ¡Debajo de la ventana, seguro! Eunice fue de puntillas hasta la ventana para asomarse… y allí, mirándola desde un arbusto estaba el vagabundo… ¡el horrible individuo que viera en el cobertizo de Fatty! Pero esta vez tenía una horrible cicatriz en el rostro.

Eunice le miraba horrorizada.

—¡Socorro! —gritó—. Ahí está otra vez ese mendigo. ¡Socorro! Federico, ¿dónde estás? ¡Ahí está otra vez ese vagabundo! ¡Federico!

Jane, la doncella, acudió en seguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Pero entonces Fatty ya no estaba junto al arbusto. Sabía que los ojos penetrantes de Jane habrían de reconocerle a través de su disfraz: ¡le había visto demasiadas veces disfrazado de vagabundo!

Eunice señaló el lugar donde había visto a Fatty.

—Ahí estaba… ese vagabundo —dijo—. ¿Qué hacemos? ¡Todos se han ido! ¿Dónde está Federico? ¿No está en su habitación?

—Iré a ver —dijo Jane. Pero el único ocupante de la habitación de Fatty era «Buster», que bajó la escalera a todo correr en cuanto Jane abrió la puerta, preguntándose cuáles serían los motivos de los gritos de Eunice.

—El señorito Federico no está en su habitación —le informó Jane—. Debe haberse marchado sin usted, señorita.

—Oh, Dios mío. Creo que debo llamar a la policía —dijo Eunice —. Sí, lo haré. Creo que alguien ha de venir a echar un vistazo. ¡Vaya, puede que esta noche roben la casa!

Así, que Eunice llamó a la policía, siendo el señor Goon quien atendió su llamada.

—Aquí la policía. ¿Quién es?

—Aquí la señorita Eunice Tañido, hospedada en casa de los señores Trotteville —dijo Eunice—. Quiero informarles de que he visto un horrible maleante por aquí… como el que vi el domingo.

Goon frunció el ceño. Vaya… ¿qué era aquello? Claro que recordaba a Eunice perfectamente, pero también sabía que el

vagabundo del domingo «no era» tal vagabundo. ¡Y él no pensaba volver a dejarse engañar por nadie!

—Bien, señorita. Tomaré nota —dijo Goon—. Lamento no poder ir, pero el trabajo me retiene aquí.

—¡Pero «tiene» que venir! —exclamó Eunice—. Le digo que es el mismo hombre, y esta vez lo he visto más de cerca, y tiene una horrible cicatriz en la cara.

Goon se sobresaltó.

—¿Una «cicatriz»? —exclamó—. ¿Está segura?

—Sí. Oh, por favor, venga de prisa —suplicó Eunice—. Tal vez logre capturarle. «Buster» también está en el jardín… buscándole supongo.

Esta última información no satisfizo nada al señor Goon. No le gustaba que «Buster» anduviera suelto cuando él estaba cerca. Sin embargo… ¡un hombre con una cicatriz! ¡Aquello sí que era algo! ¿Y si fuera el evadido? Qué triunfo para Goon si consiguiera cogerle… ¡«y» en el propio jardín de aquel niño terrible!

—¿Dónde está el señorito Federico? —quiso saber.

—Fuera, corriendo por el campo —respondió Eunice.

«¡Bien! —pensó Goon—. Así “se quita” de en medio. Bueno, iré en seguida».

Montando en su bicicleta, pedaleó hasta la casa de los Trotteville. Una vez hubo dejado su bicicleta junto a la puerta de la verja pedaleó por el jardín, yendo a todo correr hasta la casa.

—¡Señorita! —gritó con precaución, dando a Jane y a Eunice un susto tal que ambas lanzaron un chillido.

—Oh, es usted —dijo Jane—. ¿Por qué nos ha asustado de esta manera?

—Es que no quería advertir a ese individuo —dijo Goon—. Vamos, ¿dónde está ese arbusto donde le vio, señorita? ¿Y, er… dónde está ese perro?

—Creo que todavía andará por ahí —dijo Jane poniendo a Goon muy nervioso con su respuesta.

—Vengan las dos conmigo y registraremos el jardín —dijo—. Y si aparece ese perro usted lo llama, señorita. Podría pensar que soy yo el vagabundo y morderme.

De manera que los tres recorrieron el jardín, registrando todos

los arbustos. No había ni rastro de «Buster», cosa que encantó a Goon.

Después de casi una hora de búsqueda, Goon se dio por vencido.

—Ese individuo se ha ido —dijo—. Ojalá supiera adonde. Estoy buscando a un hombre con una cicatriz, y si consiguiera echarle el guante sería una pluma más para mi casco. ¿Dónde tenía la cicatriz, señorita? Encima del labio superior supongo.

—Oh, no, le cruzaba la mejilla —replicó Eunice, sorprendida—. ¿Qué le hizo pensar que la tuviera encima de la boca?

Goon la miró seriamente decepcionado y furioso.

—Pero, pero yo pensé que usted quiso decir, oh, bueno, me parece que no podía saber dónde debía estar la cicatriz. Maldición…, no es el hombre que yo pensaba. Debe haber sido… «¡oh, no…!», sí, ¡«tiene» que haber sido otra vez ese niño disfrazado! ¡Y usted dijo que se había ido «a correr» por el campo! ¿Qué pretende contándome semejantes cuentos de hadas?

Eunice miró al policía con desmayo.

—No sé de qué me está hablando —le dijo—. Y no consentiré que me hable así. Me voy a la cama.

Y allá se fue con la cabeza muy alta. Cómo se atrevía aquel policía a hablarle así.

Jane rio.

—Ahí se va su Alteza —dijo—. Parece usted preocupado y está acalorado, señor Goon. Venga a la cocina y le haré una taza de té para que lo tome con los bizcochos de la cocinera. ¡En nuestra opinión la señorita Eunice no ha visto a nadie, sólo una sombra que se movía!

El señor Goon se quitó el casco para secarse la frente, y aceptó de buen grado la invitación de Jane. Sentado en la cocina, disfrutó explicando hazañas de su valor y los innumerables arrestos realizados. No oyó unos pasos rápidos que se aproximaban a la ventana de la cocina, ni una cara con una enorme cicatriz que le miraba. Ni siquiera adivinó que Fatty había vuelto todavía vestido de vagabundo y que se estaba cambiando en el cobertizo.

De pronto Goon se fijó en el reloj de la cocina, horrorizándose al ver la hora que era.

—Debo irme. ¿Dónde está mi casco? —dijo—. Caramba cómo

pasa el tiempo. Buenas noches, señoritas, y gracias.

Ya en el jardín, fue en busca de su bicicleta. ¡Consternado, vio que había desaparecido! ¡«Sé» que la dejé aquí precisamente… y ya no está! ¡Me la han robado! —dijo—. Esa niña cabezota es la causa de todo… hacerme dejar todo mi trabajo para buscar a alguien que yo creía era el hombre de la cicatriz. ¡Bah! Ahora tendré que irme a casa andando.

Y a pie se fue… y en cuanto llegó sonó el teléfono. ¿Y ahora quién le necesitaba? ¡Si era «otro» cuento de vagabundos, por él que volara!

Pero era la voz reposada de Fatty.

—¿Es usted, señor Goon? Tengo que comunicarle que hay una bicicleta apoyada contra la puerta de la cocina.

No sé de quién es, pero posiblemente alguien le habrá avisado de que se la han robado.

—¡Tú… tú tenías que ser! —gritó Goon por el teléfono—. Encontraste mi bicicleta junto a la puerta de la verja, lo sé, y la escondiste hasta que yo me fui, y ahora dices que está junto a la puerta de la cocina. Bueno, ¿quién la puso allí? Eso es lo que quiero saber, ¿quién la puso allí?

Pero no hubo más respuesta que una risa ahogada. La comunicación se cortó, y Goon lanzó un gemido. ¡Ahora tendría que volver andando a recoger su bicicleta! ¡Está bien, señorito Federico Trotteville, espera… algún día la pagarás!

Capítulo XVII

Fatty recibe una sorpresa

Mientras Goon, Eunice y Jane estuvieron buscando febrilmente al viejo vagabundo, Fatty pasó un rato muy interesante. Salió a toda prisa del jardín por la puerta de atrás en cuanto oyó llegar a Goon en su bicicleta y luego se fue andando hacia el río.

«El campo de Baker es el que está cerca de su granja —pensó—. Si me encuentro con alguien con este disfraz, le preguntaré si puede indicarme algún viejo cobertizo donde poder dormir. Cielos…, ¡qué grito lanzó Eunice cuando vio mi cara asomando por el arbusto! ¡Espero que ella y Goon se diviertan mucho buscándome por todo el jardín!».

Cuando encontraba a alguien simulaba una ligera cojera, y de pronto decidió cortar un palo del seto para usarlo como bastón… y tal vez le fuese útil de haber algún perro suelto en el campamento de carromatos.

Cortó una buena vara de avellano, y luego remprendió la marcha. Al fin llegó al campamento y se detuvo a observar. ¿Cuál sería el carromato de los Fangio? Allí había por lo menos veinte carros, algunos modernos, otros antiguos, la mayoría iluminados por dentro.

No se veía a nadie, de manera que Fatty, envalentonado, se dispuso a atisbar uno de los carromatos subiéndose a una de las ruedas para alcanzar la ventana. Las cortinas estaban echadas, pero quedaba una rendija en el centro. En el interior había dos personas: una cosiendo y la otra leyendo. Un matrimonio, seguramente, con aspecto de personas decentes.



Fue al carromato siguiente… uno muy moderno. Al acercarse ladró un perro, y Fatty decidió no seguir adelante. Atravesó el campo llegando hasta un carro muy viejo que necesitaba pintura nueva. Estaba anocheciendo rápidamente, y Fatty sacó su linterna. No había luz en aquel carromato. ¿Acaso estaba vacío?

Así era. Olía a humedad cuando abrió la puerta, y la volvió a

cerrar rápidamente. ¡Uf! Bajó los escalones para echar otro vistazo a su alrededor. ¡Así no iba a llegar muy lejos!

Al acercarse a otro carromato alguien bajaba los escalones y le descubrió en la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —dijo la voz de un hombre.

—Sólo un viejo que busca donde dormir —repuso Fatty con voz cascada—. ¿Puede usted decirme si hay algún pajar por aquí, señor?

—Entre aquí y le daremos una taza de té —dijo la voz—. Al granjero no le gustan los vagabundos. Le echará el perro si se acerca por su casa. Deje usted que le veamos.

Fatty subió los escalones del carromato. Era un carro viejo, pero el interior estaba limpio, aun sin ser muy cómodo. El hombre que le había hablado era un viejo de cara amable. Dentro había otro anciano.

—Mi hermano —dijo el primer hombre—. Está ciego. Hacemos perchas y cestas para vender, y eso no da mucho dinero, pero siempre podemos disponer de una taza de té. ¿No es verdad, Esteban?

—Ay —dijo el ciego y alargó las manos para apartar un montón de cestos a medio hacer que había junto a él—. Siéntate.

Fatty pronto estuvo bebiendo una taza de té cargado.

—Estoy buscando a ciertas personas que se llaman Fangio —dijo —. ¿Les conocen? Me dijeron que tienen aquí su carromato.

—Oh, sí —dijo el primer anciano—. Su carromato está un poco más allá.

—Son dos —dijo el ciego—. Dos hermanos, chico y chica.

—No, ahora son tres —dijo el otro—. Y una vieja, su madre. Es todo un carácter y fuerte como un caballo. ¡Corta leña en el bosque, y acarrea cubos de agua lo mismo que un hombre! Su hija, Lucita, es una joven adusta, pero el hermano es agradable.

—Sí… ése es Josef —dijo el viejo ciego—. Lleva mis cestos a las ferias que vienen por aquí, o al mercado, y las vende. Es un buen muchacho. ¿Son parientes suyos?

—Exactamente parientes, no —repuso Fatty—. Ahora no me conocerían. ¡He cambiado mucho desde la última vez que me vieron! ¡Ah, este té es bueno… negro y fuerte, como a mí me gusta!

—Tenemos pan y algunas sobras, si quiere comer un poco —dijo

el ciego—. Córtale un pedazo, Bill.

—No, gracias —se apresuró a responder Fatty conmovido por la generosidad de aquellos pobres viejos. Bill levantó la pantalla de la lámpara para mirar la cara de Fatty.

—Si quiere puede dormir aquí en nuestro carromato —dijo al cabo de unos momentos.

—Bueno, gracias de todas maneras, pero creo que debo seguir mi camino —dijo Fatty—. ¡El té era todo lo que deseaba!

—Tiene una cicatriz muy extraña —exclamó Bill—. ¡Parece una culebra! ¿Cómo se la hizo?

«¡Maldición! —pensó Fatty—. ¡Me olvidé que había pintado esta maravillosa cicatriz!».

Riendo contestó al anciano.

—Oh, no es nada. No se puede pasar por la vida sin alguna cicatriz… ¿No es verdad, Bill?

Fuera del carromato se oyó un ligero ruido, y el ciego alzó la cabeza.

—Es ese gato viejo —exclamó—. Déjale entrar, Bill.

Bill fue a abrir la puerta y entró un gato flaco con las orejas mordidas:

—¿Es de ustedes? —preguntó Fatty—. Parece famélico.

Bill, llenando con leche una escudilla, aclaró:

—Pertenece a los Fangio, pero me parece que nunca se acuerdan de dar de comer a este pobre animalito.

Fatty tuvo una idea viendo cómo el gato lamía con avidez la leche.

—Yo llevaré el gato al carromato de los Fangio si me indican cuál es —les dijo.

Dejaron que el gato terminara la leche, y luego Fatty lo cogió en brazos. ¡Si iba a devolver el gato sería una ocasión maravillosa para echar un vistazo a su carromato!

Los dos viejos le dieron las buenas noches señalándole el carromato de los Fangio, uno bastante grande y moderno, y luego cerraron la puerta. Fatty echó a andar camino del carro con el gato que no cesaba de maullar.

Cuando se acercaba, se abrió la puerta y una voz gritó:

—Missus, misus… misus… ¡ven aquí!

«¡Oh, bien! —pensó Fatty—. Ese parece Josef».

Cuando estuvo más cerca una figura bajó los escalones sin dejar de llamar al minino.

—¡Yo tengo su gato! —exclamó Fatty—. Vengo a traérselo.

Alguien se acercó a él como una sombra oscura a la luz de las estrellas, y cogió al gato.

Fatty encendió su linterna. Era la vieja señora Fangio, y no Josef.

—Vamos, Minnie, Minnie —dijo cuando la tuvo en brazos—. ¿Es que Jo y Lucita te echaron fuera, los malos?

—Minnie fue al carromato de Bill —explicó Fatty—. Le han dado un poco de leche.

La vieja acariciaba al gato escuálido, mientras Fatty aguardaba a que le invitase a entrar en el carromato. Estaba deseando echar una buena mirada para ver si había allí alguien más aparte de los mellizos Fangio, pero la invitación no llegó. En vez de eso, la vieja le volvió la espalda y regresó al carro sin decir ni una palabra, Fatty encendió de nuevo su linterna para que ella viera los escalones. Desde luego que era una mujer sucia y desastrada, y Fatty no pudo por menos que sonreír al ver las enormes zapatillas que llevaba mientras subía abrazando al gato. Ni siquiera le dio las buenas noches antes de cerrar la puerta a toda prisa.

Fatty aguardó un rato en la oscuridad, y luego se fue acercando al carro con intención de mirar por una ventana. Si había alguna rendija que le permitiera ver, tal vez descubriese algo interesante… tal vez una cuarta persona… «¡con una cicatriz en el rostro!».

Pero las cortinas estaban bien corridas, y no quedaba ni un resquicio por donde mirar. Fatty, profundamente decepcionado, iba ya a bajarse de la gran rueda, cuando oyó voces, voces airadas, procedentes del carromato.

Escuchó, pero la ventana estaba cerrada y no pudo entender las palabras. ¡Maldición! Y luego de pronto quedó inmóvil conteniendo el aliento.

Se oía la voz de una mujer, quizá la de Alicia o tal vez la de la vieja señora Fangio, y dos voces de hombre, «¡dos!». Uno voceaba, y antes de que hubiera terminado otra voz de hombre comenzó a replicarle. ¡Era una disputa… y dos de los que disputaban eran

hombres! ¿Sería uno de ellos el de la cicatriz? ¡Cómo le hubiera gustado poder ver!

De pronto tuvo un sobresalto. Alguien se acercaba por el campo yendo directo hacia el carromato de los Fangio. Quienquiera que fuese llamó a la puerta. Fatty no sabía qué hacer… allí estaba, subido a la rueda sin atreverse a saltar por temor a que el visitante le viera, y decidió quedarse donde estaba.

Alguien abrió la puerta.

—¿Quién es? —dijo en el mismo instante la voz de Lucita.

—Soy Fred. Pregunta a Josef si quiere venir con nosotros a hacer una partida de dados.

—Josef, Fred te llama —gritó Lucita, y luego volvióse de nuevo hacia Fred—. Yo también iré con vosotros —dijo—. Estoy harta de estar encerrada en este carromato.

Y, mientras Fatty seguía encaramado peligrosamente a la rueda, los tres se alejaron juntos. Ahora, pensó Fatty, sólo la vieja… y el otro hombre, quienquiera que fuese… estaban en el carro. ¿Cómo podría asomarse y ver? Se bajó con cautela de la rueda, e iba a acercarse a la puerta por si la hubieran dejado abierta por casualidad… cuando alguien bajó los escalones. Fatty se retiró al amparo de las sombras. ¿Quién era? ¿La vieja o el otro hombre?

No pudo verlo. La figura se alejaba rápidamente en la oscuridad hasta desaparecer. Fatty fue tras ella, pero luego decidió ir a atisbar el interior del carromato para ver quién quedó dentro. Si alguien le viera, e intentara perseguirle, pondría pies en polvorosa. ¡Pero tenía que ver quién estaba allí!

Subió rápidamente los escalones. La puerta del carromato estaba cerrada, pero no creía que hubieran echado la llave, porque no oyó ningún ruido que lo indicara. Asió el pomo y comenzó a girarlo muy despacio.

Luego fue empujando la puerta hasta abrirla unos centímetros. No se oía ningún ruido en el interior. ¡Fatty estaba preparado para salir corriendo al primer ruido!

Fue abriendo la puerta hasta la mitad, y sin embargo no se oía nada. Al fin la abrió del todo con intención de echar un vistazo rápido, ver quién había, y huir.

Al quedar la puerta abierta del todo Fatty miró rápidamente el

interior del carromato. Habían dos literas, una encima de la otra, un colchón doblado en la de abajo… una mesa plegable, dos sillas y una estufa de petróleo. Del techo colgaba una lámpara de petróleo que daba bastante luz.

¡«Pero allí no había nadie»! Fatty permaneció en el último escalón mirando todos los rincones con asombro. Al parecer allí no había sitio para esconder a nadie… bien, entonces, ¿dónde estaba la cuarta persona que oyera gritar?

Fatty estaba tan asombrado que se olvidó por completo de que podían verle fácilmente desde el exterior, pues su silueta se recortaba con toda claridad contra la luz del interior. De pronto se oyó una voz.

—¡Eh…! ¿Quién está en el carromato de los Fangio? Eh, usted, ¿qué está haciendo?

Capítulo XVIII

Fatty cuenta su aventura

Fatty tuvo el tiempo justo para saltar los escalones y salir corriendo antes de que dos hombres del carromato vecino fueran tras él. Volaba sobre la hierba en dirección a la cerca que daba al campo.

Los hombres corrieron tras él gritando. De pronto Fatty tropezó con algo cayendo al suelo cuan largo era. Los hombres le alcanzaron en seguida, y cuando se levantaba, uno de ellos iluminó su rostro con una linterna.

—¡Cógele, de prisa! —gritó… pero antes de que ninguno de los hombres pudiera sujetarle, algo salió de la oscuridad, gruñendo y ladrando… algo pequeño y fiero.

¡Era «Buster»! Había seguido a Fatty durante todo el camino desde casa al campo, y se lanzó a la contienda gruñendo con tal fiereza, y dando tales mordiscos que los dos hombres se retiraron atemorizados.

Fatty remprendió la huida, y «Buster» le siguió deteniéndose de vez en cuando para volverse a mirar a los dos hombres que no hicieron el menor intento por atrapar a Fatty.

—Iba a robar al carromato de los Fangio —dijo uno—. Será mejor que avisemos a la policía. ¿Le viste bien? ¡Qué lástima no haberle atrapado!

—Sí. Le vi perfectamente —repuso el otro hombre—. Tenía una cicatriz en la mejilla…, ¿no se la viste? Si vuelvo a verle vaya si le reconocería.

Fatty no paró de correr hasta que estuvo muy lejos del campo de Baker. Luego, jadeante, sentóse en un banco que había al borde de

la carretera, y comenzó a acariciar a «Buster».

—No pudiste llegar con más oportunidad —le dijo—. La verdad es que estaba en un buen apuro, «Buster». Esos hombres me hubieran llevado ante el viejo Goon. ¡Apuesto a que sí! ¡Uf! Casi me rompo la pierna al caerme. Mañana tendré un cardenal del tamaño de un plato. Bien, vámonos, querido «Buster». ¡Muchísimas gracias por seguirme tan bien!

Fatty recorrió lentamente el resto del camino, pues le dolía la pierna. ¡Se alegraba de haber cortado aquella rama de avellana! Su fingida cojera se había vuelto real.

Mientras caminaba iba hablando a «Buster».

—Sabes, «Buster», viejo camarada, ha sido una noche emocionante, pero que me aspen si sé qué pensar. Estoy seguro de que al hombre de la cicatriz le tienen escondido los Fangio…, ¿pero dónde? Estoy bien seguro de haber oído su voz en el carromato. ¿«Podría» haberme equivocado? No, no lo creo.

—Guau —aladró «Buster» con su peculiar simpatía—. Guau, guau.

—Tengo el presentimiento de que todos los Fangio están complicados —dijo Fatty—. Y también tengo el presentimiento de que todos están furiosos por ello por alguna razón. ¿No quieren esconder al tipo de la cicatriz? ¿Y en este caso, por qué lo hacen? ¿Por dinero? Tal vez estuviera en la cárcel por haber robado, y escondiera el dinero antes de ser capturado. Quizás piense recogerlo ahora cuando la costa esté despejada… ¿y sin decir a los otros tres dónde está? ¿Pero dónde diantre está «escondido»?

Fatty llegó por fin al cobertizo, y luego de quitarse el disfraz y lavarse la cara, entró en la casa para darse un baño. Suerte que Eunice ya se había retirado a dormir y sus padres todavía no habían vuelto a casa.

Una vez acostado, y «Buster» en su cesta junto a la cama, Fatty alargó el brazo para que el perro pudiera lamerle la mano y de este modo darle las buenas noches.

—Eres un buen amigo, «Buster» —dijo Fatty soñoliento—. Buenas noches. Quisiera pensar algunas cosas, pero estoy muy cansado. Mi cerebro no funciona. ¡Tendré que convocar una reunión mañana y dejar que piensen los demás!

Pero los otros no demostraron ser mejores que Fatty para resolver el enredo de aquel misterio. Al enterarse de que Eunice iba a salir con su madre aquella mañana, Fatty se apresuró a telefonear a Larry y Pip convocando una reunión para las diez en punto en el cobertizo.

Todos acudieron puntualmente ansiosos de conocer lo ocurrido. Fatty había preparado limonadas y galletas, y se aposentaron dispuestos a pasar un buen rato. ¿Qué era lo que había estado haciendo Fatty?

—Bueno —comenzó Fatty—, ya sabéis que había planeado ir al campo de Baker y ver si conseguía alguna información, ¿no? En realidad conseguí enterarme de muchas cosas, pero no soy capaz de sacar el agua clara. De manera que «todos» nosotros hemos de exprimirnos el cerebro para descubrir lo que está ocurriendo.

Fatty comenzó su relato, contando primero cómo había asustado a la pobre Eunice apareciendo de nuevo con sus ropas de vagabundo, ¡y además con una cicatriz en el rostro! Cuando explicó que ella había telefoneado a Goon haciéndole ir a la casa, todos rieron a más y mejor.

Fatty prosiguió su historia.

—Bueno, y me fui al campo de Baker. Primero de todo me acerqué a un carromato donde vivían dos viejos muy simpáticos, que me dieron una taza de té, y me dijeron dónde estaba el carromato de los Fangio. ¡Y querréis creerlo, mientras estaba allí tuve verdadera suerte, porque el gato escuálido y sarnoso de los Fangio vino maullando a pedir un poco de leche!

—Caramba… supongo que así tendrías oportunidad de llevarlo al carromato de los Fangio —dijo Pip.

—Exacto —replicó Fatty—. Fui hasta allí con el gato. Al acercarme oí que alguien llamaba y pensé que era Josef, pero era la señora Fangio quien gritaba: ¡Minnie, Minnie! Le entregué el gato esperando que me invitase a subir al carro, pero no lo hizo. Encendí mi linterna para iluminarle los escalones mientras subía, pero ni siquiera me dio las gracias. ¡Cielos, parecía una visión con su chal mugriento y, las enormes zapatillas que llevaba! De todas maneras, cerró la puerta de un portazo y eso fue todo.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Bets que escuchaba con

atención cada una de las palabras diciéndose lo bien que Fatty sabía explicar las cosas.

—Bueno, pensé que lo mejor era subirme a una rueda para mirar por la ventana —dijo Fatty—, y ver si había una cuarta persona, y de ser así, si tenía o no la cicatriz. Así que me subí, pero las cortinas estaban muy bien corridas, y ya iba a bajarme cuando empezó la discusión en el interior del carromato. Oí la voz de la anciana, o tal vez fuese la de Lucita, ¡y también «dos» voces de hombre!

—¡«Vaya»! —dijo Pip con los ojos brillantes—. ¿De veras? Entonces, ¿quién era el otro individuo?

—No lo sé. De todas formas fue una buena discusión con gritos y alboroto —dijo Fatty—. Cuando estaban en plena pelea, alguien llamó a la puerta del carromato. Yo me asusté mucho, pero era sólo un tal Fred que quería que Josef fuese a jugar a los dados con él. Cesó la discusión, y Josef, y Lucita también, se fueron con Fred.

—¿De manera que quedaban en el carromato la vieja y el otro hombre? —preguntó Daisy.

—Sí. Bien, yo me bajé de la rueda al cabo de un rato, en el preciso momento en que alguien salía de prisa del carromato.

—¿Quién era? —preguntaron todos.

—¡No pude verlo… fue enloquecedor! —dijo Fatty—. Y claro, no me atrevía a encender mi linterna. De todas maneras tuvo que haber sido o la vieja señora Fangio, o el otro hombre, de forma que me decidí a abrir la puerta del carro y echar una rápida mirada para ver quién se había quedado allí… la vieja o el hombre… ¡que «tal vez» fuese, el de la cicatriz!

—¡Cielos! —exclamó Larry—. Esto es emocionante. Cuenta… ¿qué ocurrió?

—Pues que «abrí» la puerta —dijo Fatty—, y miré al interior del carromato… ¡y lo creáis o no, no había nadie! Estaba vacío. Y estoy «seguro» de que ninguna persona hubiese podido esconderse allí sin que yo la viera.

Hubo un silencio lleno de asombro.

—Pero Fatty —dijo Larry—. Debes haberte equivocado. Quiero decir… que si la vieja señora Fangio y el otro hombre estaban juntos en el carromato y sólo salió uno, el otro tuvo que quedarse allí. Es de sentido común.

—Ya «sé» —exclamó Pip—. Tú creíste ver sólo «una» persona que salía después de marcharse Josef y Lucita… pero probablemente fueron «dos» los que se fueron en la oscuridad, y muy de prisa por si alguien les veía.

Fatty vacilaba.

—Parece la única explicación —dijo—. Pero estoy bien seguro de que sólo tres personas abandonaron el carromato, y no obstante la cuarta desapareció también. Os aseguro que quedé muy intrigado.

—¿Qué hiciste luego? —quiso saber Bets.

—Pues alguien vio mi figura recortada contra la luz del carromato de los Fangio, me tomaron por un ladrón y me persiguieron. Yo naturalmente emprendí la huida, pero tropecé con algo, y caí al suelo… palabra que tengo un buen cardenal esta mañana. ¡Mirad!

Todos lanzaron exclamaciones ante el enorme cardenal que Fatty les mostraba con orgullo.

—Pero los hombres no te cogieron, ¿verdad? —preguntó Bets preocupada.

—No, pero estuvieron a punto —dijo Fatty—. «Buster» apareció en aquel momento… ¡y les asustó de tal manera que pude levantarme y salir corriendo! ¡Debierais haberlo oído gruñir! ¡Vaya perro fiero, parecía un alsaciano, un labrador y un scottie, todo en una pieza!

—Bien por «Buster» —dijo Bets acariciándole—. Qué suerte que se presentara allí. Supongo que debió seguirte.

—Sí. Eunice debió abrirle la puerta de mi habitación —replicó Fatty—. ¡Menos mal! ¡Si no ahora estaría languideciendo en una celda de la comisaría! Bueno… ¿qué sacáis de todo esto? ¿Alguien tiene ideas?

Nadie habló por espacio de un par de minutos. Estaban repasando la historia de Fatty mentalmente. ¡Desde luego era bastante curiosa!

—Yo sigo pensando que debieron salir «dos» personas juntas del carromato, después de irse Lucita y Josef —dijo Pip al fin—. Y creo que el segundo hombre… al que oíste pelearse con Josef… puede muy bien haber sido el hombre de la cicatriz.

—Yo también lo creo así —dijo Larry y los demás asintieron.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fatty, y antes de que ninguno pudiera contestar, «Buster» se puso a ladrar corriendo hacia la puerta.

—Fuera hay alguien —dijo Pip—. ¡Apuesto a que es Eunice!

Era Eunice… una Eunice muy contrariada.

—¿Por qué no me dijiste que ibais a reuniros en el cobertizo, Federico? —le preguntó—. ¿Por qué me dejas siempre de lado? ¿Es que no puedo compartir lo que estáis haciendo sólo por unos días? ¿Y por qué te fuiste anoche a correr sin mí? Ese horrible vagabundo volvió… y vino el señor Goon que estuvo muy grosero conmigo.

—Perdona, Eunice —respondió Fatty—. Bueno, únete a nosotros. ¡Toma una limonada y unas galletas!

Los otros se miraban entre sí. ¿Habría oído Eunice la historia de Fatty? Bueno, aunque así fuera no habría sacado gran cosa. Miraron a Fatty que le estaba sirviendo limonada con toda cortesía.

¿Qué haría a continuación? ¡El misterio estaba muy embrollado!

Capítulo XIX

Goon es un estorbo

Eunice comenzó a contarles a todos el susto que le diera la noche antes aquel vagabundo, describiendo la horrible cicatriz que aquel hombre tenía en el rostro. Ellos la escucharon cortésmente, disimulando su regocijo, ya que sabían que había sido Fatty disfrazado de nuevo. A mitad de la historia Jane fue a llamar a la puerta.

—Por favor, señorito Federico, el señor Goon, el policía desea verle —le anunció.

—¡Maldición! —exclamó Fatty poniéndose en pie—. Es por ese mendigo. Supongo que será mejor que vengas conmigo, Eunice. Al fin y al cabo «tú» lo viste, no yo.

—No permitas que el señor Goon sea grosero conmigo, Federico, ¿lo harás?

—Desde luego procuraré que te trate con todos los respetos —repuso Fatty con firmeza—. Pero tú debes mantenerte firme, Eunice, no permitas que crea que ese vagabundo es una invención tuya.

—Es una lástima que Jane no lo viera también —dijo la niña—. Mira, ahí está Goon.

Goon les esperaba en el camino que llevaba a la casa. No iba a permitir que Fatty se escabullera. Oh no… aquella mañana había recibido noticias importantes, que ligaban con el vagabundo de la cicatriz que aquella niña, Eunice, había asegurado haber visto la noche antes. Ahora ya no pensaba que el vagabundo fuese Fatty, pero tenía que asegurarse. En realidad su único deseo era cambiar unas palabras con Fatty, y le contrarió ver también a Eunice y los

otros.

—Er… ¿Puedo hablar contigo, señorito Federico? —le dijo—. ¿A solas?

—¿Sobre qué? —dijo Fatty—. Si es respecto al vagabundo de anoche debe preguntar a la señorita Eunice… ella le vio.

—Sí, desde luego que le vi —exclamó Eunice—. Y lo que es más, como ya le dije anoche, agente, Federico había salido a entrenarse por el campo. «Él» no puede decirle nada de ese vagabundo, porque no estaba aquí.

—Sí, sí, ya comprendo —dijo Goon—. ¿De manera que salió a entrenarse, señorito Federico? ¿No pasaste la velada en casa?

—Cielo santo, no, Goon —replicó Fatty fingiendo sorpresa—. Estaba a varios kilómetros de aquí.

—Ah… eso es una cosa de la que quería asegurarme —dijo Goon —. Verás… casi pensé que «tú» pudiste ser el vagabundo que la señorita Eunice dijo haber visto.

—¡«Vaya»! —exclamó Eunice, furiosa—. ¿Me cree usted tan tonta para no saber cuando un vagabundo es un vagabundo, o si es Federico Trotteville? Le digo que era un vagabundo, señor Goon. Un sujeto horrible muy parecido al que vi el domingo, pero con una cicatriz.

—Ah, eso es también lo que deseaba saber —dijo Goon sacando su librito de notas—. Dígame, ¿se fijó usted donde estaba exactamente, donde tenía la cicatriz; y en qué posición?

—¡Bueno, no cogí al vagabundo por la barbilla para mirarle la cicatriz, no cogí una regla para medírsela, si es eso a lo que se refiere! —dijo Eunice—. El susto fue demasiado grande para hacer otra cosa que «reparar» en ella.

—¡Ah, menos mal que notó que tenía una «cicatriz»! —dijo Goon—. Anoche me avisaron de otra parte de que un vagabundo estaba intentando robar… ¡y que «ese» vagabundo también tenía una cicatriz en el rostro! ¡Por eso puede comprender, señorita, por qué me alegro de que «su» vagabundo también la tuviera!

—¡No le llame «mi» vagabundo! —exclamó Eunice contrariada —. Bueno, imagínese que ese individuo se fuera a robar a otro sitio. Tiene que ser el vagabundo. Desde luego tenía una cicatriz en la cara.

Fatty se fue interesando. ¿Acaso este vagabundo de la cicatriz que habían denunciado por intento de robo, no era otro que el propio Fatty… denunciado por los dos hombres que le vieran abrir la puerta del carromato de los Fangio? ¿O sería un hombre completamente distinto, con otra cicatriz… posiblemente el prisionero evadido que buscaban?

—Goon —dijo Fatty—. ¿Dónde estuvo tratando de robar anoche ese individuo?

—No te importa —replicó Goon, irritado—. Pero por lo que he oído es el individuo que buscamos. La cicatriz lo demuestra. Anoche le hubieran cogido esos hombres que le denunciaron a no ser por un perro que salió de no sé dónde y les atacó.

«¡Ajá! —pensó Fatty—. Ése fue el bueno de "Buster". Así que "yo" era el "vagabundo" que denunciaron esos hombres. Goon no sigue la pista del verdadero evadido, menos mal. Pero está sobre la pista aunque no lo sabe… porque estoy bien seguro de que el verdadero fugitivo "está siendo" protegido por los Fangio, en el campamento de carromatos. Qué lástima que esos hombres me denunciaran… ¡ahora Goon estará dispuesto a registrar el campamento, y por ser policía, podrá hacerlo mucho mejor que yo!».

—¿Quiere hacerme más preguntas? —dijo Eunice cansada de ver cómo Goon escribía en su voluminoso librito de notas.

—No, gracias, señorita —dijo Goon—. Creo que me ha puesto sobre la verdadera pista. Eso me recuerda… ¿cómo es posible que mi bicicleta fuera sola anoche desde la puerta de la verja hasta la de la cocina, señorito Federico?

—Cuando tenga tiempo lo pensaré —dijo Fatty con el rostro inmutable—. ¿Usted no cree que fue a buscarle a la cocina?

—¡Bah! —exclamó Goon con disgusto—. ¡Eres tan agudo, que algún día tú mismo te cortarás!

—¿Qué supones que hará Goon ahora? —preguntó Pip.

—Me imagino que pedirá al Primer Inspector Jenks una orden de registro y un par de hombres, e irá a registrar el campamento de carromatos del campo de Baker —dijo Fatty con pesar—. Y como creo que ese hombre de la cicatriz «debe» estar en alguna parte, es muy probable que Goon le descubra. ¡Yo, «yo» le puse sobre la

verdadera pista por ser lo bastante tonto como para dejarme atrapar anoche por esos dos hombres!

—¿Qué «es» todo eso? —preguntó Eunice, intrigada.

—Oh, cielos… me olvidé de que estabas aquí, Eunice —dijo Fatty—. Bueno… supongo que «tendremos» que explicarte algo de lo que ocurre, o no dejarás de importunarnos.

—Desde luego que lo haré —replicó Eunice—. Debo decir que sois muy mezquinos al tener secretos conmigo, sobre todo cuando ese vagabundo que vi tiene algo que ver con esto. Si no me lo dices iré a preguntárselo a tu madre.

—Acusica —murmuró Pip recibiendo una mirada furiosa de Eunice.

—Federico —dijo ella—. Dímelo, por favor. Si puedo te ayudaré. Al parecer estáis llevando a cabo algún trabajo detectivesco… y yo sé mucho de eso también.

Fatty gimió.

—¿Hay algo que tú «no» sepas, Eunice? —le preguntó—. Ahora escucha: resumiendo, éste es el estado de cosas. En algún lugar de ese distrito hay un prisionero escapado de la cárcel con una cicatriz en el rostro. Ya le han visto. Nosotros le hemos estado buscando, pero hasta ahora no tuvimos suerte. Nos dijeron que lo buscásemos entre la multitud donde pasaría desapercibido… en la feria, por ejemplo… e incluso en las reuniones de los amantes de los escarabajos, puesto que se interesa por los insectos.

—¡Oh! ¡Puede que haya estado sentado a su lado! —dijo Eunice muy asustada—. ¿Cómo es? Me figuro que tiene una cicatriz en le rostro, naturalmente.

—Tiene los ojos penetrantes —dijo Pip—. La boca de labios finos…

—Y cabellos negros y espesos —intervino Larry—. Y es de estatura mediana.

—Y tiene las manos huesudas y encallecidas —agregó Daisy—. Y…

—Y pensamos que un agente llamado Fangio, que tiene un circo de pulgas, y también un tiro al blanco, tal vez le tenga escondido —dijo Fatty—. ¡Porque se comportaron de un modo extraño cuando mencionamos al hombre de la cicatriz! Incluso la mujer que hace la

limpieza en la exposición de escarabajos, que es también una Fangio, se llevó un buen susto cuando hablé del hombre de la cicatriz.

—Ya —repuso Eunice—. Sí, recuerdo a la vieja. ¿Dónde vive? ¿En la feria?

—No, los Fangio tienen un carromato en el campo de Baker —replicó Fatty—. ¡Y ahora tememos que Goon siga la misma pista que nosotros, aunque no por la misma razón, y tal vez registre el campamento y encuentre a «nuestro» hombre! ¡Qué hermosa pluma para su casco, si lo logra!

—No me gusta ese policía —dijo Eunice—. Estoy de vuestra parte. Me gustaría ayudaros, Federico. ¿Cuáles son tus planes?

—Bueno —dijo Fatty—, volvamos al cobertizo. Todavía no sé que los hayamos hecho.

De manera que Eunice fue con todos al cobertizo decidida a demostrarles que era tan buen detective como cualquiera de ellos.

Resultó difícil trazar un buen plan, pero por fin decidieron que si Goon conseguía una orden para registrar el campamento, ellos tendrían que estar allí también. ¡Por lo menos tenían que presenciar el final, aunque Goon se llevase la victoria!

—¿Qué hora es? —preguntó Fatty—. ¡Cielos, casi se ha ido la mañana! Escuchad… Goon no puede conseguir una orden de registro antes de esta tarde. Uno de nosotros ha de estar en el campo de Baker todo el tiempo, digamos de las dos en adelante, para que pueda avisar al resto si llega Goon con otros policías.

—Sí. Es una buena idea —dijo Pip—. Podemos montar guardia de dos en dos, para que haya siempre uno que pueda ir a avisar a los otros. Yo iré con Bets. Fingiremos ir de merienda, o cualquier cosa.

—Y yo iré con Larry —dijo Daisy.

—Y yo contigo, Federico —exclamó Eunice.

—Tú no puedes —dijo Fatty—. Tienes que ir a la conferencia sobre escarabajos. Y si vas, vigila a esa mujer de la limpieza… la señora Fangio, ¿quieres?

—«Ojalá» no tuviera que ir esta tarde a la reunión —se lamentó Eunice—. Preferiría ir con vosotros. ¿A quién enviarás a avisar a los otros si ocurriera algo mientras tú vigilas, Federico?

—A «Buster» —replicó Fatty—. Puedo atarle una nota al collar y decirle «Ve con Larry», y saldrá disparado como una flecha. Y Larry puede telefonear a Pip.

—Oh si, supongo que «podrás» hacerlo —dijo Eunice—. Bueno, procuraré unirme a vosotros después de merendar, Federico, así no estarás solo. Escuchad, esto es muy emocionante, ¿no?

—«Yo» no lo creo —dijo el pobre Fatty—. Es bastante malo llegar a un punto muerto cuando se tienen pistas interesantes… ¡pero es peor que alguien como Goon se nos adelante, y gane por casualidad, por así decir!

—Bets y yo estaremos allí a las dos —dijo Pip—. Larry, tú ven a relevarnos a las cuatro y te traes la merienda. Luego Fatty puede montar su turno de guardia con Eunice después de merendar.

—De acuerdo. Nos veremos más tarde —dijo Fatty dando por terminada la reunión. Viendo como todos abandonaban el cobertizo pensó: «Se acabó la diversión. ¡Goon es ahora quien lleva las riendas aunque no lo sabe!».

Capítulo XX

Vigilando y aguardando

Aquella tarde Eunice fue con su padre a la Conferencia sobre Escarabajos. El señor Tañido quedó muy desilusionado al ver que no quería acompañarles, pero Fatty se mantuvo firme.

—Tengo que hacer varios recados para mi madre —dijo. Le era imposible soportar más charlas sobre escarabajos. El señor Tañido estuvo hablando durante toda la comida de las extraordinarias costumbres de la familia de Escarabajos Engullidores de Ruahua en Nueva Zelanda. Sólo se calló cuando Fatty se puso a hacer ruidos extraños al tragar, cosa que alarmó a su madre.

—Federico… ¿te has atragantado? —le preguntó, inquieta.

—No, mamá, no… es que escuchando todo eso de los Escarabajos Engullidores —dijo Fatty con desmayo—, no puedo por menos de «engullir» también.

Eunice saltó la carcajada, pero el señor Tañido no le vio la gracia, y Fatty, al ver la mirada severa de su madre, dejó de hacer ruidos. Estaba muy, muy contento de que al fin el señor Tañido, completo con su paraguas y guantes, se fuera al Ayuntamiento acompañado de Eunice.

—¡Yo vigilaré a esa mujer! —siseó Eunice a Fatty cuando se marchaba, haciendo que su padre la mirara con sorpresa.

¿Qué mujer? ¿Y por qué Eunice «estaba» tan excitada?

¡La verdad era que se iba volviendo tan mala como aquel niño, Federico!

Pip y Bets fueron al campo de Baker poco antes de los dos. Decidieron llevarse sus libros de flores silvestres, y buscar algunas. Luego, cuando tuvieran un ramillete, tal vez pudieran sentarse cerca

del carromato de los Fangio y estar alerta por si Goon llegaba.

Nadie les molestó ni ocurrió nada de interés. Permanecieron allí sentados, no lejos del carromato de Fangio, fingiendo mirar sus libros de flores. El carromato estaba cerrado, y al parecer en su interior no había nadie.

—Supongo que esa chica Lucita, habrá ido a la feria para exhibir sus pulgas amaestradas —dijo Pip—. Y ese joven… ¿cómo se llama?, Josef… a cuidar del tiro al blanco.

—Y la vieja mamá Fangio estará quitando el polvo en la Exposición de Escarabajos —dijo Bets—. Ésta sería una buena ocasión para Goon si ha de registrar su carromato. ¡Quisiera saber si habrá alguien escondido allí!

—De ser que sí, están muy quietecitos —dijo Pip.

A las cuatro Larry y Daisy fueron a hacer su turno de guardia y Pip y Bets se marcharon. Nada ocurrió tampoco, charlaron con un niño pequeño que se acercó a ellos, y leyeron sus libros. No perdieron de vista el carromato, pero no salió ni entró nadie en él. Goon tampoco apareció. En conjunto resultaba bastante aburrido, y se alegraron al ver a Fatty con Eunice.

—Nada —dijo Larry—. Y Pip tampoco tenía ninguna noticia. ¿Cuánto tiempo piensas pasarte aquí, Fatty? ¿Cuándo crees que vendrá Goon, si es que viene?

—No lo sé, pero creo que si a las siete no ha venido, telefonearé al inspector Jenks para saber si Goon «está» tratando de conseguir una orden de registro —dijo Fatty—. El saberlo sería una ayuda.

—Bien —replicó Larry—. Y buena suerte. Telefonéame si quieres que venga a vigilar después de cenar.

—Gracias —dijo Fatty.

—¿Verdad que es «divertido»? —exclamó Eunice sentándose en la hierba junto a Fatty. Pero nuestro héroe estaba de mal humor y no le contestó. El carromato de los Fangio continuaba cerrado, silencioso y al parecer vacío. Fatty comenzó a preguntarse si sus razonamientos serían equivocados. ¿Estaría en lo cierto al pensar que al hombre de la cicatriz le habían escondido los Fangio?

—Al fin y al cabo, la única pista «auténtica» que tenemos es el parecido de Lucita y Josef con la fotografía del hombre de la cicatriz —pensó Fatty—, y Lucita pareció sorprenderse y enojarse al

oír mencionar al hombre de la cicatriz… y su madre lo mismo. Pero ésa es la única razón por la que creo que puedan estar ocultando a ese hombre. Y la verdad me parece un razonamiento poco sólido.

Eunice pronto comenzó a aburrirse.

—Iré a dar una vuelta por el campamento —dijo levantándose —. Me aburro aquí sentada.

—No, no te vayas —replicó Fatty—. Sólo conseguirás llamar la atención. Vuélvete a sentar, y cuéntame algo de la reunión de esta tarde.

—No hay nada que contar —dijo Eunice bastante enojada—. Vi a la mujer de la limpieza, y la estuve vigilando.

—¿Pero cómo «iba» a hacer nada sospechoso? No seas tonta —exclamó Fatty.

—Bueno, quién sabe. Tú me dijiste que la vigilase —repuso Eunice—. Y eso hice. Ella también me miró… en realidad fue una mirada retadora. Esa mujer no me gusta.

—¡Pues, mira, aquí viene! —exclamó Fatty de pronto—. ¡No la mires, que puede reconocerte, Eunice! ¡«No» la mires!

Pero Eunice miró a la señora Fangio que venía por el campo con su chal cubriéndose sus sucios cabellos grises y su cara arrugada y tan morena como la de una mora. Al llegar cerca del carromato vio a Eunice.

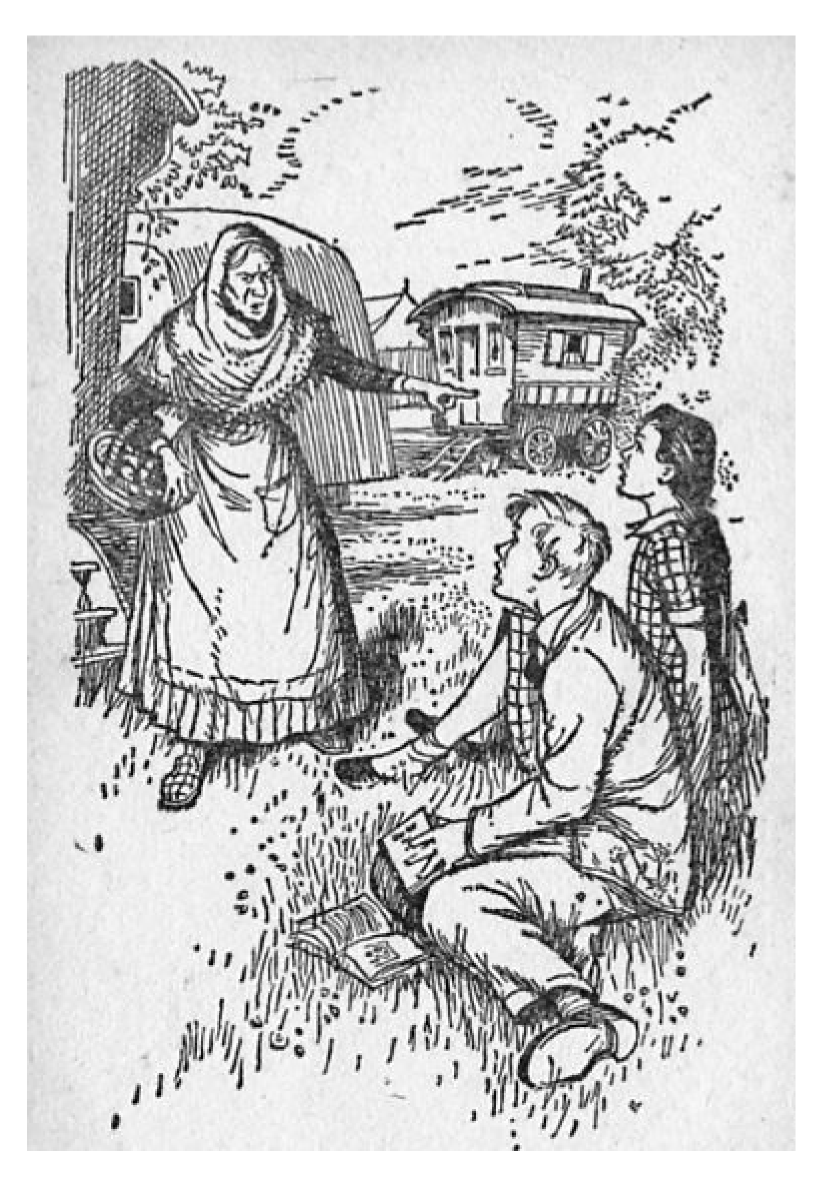
—¡Oh! ¡De manera que estás aquí! —le dijo—. ¿Por qué me has estado mirando toda la tarde? ¡«Ya» te vi, niña mal educada!

—No me hable así —replicó Eunice con aire pretencioso.

—Te hablaré como me plazca —dijo la señora Fangio que al parecer estaba de mal humor—. Y marchaos de aquí ¿oyes? Éste es un campamento de carromatos, y no tienes nada que hacer aquí, ni tú tampoco, niño. Podéis largaros los dos.

—Bueno, pues no nos iremos —contestó Eunice—. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—¡Ya te enseñaré yo! —dijo la señora Fangio acercándose rápidamente a donde estaba Eunice sentada. Fatty se puso en pie de un salto temiendo que la vieja fuera a pegar a Eunice. Él detuvo su brazo cuando lo levantó.



—¡Vamos! —le dijo—. No hay necesidad de… —Pero no terminó lo que iba a decir porque la vieja enfurecida le propinó tal golpe que le hizo caer de espaldas encima de Eunice. La señora Fangio lanzó una risa extraña y ronca, y subió los escalones del carromato, abriéndolo con su llave.

—¡Oh, Federico… me has dejado sin respiración! —exclamó Eunice—. ¡Levántate! ¿Qué estás haciendo?

Fatty se apartó de la niña muy asombrado. Qué suerte que hubiera recibido el golpe él y no Eunice. Se acarició la barbilla. ¡Qué vieja más iracunda! Fatty oyó risas y vio a dos o tres niños que le señalaban.

—Voy a volver a casa —anunció Eunice.

—¡Plaf! —agregó una niñita.

—Vamos, Eunice. Vámonos de aquí —dijo Fatty sintiéndose humillado. La vieja le había cogido por sorpresa. ¡Pensar que había sido derribado de aquella manera! Fatty esperaba que Eunice no lo contara.

—Voy a volver a casa —anunció Eunice—. Ya tengo bastante. ¡Esa mujer horrible! Puede que nos envíe a su hija y a su hijo cuando vuelvan. Qué idea más tonta la tuya, Federico.

—Está bien. Vámonos —dijo Fatty.

Pasaron por delante de los niños que estallaron en risotadas. Eunice estaba deseando pegarles, pero Fatty no le dejó.

—Ahora cállate un poco —le dijo—. Si no hubieras mirado a esa mujer como te dije, esto no hubiera podido ocurrirte.

—Me hiciste daño al caerte encima de mí —se lamentó Eunice —. ¿Quieres decir que te caíste encima de mí porque esa estúpida mujer te pegó? ¡Vaya!

—Me dio un golpe acertado que yo no esperaba —dijo Fatty—. Ahora cállate, Eunice. Quiero pensar.

Tan pronto regresaron, Fatty telefoneó al Primer Inspector.

—Aquí Federico Trotteville, inspector Er… quisiera saber si el señor Goon se ha puesto en contacto con usted recientemente respecto al caso del prisionero evadido. Han ocurrido varias cosas y…

—Sí, lo sé. Y Goon me ha pedido una orden para registrar el campamento de carromatos. ¿Tienes alguna noticia fresca acerca del caso, Federico?

—Pues no, inspector —dijo el pobre Fatty—. Quiero decir… Tengo pistas que no parecen conducir a ninguna parte. No puedo por menos que reconocer que lo único que puede hacerse «es» registrar el campamento.

—Bien —dijo la voz del inspector al otro lado del hilo—. Lo siento, Federico, si es que esperabas resolver el caso. Pero ya sabes

que siempre no se puede tener éxito en estas empresas. Adiós.

Pobre Fatty. Mientras cenaba aquella noche sentíase profundamente deprimido, y nadie consiguió hacerle pronunciar palabra. Eunice se ofreció después para jugar con él al ajedrez.

—No, gracias —dijo Fatty convencido de que aquella noche le iba a ganar—. Pienso acostarme temprano.

—¡Cielos santo! —exclamó Eunice sorprendida—. A propósito, ¿cómo está tu barbilla? —Y lanzó una risita significativa.

—¡Bueno, si de verdad quieres saberlo me duele bastante! —replicó Fatty en tono fiero—. Está azul y morada. Y deja esa risita estúpida.

—Qué alboroto armas total porque te ha pegado una pobre vieja —repuso Eunice burlona—. ¡Anímate! ¿«De verdad» piensas irte a la cama, Federico? ¿No irás a escaparte otra vez para hacer algo emocionante?

—¡Cómo si iba a decírtelo! —exclamó Fatty subiendo la escalera con «Buster», mientras Eunice se preguntaba si su intención era escabullirse otra vez. Bueno… le vigilaría y de ser así, a seguirle. Le estaría bien empleado por ser grosero.

Fatty pensaba salir. Había olvidado su régimen aquel día, y comido demasiado. Decidió ponerse otra vez sus calzones cortos para ir al campamento de carromatos a echar un último vistazo.

«Es mi última oportunidad —pensó—. Goon estará allí mañana con su orden de registro… y si hay algo que encontrar, lo encontrará. ¡Maldición, maldición, maldición!

Capítulo XXI

Fatty en apuros

A eso de las nueve y media, Fatty bajaba silenciosamente la escalera vistiendo sus calzones cortos y camiseta. Al salir por la puerta lateral pensó que nadie le había oído.

¡Pero Eunice que estaba al acecho no sólo le oyó sino que además le vio! Ella se hallaba en su habitación, con la puerta entreabierta, y le vio pasar. Se había puesto una falda corta y un jersey, además de sus zapatillas de suela de goma, dispuesta para correr también. El corazón le latía de prisa. ¿Y si Fatty se enfadaba?…, pero iba a demostrarle que ella también sabía correr… ¡y que era capaz de ganarle!

Salió por la puerta lateral como una sombra, y oyó abrir la cerca. Fue corriendo hasta allí para salir a la carretera. Sí, allá iba Federico corriendo de prisa. ¡Y allá fue Eunice también!

Pronto comprendió que se dirigía al campamento de carromatos, de manera que le fue fácil seguirle sin acercarse demasiado. Un poco más tarde ambos se encontraban en el gran campo donde los silenciosos carromatos se alzaban por todas partes.

Algunos tenían luces encendidas. Otros no. Fatty dirigióse al de los Fangio, cuyo interior estaba iluminado. Eunice le fue siguiendo como una sombra. Fatty desapareció debajo del carromato, y Eunice se dispuso a esperar al amparo de un árbol. ¿Qué iba a hacer Fatty?

De pronto abrióse la puerta del carromato y algo salió disparado cayendo cerca de Eunice quien pegó un salto al sentir algo suave y cálido que rozaba sus piernas desnudas. ¡Era un gato!

—¡Bicho asqueroso! —gritó una voz procedente del carromato —. ¡Quédate ahí fuera! —Y la puerta se cerró de golpe. El gato

maullaba de un modo que movía a compasión, y Eunice se agachó para acariciarlo. Luego ocurrió algo más. La puerta del carromato volvió a abrirse y alguien bajó los escalones.

—¡Minnie, Minnie, Minnie! —dijo una voz—. ¡Pobre Minnie! ¿Dónde estás? ¿Te han pegado y te han echado fuera los muy bestias? ¡Minnie, Minnie!

El gato abandonó a Eunice para acudir a la llamada. Eunice se quedó inmóvil. ¿Habría oído Fatty todo aquello? Esperaba que tuviese cuidado, escondido debajo del carromato. ¡Si aquélla era la vieja no le gustaría nada encontrarles a Fatty o a ella por allí!

Fatty seguía debajo del carromato. ¡También él había oído lo ocurrido, y permaneció completamente inmóvil sin atreverse casi a respirar ya que por ningún concepto quería que los Fangio supieran que estaba allí! Había oído que alguien bajaba los escalones gritando: ¡Minnie, Minnie, Minnie!

«La vieja va otra vez detrás del gato», pensó, y luego alarmado sintió que el gato se acurrucaba contra él. ¡No debió hacerlo nunca! Si maullaba era seguro que la vieja se metería debajo del carro para buscarle.

—Minnie, Minnie… oh, ya te has metido otra vez debajo del carromato —dijo la voz—. ¡Eh, misus, ven aquí!

Y entonces, ante el horror de Fatty, la señora Fangio también se metió debajo del carromato. Él trató de retroceder para alejarse pero ella le oyó, y en un abrir y cerrar de ojos su mano fuerte le sujetó por un brazo.

—¿Quién es? ¿Quién es? —gritaba—. ¡Josef! ¡Lucita! ¡Venid aquí!

Antes de que pudieran acudir, la vieja había arrastrado a Fatty fuera del carromato, dándole tal golpe en una oreja que le tumbó de costado. No pudo devolver el golpe, ni siquiera debatirse con demasiada fuerza, porque Fatty era incapaz de pegar a una mujer.

¡Y en seguida Josef se abalanzó sobre él y Lucita le iluminó con una linterna! El gato desapareció lanzando un maullido de terror.

—¡Es ese niño… el que estuvo aquí antes! —siseó la señora Fangio, sin duda temiendo llamar la atención de los carromatos cercanos—. ¿Por qué nos espiará? Josef… llévale a ese viejo carromato y enciérrale allí. Amordázale primero. Toma, aquí tienes

mi chal.

El chal fue enrollado fuertemente sobre el rostro del pobre Fatty, y alguien le ató las manos a la espalda. Debatiéndose y pataleando, fue arrastrado hasta el viejo carromato que viera la noche anterior y que olía a humedad. Le arrojaron dentro, y luego cerraron la puerta con llave.

Fatty estaba furioso. ¡Pensar que le habían cazado con tanta facilidad! Pero qué fuerte y fiera era aquella vieja… Tenía la oreja hirviendo, debido al golpe que le propinara. ¡Qué mujer más horrible! ¡Y sin embargo qué amable había sido con el gato!

Fatty permaneció turbado en el apestado carromato tratando de recobrar el aliento. ¡Aquel olor casi le mareaba! Pensó rápidamente. ¿Qué podía hacer? Gritar no, porque estaba amordazado. Abrir la puerta tampoco porque tenía los brazos atados a la espalda. ¿Tal vez si probase de golpear la puerta con los pies para atraer la atención? No, se atraería a la gente de otros carromatos, y podría pasarlo muy mal… ¡especialmente si los Fangio acudían también!

Y entonces, mientras permanecía allí echado, oyó una voz procedente del exterior.

—Federico, ¿estás bien?

¡Gracias a Dios, era Eunice! Fatty apenas podía dar crédito a sus oídos. ¡Eunice! Debía haberle seguido hasta el campo. Bueno… gracias a Dios que lo había hecho. Tal vez pudiera sacarle de aquel apuro.

Golpeó el suelo de madera con los talones para que supiera que estaba vivito y coleando. Oyó sus intentos de abrir la puerta, pero estaba cerrada y se llevaron la llave.

Luego pudo oírla subir a una rueda para mirar por la ventana, que estaba cerrada, y que era demasiado pequeña para entrar por allí y ayudarle.

—Federico, soy yo, Eunice —le dijo.

Fatty no pudo responder nada porque tenía el chal atado alrededor de su cabeza, pero volvió a golpear el suelo con fuerza. Eunice encendió su linterna y quedóse sin respiración al ver al pobre Fatty en el suelo amordazado y maniatado.



—¡Escucha, Federico! —le dijo—. Voy a decirte lo que creo que es mejor hacer. Golpea dos o tres veces con los pies si estás de acuerdo, pero sólo una vez si no lo estás.

Fatty la oyó y golpeó el suelo agradecido. ¡Bien por Eunice! ¿Tendría un plan sensato?

—No puedo abrir la puerta ni entrar por la ventana —le dijo—.

Y tengo miedo de llamar la atención de la gente de los carromatos por si acaso los Fangio intervienen y me cogen a mí también. De manera que voy a ir directa a tu casa para pedir ayuda. ¿Te parece bien?

Fatty golpeó el suelo vigorosamente con sus pies. ¡Sí, era estupendo! Gracias a Dios que no se le había ocurrido avisar a Goon.

—Le diré a tu padre lo que ha ocurrido y dejaré que él haga lo que crea más conveniente —dijo Eunice—. Bueno, ahora me voy, Federico, aunque lamento tenerte que dejar así. Correré todo el camino. No tardaré en traerte ayuda.

Fatty volvió a golpear el suelo varias veces, con los talones. ¡Qué suerte que Eunice le siguiera! La oyó saltar de la rueda y luego se puso a pensar en todo aquel misterio. Aquellos Fangio… ¿dónde escondían a aquel hombre… el segundo hombre cuya voz había oído durante la discusión en el carromato? ¿Tendría un doble fondo el carromato? No se le había ocurrido hasta ahora.

—Bueno, si lo hay, mañana por la mañana se sabrá —se dijo—. ¡Pensar que por fin el viejo Goon habrá resuelto un misterio antes que yo!

Se preguntaba dónde estaría ya Eunice. Si iba corriendo no iba a tardar en llegar a su casa y dar la alarma. Probablemente su padre telefonearía al inspector. ¡Bueno, «aquello» no iba a gustarle mucho!

Eunice salió corriendo por el campo hasta la puerta de la cerca, procurando no ser vista. Era una noche oscura y se estaba levantando niebla procedente del río. Eunice corrió por la carretera, y al llegar a un recodo se detuvo. Miró a través de la niebla que le ocultaba los signos familiares.

«¡Maldición! Esta niebla va a complicar las cosas —pensó Eunice —. Bueno, me parece que debo torcer aquí».

¡Y tomó el camino equivocado! Corrió y corrió esperando un recodo que nunca llegaba. Por fin se detuvo mirando temerosa a su alrededor. ¿Dónde diantres estaba?

—¡«No me digas» que me he perdido! —gimió—. Será mejor que vaya a preguntar a alguna casa. ¡Maldita niebla!

¡Pero no se veía ninguna casa! Eunice había tomado el camino

del río, y allí no había más que campos. Se hallaba en el campo que bordeaba el río… y al detenerse oyó correr el agua.

Abandonando el camino dio unos pasos hacia un lado y se detuvo conteniendo el aliento. ¡Sí… allí frente estaba el río!

—¡Bueno, ahora estoy «completamente» perdida! —exclamó la pobre Eunice—. Ni siquiera sé si avanzar o retroceder, o ir hacia la derecha o la izquierda. ¡Desde luego que hacia la izquierda no puedo ir o me caería al agua! ¡Ojalá se aclarase esta niebla!

Trató de andar hacia la derecha, pero luego desistió, volviendo al camino. A la derecha no había más que un campo de hierba húmeda.

—Será mejor que siga el camino —decidió Eunice—. ¡Así es probable que encuentre a alguien!

De manera que siguió adelante iluminando el suelo con su linterna, pero se encontraba en el largo camino que seguía el río hasta Marlow, y tuvo la impresión que aquel camino seguía perdiéndose en la niebla para siempre jamás. Eunice estuvo a punto de llorar.

«¡Precisamente cuando tengo que conseguir ayuda pronto!» —pensó mientras seguía caminando. Entonces se dio cuenta de que se le acababa la pila de su linterna. La luz era cada vez más débil. Y entonces se asustó mucho. Si se le apagaba del todo podría caerse al río con facilidad.

De pronto lanzó una exclamación.

—¿Qué es esto? ¡Una casilla donde guardan los botes! ¡Si pudiera refugiarme allí y aguardar a que amanezca! No me atrevo a continuar sin linterna.

Le fue fácil llegar hasta la desmantelada casilla. Dentro había un bote, y Eunice, agradecida, se acomodó en él lo mejor que pudo con unos sacos y una lona viejísima.

«Ahora debo esperar a que amanezca —pensó—. ¡No puedo hacer nada más! Oh, ¿“por qué” habré perdido el camino cuando era tan importante que consiguiera ayuda rápidamente?».

Estaba segura de no poder dormir, pero a los cinco minutos estaba profundamente dormida y soñando. Cuando despertó, la luz del día entraba por el sucio ventanuco de la casilla. ¡Eunice no sabía dónde estaba!

Luego fue recordando y pegó un brinco. Tenía frío y agujetas.

—Oh, Dios mío, ¿cómo he podido dormirme así? ¿Qué hora es? ¡Cielos, son más de las siete y media! Pobre, pobre Fatty, ¿qué debe estar pensando?

Al salir de la casilla vio un sendero que atravesaba el campo cercano.

«Ése es el camino que debo tomar», pensó agradecida, y allá se fue. Pronto se halló en las afueras de Peterswood.

Tomó una carretera que recordaba haber visto antes. Un poco más arriba vio un niño y una niña que se columpiaban en una cerca, en espera del cartero.

—¡Vaya, si es Pip! —exclamó Eunice, contenta—. ¡Y Bets! Será mejor que les diga lo que ha ocurrido.

Pip se sorprendió mucho al ver a una Eunice sucia y cansada que se acercaba a la casa.

—¡Cuánto «has» madrugado! —comenzó a decir, pero ella le interrumpió.

—¡Pip, escucha, Fatty está en un apuro! Está encerrado en un carromato del campo de Baker, atado y amordazado. Anoche fui en busca de ayuda, pero me perdí en la niebla. Ahora iba a mi casa.

—¡Cielo santo! —exclamó Pip sobresaltado—. Iré a telefonear a Larry e iremos al campo en seguida. Será mejor que vayas a casa de Fatty a dar la noticia. ¿Qué ha ocurrido? ¡Cuéntamelo, de prisa!

Eunice les contó todo en pocas palabras y luego volvió a marcharse sintiéndose muy desgraciada, mientras Pip y Bets corrían a telefonear a Larry. ¡Qué cosas le ocurrían al pobre Fatty!

Capítulo XXII

El hombre de la cicatriz

Larry quedó muy sorprendido ante la noticia de Pip y muy preocupado.

—No veo que podamos hacer otra cosa que ir a ver al viejo Goon para pedirle que venga con nosotros y libere a Fatty —dijo con pesar—. Es desesperante porque gozará de lo lindo.

—Sí, y esta mañana va a registrar el campamento para buscar al hombre de la cicatriz —dijo Pip—. Y gozará todavía más cuando lo encuentre… ¡probablemente delante de nosotros! Bueno, ve por tu bicicleta, Larry, y reúnete conmigo en casa de Goon lo más de prisa que puedas.

A los cuatro minutos los dos niños estaban en casa de Goon llamando a la puerta. La mujer que le hacía la limpieza, señora Biggs, la abrió sorprendiéndose de verlos allí tan temprano.

—No podéis ver al señor Goon —les dijo—. Ha ido al campamento de carromatos con otros dos agentes para hacer un registro o algo por el estilo. Es todo lo que sé. Si queréis verle, tendréis que ir allí.

—Oh, gracias —exclamó Larry, decepcionado, y ya iba a volverse para marcharse, cuando se le ocurrió una idea—. Creo que voy a telefonear al inspector Jenks, Pip —dijo—. Ya sabes, Goon es bastante rencoroso para dejar a Fatty años enteros en ese carromato, y si no está la llave, no podemos entrar y sacarle.

La mujer les acompañó al teléfono, aunque no de muy buen grado, y se estuvo allí todo el tiempo. Larry no pudo hablar personalmente con el inspector, que no estaba, pero le dejó un mensaje urgente. Luego se fueron al campo de Baker en sus

bicicletas, donde encontraron aguardándoles a Daisy y Bets.

—Goon está aquí, si quieres hablar con él —le dijo Daisy, nerviosa—. ¿Cuál es el carromato donde está Fatty, Larry?

—No tengo la menor idea —replicó el niño contemplando la multitud de carromatos esparcidos por el campo—. Vamos, Pip… iremos a decirle a Goon lo de Fatty, y haremos que les pida la llave a los Fangio.

La gente de los carromatos estaban presas de indignación y curiosidad. Goon, con su aire más pomposo, ordenaba a todos que retrocedieran o avanzaran, o que permaneciesen aquí o allí. Él y los dos agentes que le acompañaban habían entrado ya en dos o tres carromatos registrándolos a conciencia.

Larry acercóse a Goon.

—Señor Goon —le dijo—, necesitamos su ayuda, por favor. Fatty está encerrado en uno de esos carromatos… no sabemos cuál… y lo que queremos es que usted le saque de allí.

Goon estaba asombrado. ¿Qué? ¿Aquel niño gordo encerrado en uno de los carromatos? ¿Por qué? ¿Quién le encerró? Iba a hacer a Larry unas cuantas preguntas, pero lo pensó mejor. No. Que aquel niño impertinente permaneciera encerrado lo más posible… hasta que él, Goon, hubiera encontrado al hombre de la cicatriz, y «entonces» le dejaría salir para que contemplase su triunfo. ¡Ajá! ¡Ésta sería la primera vez que Goon vencía a Fatty!

—No puedo abandonar mi obligación —dijo a Larry con aire de superioridad—. Me ocuparé de ese amigo tuyo cuando haya terminado lo que estoy haciendo. ¡Y ahora lárgate!

Larry estaba muy enfadado.

—Vamos, Pip —le dijo—. Vamos a ver cuál es el carromato de Fatty por si podemos soltarle.

Se reunieron con Daisy y Bets y fueron inspeccionando los carromatos. Como prácticamente toda la gente había salido de los carros para contemplar a Goon y sus hombres, fue fácil descubrir los dos o tres carromatos en los que Fatty podía estar encerrado, porque tenían las puertas cerradas.

—Éste es —exclamó Pip de pie sobre la rueda de uno y mirando por una ventana muy pequeña y rota—. Puedo ver a Fatty tendido en el suelo, amordazado y con las manos atadas a la espalda. ¡Fatty!

¡Pobrecillo Fatty! No tardaremos mucho en ponerte en libertad.

Los cuatro niños miraron la puerta, que era vieja y frágil, y se convencieron de que podrían echarla abajo.

—¡Vamos, todos a una! —exclamó Larry.

¡Crac! La puerta desprendióse de sus goznes sin apenas el menor esfuerzo. Larry pasó por encima de ella para quitar el chal que amordazaba a Fatty y las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Fatty se incorporó con aspecto fatigado, meneando los brazos para desentumecerlos.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo, y los niños le explicaron cómo Eunice perdió el camino en la niebla, y cómo encontró a Pip cuando por fin pudo regresar por la mañana.

—Y ese condenado Goon tiene una orden de registro y ahora está inspeccionando todos los carromatos —concluyó Pip.

Fatty lanzó un gemido.

—Es un condenado asunto, ¿verdad? —dijo—. Si el hombre de la cicatriz está en el campamento, es seguro que Goon lo encontrará… ¡y «cómo» va a pavonearse ante nosotros!

—¿Quieres esperarte para ver quién es? —le preguntó Larry.

En aquel momento Bets oyó voces excitadas procedentes del otro lodo del campo y miró para ver cuál era la causa.

—«¡Vaya!» —exclamó—. Creo que llega el inspector Jenks… con dos de sus hombres.

—¿Para qué vendrá? —dijo Fatty con disgusto—. ¡Ahora verá a Goon triunfante y a nosotros humillados! ¿Qué le habrá hecho venir?

—Pues… yo le telefoneé —replicó Larry muy abatido.

—Bueno, eres un tonto —le dijo Fatty—. ¡Es la última persona que deseaba ver! Creo que me escabulliré sin hablarle. Me encuentro bastante mal y estoy sucio.

—Oh, Fatty, no pongas esa cara tan triste —le dijo Bets—. ¡Por favor, esto no es propio de ti!

—¡Bien, ya no lo estoy! —exclamó Fatty con una sonrisa cansada—. Vamos. Salgamos de aquí.

Todos bajaron los escalones del carromato. Fatty sentía todos sus miembros entumecidos.

—Mirad, Goon va a entrar en el carromato de los Fangio —

exclamó Daisy, excitada—. Oh, Fatty… ¿tú crees que encontrarán a alguien ahí, escondido dentro de un colchón enrollado, o algo así?

Josef, Lucita y la vieja señora Fangio habían tenido que abandonar el carromato mientras era registrado. Josef bajó los escalones con gesto ceñudo, Lucita parecía asustada y la señora Fangio, abrazando el gato, dijo algo grosero con su cascada voz.

En aquel preciso momento llegó el primer inspector Jenks al carromato de los Fangio. Goon sorprendióse mucho al verle, y deseó de pronto haber ido a rescatar a Fatty de su encierro.

—Ningún resultado todavía, inspector —le dijo Goon saludándole—. Claro que el hombre de la cicatriz que denunciaron haber visto anoche en este campo puede haberse marchado. —Y dicho esto, con un gesto de su mano ordenó a sus dos ayudantes que registraran el carromato de los Fangio.

—¿Qué significa esto? —dijo la vieja señora Fangio, indignada —. ¡Nosotros no hemos hecho nada!

Fatty les observaba con el ceño fruncido. Recordaba la discusión que oyeron en el carromato… allí «había» dos hombres, de eso estaba seguro… y desde luego que Lucita y la señora Fangio estuvieron también. Y sin embargo, cuando tres personas abandonaron el carromato, éste quedó vacío. ¡Al parecer la cuarta persona se desvaneció en el aire! ¿Encontrarían su escondite los dos agentes? Mientras observaba, los dos hombres salieron del carro meneando la cabeza.

—Nada —dijeron.

—Bien —dijo Goon volviéndose hacia los Fangio—. Pueden volver a entrar. —Y los tres subieron los escalones refunfuñando entre ellos.

¡Fue en aquel momento cuando algo explotó en la mente de Fatty, y todo el misterio quedó tan claro como el cristal! ¿El hombre de la cicatriz? ¡Sí, claro que Fatty sabía quién era! ¿Cómo pudo estar tan ciego?

Lanzó una especie de grito que hizo que Goon y el primer inspector se volvieran sorprendidos.

—Vaya… estás aquí, Federico —comenzó el inspector—. ¿Cómo te las has arre…?

Se interrumpió porque Fatty le presionaba el brazo con fuerza.

—¡Inspector! Puedo mostrarle al prisionero evadido… ¡el hombre que busca, el hombre de la cicatriz! —le dijo casi a gritos.

—¿Qué es esto? —dijo el inspector, asombrado—. ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—¡Yo se lo enseñaré! —gritó Fatty, y apartando a Goon de un empujón corrió hasta los escalones del carromato. Josef y Lucita habían entrado ya, pero la vieja estaba aún fuera, y con el gato entre los brazos contemplaba a la multitud con una sonrisa burlona y cínica en su rostro arrugado.



Fatty la cogió del brazo, sujetándola con fuerza, para luego arrancarle el chal con que se cubría la cabeza. ¡Después tiró de los sucios cabellos blancos y debajo aparecieron otros oscuros y poblados!

—¡Una peluca! —gritó Fatty—. ¡Y lávenle la cara y quítenle sus arrugas pintadas… y encontrarán la cicatriz! —De pronto frotó el

labio superior de aquel rostro arrugado con el chal antes de que la vieja pudiera resistirse, y lanzando un grito de triunfo exclamó—. Vean… la cicatriz está aquí. Éste es su hombre, inspector, aquí está…

Pero aquel hombre estupefacto y furioso se desasió de Fatty, y de un golpe le hizo rodar los escalones, corriendo derecho hacia la multitud levantándose las faldas. ¡La vieja se había convertido en un hombre fiero y fuerte!

Pero uno de los hombres del inspector le alcanzó con facilidad, y poniéndole las esposas le llevó hasta el automóvil negro.

Todo el mundo quedó tan asombrado ante la rápida actuación de Fatty que al principio guardaron silencio, ¡pero luego, qué escándalo! Bets estaba realmente asustada y temblorosa.

—Vamos, pequeña Bets —le dijo el inspector sentándola encima de sus hombros—. Éste no es lugar para ti. Goon, usted y sus hombres dispersen a la multitud, por favor. Luego podrá venir a informarme. Tráigame a los dos Fangio para interrogarles.

Lucita comenzó a sollozar.

—¡Nosotros no tenemos nada que ver con él! Nos «obligó» a ayudarle. Es primo nuestro y le debemos dinero. Nosotros no queríamos ayudarle, ¿verdad, Josef?

—¡Es un mal elemento! —gritó Josef—. Siempre lo ha sido. ¡Déjenos ir, nosotros no hemos hecho nada malo!

Como Goon estaba paralizado por el asombro, los dos hombres que le acompañaban se encargaron de hacer bajar a los Fangio y de llevárselos a pesar de sus protestas y gritos. Todo el mundo les siguió.

Los cuatro niños les siguieron también, yendo Bets sobre los hombros del inspector. El primer prisionero estaba ahora en el automóvil negro, gritando algo con todas sus fuerzas por la ventanilla.

—¿Qué dice? —exclamó el inspector, intrigado—. ¿Algo de un «gato»?

—Sí —respondió Fatty—. Está gritando: «¡Que alguien cuide del gato, que alguien cuide del gato!». ¡Qué poco se imagina que fue el gato quien descubrió su secreto!

—Tengo que hablar contigo, Federico —dijo el inspector—. Tu

actuación ha sido verdaderamente dramática…, pero ¿era preciso descubrirle en ese crítico instante? ¿No podrías haberme explicado los hechos con «tranquilidad»?

—No, señor, no podía —repuso Fatty—. Yo mismo no lo supe hasta ese momento. ¡Me vino como un relámpago! Me gustaría contárselo, inspector. ¿Quiere venir a casa con nosotros para ponerle al corriente de todo?

—Creo que será lo mejor —exclamó el inspector—. Vaya, a Goon le diste el mayor susto de su vida terminando el caso tan dramáticamente. ¡Casi se desmayó de la sorpresa!

Fatty miró hacia atrás por encima de su hombro. Goon le estaba mirando boquiabierto y con el casco ladeado.

—Supongo que estará diciendo: «¡Bah!» —dijo Bets—. Por lo menos lo parece. Pobre Goon, hubiera sido tan fácil que resolviera el misterio primero.

—Mirad… ahí está Eunice… y «Buster» —exclamó Fatty de pronto—. ¡Cielos, y mis padres también! ¡Espero que Eunice no les asustase demasiado al llegar a casa y decirles que yo estaba encerrado en un carromato!

—Federico, ¿qué significa todo esto? —le dijo el señor Trotteville nervioso y con aspecto preocupado—. Eunice vino a casa contando… ¡Oh, buenos días, inspector, usted también aquí! ¿Qué diantres ha ocurrido?

—Verá, señor, si me permiten que les acompañe, tengo que hacerle algunas preguntas a Federico —dijo el inspector, cortés—. En realidad estoy tan a oscuras como usted.

—Sí, sí, venga con nosotros —dijo la señora Trotteville—. Federico, ¿has desayunado?

—No. Ni yo ni nadie —replicó Fatty alegremente mientras acariciaba a «Buster»—. Excepto el inspector. Supongo que él sí lo habrá hecho, ¿verdad?

—Desde luego que sí —dijo el inspector—. Ah, veo que han venido en automóvil. ¿Cabremos todos?

—«Nosotros» hemos venido en bicicleta —exclamó Larry—. Pedalearemos todo lo de prisa que podamos. ¡Nos veremos más tarde!

Capítulo XXIII

¡Bien hecho, Fatty!

Jane quedó muy sorprendida al ver que llegaba tanta gente para desayunar. Ella y la cocinera comenzaron a freír huevos y tocino a toda velocidad y a preparar tostadas.

Eunice encontró un momento para cambiar unas palabras con Fatty. Parecía muy abatida.

—Anoche me perdí —le dijo—. Lo siento muchísimo, Federico. ¡Estuve andando kilómetros y kilómetros entre la niebla!

—¡No importa! —le dijo Fatty con una sonrisa—. Así adelgazarás un poco, Eunice. ¡Anímate!

—Y ahora, Federico, ¿quieres contarme qué fue lo que te indujo a dar la notable representación de esta mañana? —preguntó el inspector cuando el desayuno estuvo servido. Sentándose en una butaca sacó un librito de notas—. Desde el momento en que te hablé del hombre de la cicatriz y te pedí que mantuvieras los ojos bien abiertos.

—Pues verá, inspector… había muchas «pistas» extrañas, pero ninguna de ellas parecía encajar —explicó Fatty—. Quiero decir que nos dimos cuenta del parecido entre los Fangio y la fotografía del hombre de la cicatriz…, pero usted nos dijo que no tenía parientes…, y «ellos» dijeron que sólo tenían a su madre.

—Sí. En realidad es su primo —dijo el inspector—, como no dudo que habrás oído a los Fangio llamándole así esta mañana. Un primo del que se avergüenzan. Esto explica el parecido que tuvisteis la perspicacia de descubrir.

—Sí. Eso fue en realidad el principio de todo —dijo Fatty—. Bueno, después de esto muchísimas cosas nos parecieron pistas. Me

refiero… los insectos, tales como pulgas y escarabajos. La señora Fangio tenía relación con los dos, por eso pensé que el amor a los insectos era cosa de familia, por así decir. Otro indicio fue que todos se comportaban de un modo extraño cuando les preguntaban si conocían a un hombre que tenía una cicatriz. Eso me dio la idea de ir al campamento de carromatos donde vivían para echar un vistazo.

—Una idea excelente —comentó el inspector—. Continúa.

—Pues había otras pistas, inspector…, indicios que no supe ver —dijo Fatty—. Por ejemplo las enormes zapatillas que llevaba la señora Fangio, pero no imaginé que fueran realmente suyas… pensé que Josef se las habría prestado. No supe adivinar que significaban que dentro había un pie muy grande, el pie de un hombre y no el de una mujer. Y luego hubo una disputa en el carromato, y yo oí dos voces de hombre, y sin embargo allí sólo había uno. Y tampoco tuve el acierto de encajar esa voz en alguien que «estuviera» allí, no podía entender por qué sólo había tres personas cuando debiera haber habido una cuarta. Naturalmente que la «segunda» voz masculina pertenecía a la vieja señora Fangio, que para discutir utilizaba su propia voz. ¡Por lo general hablaba con voz un tanto cascada y femenina!

—¡Muy complicado todo! —exclamó el inspector—. Ahora comprendo lo difícil que debe haber sido. ¿Algo más?

—Sí, el gato —dijo Fatty a pesar suyo—. Me olvidé de que el hombre de la cicatriz era aficionado a los gatos. En realidad pensé que era perfectamente natural que una vieja como la señora Fangio quisiera al gato, sobre todo cuando los otros eran crueles con él. ¡Estaba ciego! ¡Tenía todas las pistas y no supe ver a lo que conducían!

—Incluso tenía las manos huesudas y encallecidas —intervino Bets—. ¡Nos fijamos muy bien!

—Y yo me olvidé de lo fácilmente que una arruga puede disimular una cicatriz —gimió Fatty—. Claro que ahora me doy cuenta de lo bien que ella… bueno, que él… supo disfrazarse y llenar su rostro de arrugas para que las arrugas fingidas no pudieran distinguirse de las verdaderas.

—Es un maestro reconocido en el arte del disfraz —dijo el

inspector—. ¡Si es que eso te sirve de consuelo!

—Bueno, un poco sí —replicó Fatty—. Pero después de todo… «yo» también sé algo de disfraces, inspector. Debiera haber sabido descubrir el suyo.

—¿Qué te hizo ver «de pronto» a través de la señora Fangio? —preguntó Pip—. Me refiero a que… estabas muy desanimado, y de repente te pusiste a gritar como un loco y corriste hacia el carromato.

—No lo sé —repuso Fatty—. Me pareció como si todos los indicios que tenía en mi mente acerca de pulgas, escarabajos, zapatillas, voces, disputas, el gato, las arrugas «y» las manos encallecidas encajaran por fin… ¡oh, sí «y» algo más, inspector! ¡Claro! ¡Eso fue lo que en realidad me hizo despertar!

—¿Qué? —preguntaron todos con ansiedad.

—Pues… la vieja señora Fangio, como yo la creía, «me» pegó hace un par de noches —dijo Fatty—. Y pensé que había sido un golpe afortunado. Y anoche me golpeó en la oreja, a este lado de mi cabeza… todavía puede ver el cardenal, inspector. Y fue el bofetón de un «hombre», no el de una mujer. ¡Recuerdo haberlo pensado en aquel momento, sin llegar a adivinar que en efecto se «trataba» de un hombre! Pero la oreja comenzó a dolerme mientras miraba cómo los tres Fangio subían los escalones del carromato esta mañana, y fue «eso» lo que hizo que todo encajara en su lugar. Pensé: «Fue el puño de un hombre el que me estropeó la oreja», y entonces comprendí que tenía razón, y de pronto todo el misterio quedó aclarado.

—Oh, Federico, tu pobre oreja —exclamó su madre—. Tengo que curártela.

—Por favor, no te preocupes, mamá —dijo Fatty—. Me siento orgulloso de esta oreja. Bueno, inspector, creo que esto es todo. Pero, cielos, ¡creí que esta vez iba a ganarme Goon! ¡Y le gané por los pelos!

—Bien, te felicito, Federico —le dijo el inspector poniéndose en pie—. Y, como ya te he dicho antes, estoy esperando poder tenerte algún día entre mis hombres… ¡y si alguien te estropea una oreja, entonces seré yo, y no la señora Fangio!

Y allá se fue con los seis niños y «Buster» que salieron a

despedirle.

—Quiero desayunar algo más —dijo Fatty volviendo al comedor.

—¡Oh, Federico! ¿Has olvidado que estás adelgazando? —le dijo Eunice, y Fatty lanzó un gruñido.

—¡Hoy hay que celebrarlo, mi querida Eunice! —exclamó—. Bollos, limonada y helados a las once. Un buen almuerzo a mediodía. Una merienda espléndida en la mejor pastelería de Peterswood… y, oh, a propósito, ¿qué ha sido del gato?

—¿Qué gato? —dijo Eunice.

—¡El de los Fangio! —exclamó Bets—. ¡Oh, claro! Ellos no lo quieren al pobre. Iremos a buscarlo, Fatty.

—¡Y lo pasará como nunca en su vida por haberme ayudado a resolver el Misterio del Fugitivo! —concluyó Fatty—. ¿Qué dices a esto, «Buster»?

—Guau —ladró «Buster» meneando la cola con vigor—. ¡Guau!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).